



LA COSTA DE ALABASTRO



SAUN

Victoria Álvarez

VICTORIA ÁLVAREZ

LA COSTA DE
ALABASTRO

Alianza editorial

7/10/12 08:10:11

Índice

La Costa de Alabastro

Créditos

*Para Samuel, Clara y Ana, sin los cuales
esta historia habría sido muy distinta.*

Poco a poco descubrí por mí mismo la verdad del axioma según el cual un hombre no permanece indefinidamente en un estado de terror activo. Las emociones van en aumento hasta que, incitado por hechos y pavores cada vez más espeluznantes, queda tan abrumado que huye o pierde los cabales; en caso contrario, poco a poco se tranquiliza y recobra el dominio de sí mismo.

SUSAN HILL

Los monstruos son reales, y los fantasmas también. Viven dentro de nosotros y, a veces, ganan.

STEPHEN KING

La casa se alzaba sobre el acantilado, tan cerca de la pendiente golpeada por el Atlántico que daba la sensación de estar planteándose seriamente el suicidio. No era un edificio demasiado grande, aunque en comparación con las viviendas solariegas de la costa normanda podría pasar por una pequeña mansión. Seguramente había sido hermoso cien años antes, con sus fachadas de ladrillo, sus adornos blancos alrededor de las ventanas y su empinado tejado de pizarra; pero la guerra lo había herido de muerte y la impresión que producía era la de un cadáver arrancado de la tumba. A simple vista se podían distinguir los agujeros provocados por los obuses, y casi la mitad de la buhardilla había sido arrancada de cuajo, probablemente en uno de los bombardeos de los aliados, convirtiéndose en un segundo jardín en el que la lluvia había hecho brotar toda clase de malas hierbas. También los terrenos estaban infestados por aquella plaga, y la maleza era tan densa que el carro de los Renaud, los lecheros de Saint-Rémy-sur-Mer, el pueblo situado al pie del acantilado, apenas podía avanzar por el empinado sendero de gravilla.

Recuerdo que era una tarde de noviembre de 1947 tan desapacible que el viento que sacudía los árboles se colaba entre mi ropa como si me la rasgaran con un cuchillo. Sentada a mi lado en el traqueteante vehículo, la señora Renaud, tan malencarada como su marido y con la cabeza envuelta en un pañuelo, frunció los labios observando la casa.

—Y la llaman Monjoie. —Había clavado los ojos en las tejas medio arrancadas que se recortaban contra el cielo como dientes enfermos—. «Mi alegría». No creo que exista un lugar menos alegre desde Le Havre hasta aquí. —Entonces se volvió hacia mí, que seguía en la misma postura impasible, con las manos enguantadas sobre la maleta que los Renaud me habían hecho colocarme encima de las rodillas—. ¡Vaya meses le esperan!

—En teoría no serán más que unas semanas —me limité a contestar—. Tengo entendido que la niña se encuentra tan enferma que es muy posible que no llegue a ver la Navidad.

Una escultura femenina de mármol asomó a la derecha, medio enterrada entre

los arbustos que nadie se había molestado en podar en años. Había rododendros, azaleas y rosales que se extendían hasta el borde del acantilado, y los sicómoros susurraban a nuestro paso como si nos estuvieran advirtiéndolo que no siguiéramos adelante, que aún estábamos a tiempo de retroceder. Poco después, el señor Renaud tiró de las riendas para detener al caballo a los pies de una pequeña escalera que conducía a la puerta de la casa.

—¿Es verdad lo que cuentan en el pueblo, entonces? —quiso saber—. ¿Va a morirse?

—¿Para qué crees que ha venido hasta aquí esta chica, idiota? —replicó su mujer—. Si hubiera alguna posibilidad de que se salvara, el señor Clairmont la habría llevado a un hospital hace tiempo. Pronto esa criatura estará haciéndole compañía a su pobre madre.

—Puede que tengan más problemas de dinero de lo que creemos y por eso no ha podido enviarla a otro lugar —respondió el lechero, herido en su amor propio.

—Es posible, teniendo en cuenta que los Clairmont casi están arruinados... pero, por lo que he oído decir al ama de llaves del cura ayer por la tarde, fue la propia niña la que pidió quedarse en la casa hasta el final. Quiere morir en Monjoie, sabe Dios por qué...

Decidida a no entrar en el juego de aquellos dos buitres, me apeé del carro con la maleta en la mano y me acerqué a la escalera mientras los Renaud descargaban entre resoplidos una docena de botellas de leche. Vista de cerca, la casa presentaba un aspecto aún más deprimente: la hiedra que había crecido en completa libertad sobre los muros colgaba como una malla marchita y descolorida, y el musgo empezaba a campar a sus anchas entre los ladrillos de la parte baja. Al alzar la vista, me pareció distinguir una cara detrás de un cristal en el que se reflejaba el cielo cargado de nubes, pero cuando reparó en que me había fijado en ella, se apresuró a desaparecer. La niña de los Clairmont, probablemente. Todavía pendiente de la ventana, seguí subiendo los peldaños hasta que casi me di de bruces con alguien que acababa de abrir la puerta.

—La señorita Baudin, supongo —dijo en voz baja mientras yo retrocedía de un salto.

—¡Discúlpeme! Estaba... no me había dado cuenta de... —Atolondrada, tardé unos segundos en recordar mis buenos modales, pero cuando lo hice alargué una mano para estrechar la que me tendían—. Es un placer conocerle. Usted debe de ser Alain Clairmont.

Teniendo en cuenta las estrecheces por las que según los lecheros estaba

pasando aquella familia, no era de extrañar que el dueño de la casa me hubiera abierto la puerta en persona, por muy famoso que fuera en el mundo literario. Debía de rondar los treinta y cinco años y era alto y delgado, con el semblante tan pálido que casi parecía blanco debido al contraste con su pelo y su ropa negros. Se apartó a un lado para dejarme pasar.

—Confío en que haya tenido un buen viaje desde el hospital. Me hubiera gustado ir a buscarla a la estación, pero hasta mañana no acabarán de arreglarme el coche. —Hizo un gesto con el afilado mentón hacia una especie de escarabajo rojo en el que antes no me había fijado debido a la invasión de la maleza—. Querrá descansar un rato, supongo...

—No se preocupe por mí; he echado alguna cabezada en el tren —le contesté—. Creo que lo mejor será que conozca cuanto antes a su hija y empiece a hacerme cargo de ella.

—Claro —respondió Clairmont en voz baja—. Claro... —Entonces se volvió hacia los lecheros, que no nos quitaban ojo—. ¿Les importaría esperar unos minutos aquí abajo?

El señor Renaud se encogió de hombros y los ojos de la señora Renaud brillaron con inconfundible avidez. Antes de que pudiera darles las gracias por haberme llevado en el carro, Clairmont puso suavemente una mano en mi espalda para conducirme hacia una escalera que ocupaba toda una pared del vestíbulo. La decadencia también era palpable en el interior de Monjoie: aunque estaba demasiado oscuro para apreciar los detalles, observé que unas grandes grietas atravesaban el suelo de mármol y que los globos de cristal de la araña que se balanceaba en el centro de la estancia estaban rotos y polvorientos. Mientras subíamos al primer piso, fuimos dejando atrás una sucesión de retratos con pátinas tan ensombrecidas por el paso del tiempo que costaba distinguir los rostros. El señor Clairmont me dijo en un susurro:

—Me imagino que el director del hospital se lo habrá explicado todo. Hace cuatro años, Sophie... comenzó a manifestar los mismos síntomas que mi difunta esposa, pese a que en su caso no fuera esa enfermedad lo que acabó con ella. — Su mano tembló unos segundos sobre la balaustrada, pero continuó diciendo—: En ambos casos comenzó con problemas intestinales, aunque pronto derivaron hacia otros pulmonares más graves...

—Fibrosis quística del páncreas —contesté en el mismo tono—. Sí, es una enfermedad de tipo genético. ¿Ha tenido su hija alguna neumonía antes de que empeorara su salud?

—Dos en lo que llevamos de otoño. —Clairmont me miró de reojo, y en la media luz que entraba por las ventanas del distribuidor del primer piso, en el que acabábamos de desembocar, reparé en sus grandes ojeras—. Parece estar familiarizada con este trastorno.

—Me he hecho cargo de media docena de pacientes de edad parecida a la de Sophie desde que empecé a trabajar en el hospital. En la mayoría de los casos los síntomas son similares: flemas, esputos con sangre, problemas respiratorios... — Me detuve al darme cuenta de que Clairmont me miraba de hito en hito, porque comprendí lo que estaba esperando escuchar: que alguno de esos niños había conseguido salvarse. Sin embargo, nunca había mentido a mis pacientes y no estaba dispuesta a empezar a hacerlo—. En mi opinión, lo prioritario ahora mismo es aliviar sus dolores todo lo posible —continué—. Le esperan momentos muy duros a partir de ahora, pero con los barbitúricos que he traído será más que suficiente. Si tiene problemas para dormir, puedo darle un poco de Veronal.

—Como le parezca mejor —se limitó a decir Clairmont—. Ahora está en sus manos.

Un pasillo abovedado comunicaba el distribuidor con el ala oeste de la casa, en la que supuse que se encontraban las habitaciones de los niños. Clairmont me precedió hasta desembocar ante una puerta entornada por cuya rendija se escapaban unos dedos de luz.

—Este es el dormitorio de Sophie. He preparado para usted esa habitación — señaló una puerta situada un par de metros a la izquierda—, la que solía pertenecer a las niñeras en los tiempos en los que mi familia política vivía en Monjoie. Me parece que encontrará allí todo lo que necesita para instalarse, pero si falta cualquier cosa, no dude en decírmelo.

—¿No va a entrar conmigo para presentarme a la niña? —pregunté sorprendida.

—No, creo que no sería conveniente que... no —repitió mi patrón, aunque no me dio más explicaciones—. Será mejor que vaya a ocuparme de los Renaud mientras se conocen.

Había algo terminante en su tono de voz que no conseguía enmascarar del todo la tristeza que le embargaba. Aquel hombre estaba tan hundido que no me pareció correcto insistir, de manera que asentí con la cabeza y apoyé una mano en el pomo de la puerta.

—Señorita Baudin —me dijo de repente, y eso me hizo volverme. De nuevo su cara pálida parecía flotar en el vacío, en medio de las sombras—. Encontrará

que Sophie puede ser un poco... especial. Le ruego que trate de tener paciencia con ella, por difícil que sea.

«¿Especial?», estuve a punto de repetir, pero se dio la vuelta antes de que pudiera abrir la boca. Miré entonces la puerta, cuyo pomo aún seguía agarrando, y la abrí poco a poco procurando no hacer ruido. Me encontré en un dormitorio caldeado por el fuego que culebreaba en una chimenea situada a los pies de la cama, cuyas cortinas azul pálido hacían juego con el papel de las paredes. En algún momento este había representado un paisaje campestre, pero la humedad lo había estropeado tanto que apenas se distinguían las siluetas de unos chiquillos correteando por una pradera. A un lado había un enorme arcón de madera, con una colección de antiguas muñecas de porcelana sentadas sobre él, y al otro una silla de ruedas en la que encontré a la niña, cubierta con una ajada manta.

En el hospital me habían dicho que Sophie Clairmont todavía no había cumplido diez años, pero me sorprendió lo pequeña y delgada que era incluso tratándose de una enferma aquejada de fibrosis quística. Tenía en el regazo lo que parecía ser un cuaderno de dibujo sobre el que deslizaba la mano derecha en amplios movimientos. No alzó los ojos ni siquiera cuando entorné la puerta y me acerqué poco a poco a la silla de ruedas.

—Hola —la saludé dejando mi maleta en el suelo—. Tú debes de ser Sophie, ¿verdad?

No obtuve respuesta. Los rizos que le caían por la cara, de un castaño claro al que el fuego arrancaba reflejos de oro, dejaban entrever unos ojos oscuros muy concentrados.

—Soy la señorita Baudin —seguí diciendo—. Me imagino que tu padre ya te lo habrá explicado, pero he venido de un hospital de Le Havre para cuidar de ti a partir de ahora.

Tampoco esta vez me contestó. Su pequeña mano alcanzó el extremo del cuaderno y después regresó al centro, mientras la niña respiraba exactamente igual que los demás pacientes con la misma enfermedad de los que me había hecho cargo. «Tiene los bronquios demasiado dilatados», recuerdo que pensé. «Durará menos de lo que imaginan.»

—Sophie —volví a decir, y me senté en el borde de la cama, junto a ella—. Mira, sé que esto resulta difícil para ti, pero no servirá de nada que te empeñes en ignorarme. Me han encargado que te cuide y eso es lo que pienso hacer, tanto si te gusta como si no...

Me fui callando poco a poco al reparar en que lo que la niña sostenía en el regazo no era un cuaderno, como había pensado al principio. Era una tabla de madera con las letras del alfabeto y los números del uno al cero colocados en abanico, entre las palabras «sí» y «no» a ambos lados, con un sol y una luna, y «adiós» en la parte inferior. Sentí cómo se me helaba la sangre mientras la mano de Sophie se detenía sobre esta última.

—No puedo creer lo que estoy viendo. ¿Con eso te dedicas a jugar? ¿Con una ouija?

Esta vez el movimiento fue más enérgico: la pieza de madera que Sophie sostenía en la mano, con la forma de un corazón horadado por un agujero, avanzó hacia el «no».

—Ah, claro, esto no es un juego para ti... —La pieza siguió donde estaba—. Supongo que crees que ese trasto realmente funciona, que permite contactar con los muertos. —La mano de Sophie se deslizó hacia el «sí», dando un golpecito sobre él al alcanzarlo como si le indignara que no me lo tomara en serio—. Está bien... ¿y por qué estás haciendo esto?

Con un ágil movimiento de muñeca, la pequeña comenzó a deslizar el puntero por las letras de la tabla. *P-O-R-Q-U-E-T-E-N-G-O-Q-U-E-P-R-A-C-T-I-C-A-R*, fui leyendo.

—¿Practicar? —quise saber, estupefacta—. ¿Practicar para qué? —Pero antes de que acabara de decirlo obtuve una respuesta: *P-A-R-A-C-U-A-N-D-O-E-S-T-E-M-U-E-R-T-A*.

Me obligué a respirar hondo para mantener la calma. Mi capacidad de raciocinio había sido hasta entonces una de mis mayores virtudes, algo que en mi opinión debía ser un requisito *sine qua non* en cualquier enfermera, tanto si había sobrevivido a una guerra como si había empezado a trabajar después, como era mi caso. Me incliné hacia la niña.

—Escúchame, Sophie —le dije en un tono más suave—. Aunque te cueste creerme, entiendo perfectamente cómo te sientes. Sé que tienes mucho miedo, sé que estás muy asustada y que ya no te atreves a confiar en las promesas de nadie. No pretendo que me veas como a una amiga, sino más bien como a una aliada. Podría ayudarte, si te dejaras...

Pero de nuevo la mano comenzó a revolotear por las letras, tan precipitadamente que me costó no perder el hilo. *N-O-N-O-P-U-E-D-E-A-Y-U-D-A-R-M-E-N-A-D-I-E-P-U-E-D-E-A-Y-U-D-A-R-M-E*. Apretaba tan fuertemente el puntero contra la tabla que le arrancaba a la madera un chirrido

estremecedor. *N-O-N-E-C-E-S-I-T-O-U-N-A-E-N-F-E-R-M-E-R-A-N-O-T-E-N-I-A-Q-U-E-H-A-B-E-R-V-E-N-I-D-O-N-O-H-A-Y-N-A-D-A-Q-U-E-P-U-E-D-A-H-A-C-E-R-P-O-R-M-I-M-E-V-O-Y-A-M-O-R-I-R*. Y al final la pieza se quedó girando sobre las últimas letras, como una mosca dando vueltas furiosa en un frasco. *M-E-V-O-Y-A-M-O-R-I-R-M-E-V-O-Y-A-M-O-R-I-R-M-E-V-O-Y-A-M-O-R-I-R*.

Dejé de prestar atención a la ouija para mirar a Sophie y me di cuenta de que se le habían humedecido los ojos. Con cuidado, le sujeté la muñeca con la mano derecha para que se detuviera y eso la hizo alzar la mirada por primera vez hacia mí, desconcertada.

—Tienes razón —le respondí en voz queda—. No hay nada que yo pueda hacer para evitarlo, por mucho que lo intente. No pienso engañarte dándote falsas esperanzas.

—¿No va a decirme lo que todo el mundo, que pronto me pondré bien?

Cada palabra parecía costarle un esfuerzo atroz, como si sus doloridos pulmones no pudieran dar más de sí. «¿Cuánto tiempo ha estado comunicándose con este trasto?»

—Sé que no serviría de nada que lo hiciera —le contesté—. Eres muy inteligente, de eso se daría cuenta cualquiera. Por eso necesito que me creas cuando te digo que lo único que quiero es ayudarte. No puedo impedir que te mueras, pero sí que sufras aún más.

Aproveché que se había quedado paralizada para quitarle suavemente la ouija de las manos. La dejé encima de la cama y después rodeé con mis dedos los de la pequeña.

—Aunque no consiga acabar con todo tu dolor, lo alejaré de ti lo suficiente para que merezca la pena aguantar un poco más. Yo estaré a tu lado siempre que me lo pidas y podrás contarme muchas cosas sobre lo que más te gusta, lo que más feliz te ha hecho...

—Antes pensaba que sería feliz siendo escritora —contestó Sophie en un susurro—. Es lo que me habría gustado hacer de mayor: escribir historias de miedo como las de papá, de esas que no te dejan dormir cuando estás en la cama. Pero ahora sé que es imposible.

—Bueno, si te sirve de consuelo, creo que tienes un talento innato para eso, y no solo por ser hija de Alain Clairmont. El numerito de la ouija me ha resultado espeluznante.

—¿De verdad? —Sus ojos relucían de repente—. ¿Creyó que había un

fantasma aquí?

—Por un momento lo pensé, pero me temo que no soy lo bastante fantasiosa. Aun así, estoy convencida de que más de una de mis compañeras del hospital habría echado a correr nada más verte con ella. —Como imaginaba, esto la hizo reírse en voz baja, aunque enseguida la acometió un acceso de tos. Me estiré para coger un vaso de agua que había sobre la mesilla y se lo acerqué—. Si tanta ilusión te hace ser escritora, ¿por qué no tratas de cumplir tu sueño mientras aún estás a tiempo? ¿Qué te impide escribir ahora tu historia?

—No sé cómo hacerlo —me contestó con evidente sorpresa—. Nadie me ha enseñado.

—No estoy hablando de escribir un libro perfecto, sino de tener algo que contar. Nos pasamos la vida postergando para más adelante lo que querríamos hacer, engañándonos a nosotros mismos con «este no es el momento adecuado», o «mejor en otra ocasión»...

Mientras hablaba, me puse en pie para acercarme a la única ventana del cuarto. Me incliné sobre el arcón con su auditorio de muñecas para pelearme con unos cerrojos que parecían no haber sido manipulados desde mucho antes de que Francia fuera invadida.

—A veces se nos olvida —seguí mientras la brisa de los jardines me revolvía el pelo y agitaba los tirabuzones de Sophie— que los «más adelante» no durarán para siempre. En el hospital no he hecho más que escuchar lamentarse a los moribundos por no haberse atrevido a hacer lo que siempre soñaron hacer. Tú aún eres muy joven, pero eso no quiere decir que no tengas una historia interesante que compartir con el mundo antes de despedirte de él. Si lo piensas bien, es una buena manera de mantener a la muerte a raya.

Para mi sorpresa, cuando me volví hacia ella me di cuenta de que sonreía, aunque la suya no era una sonrisa de felicidad, ni siquiera de alivio. Casi parecía de compasión.

—Cómo se nota que solo ha pasado unos minutos en esta casa, señorita Baudin. Si realmente piensa que podríamos mantenerla a raya, es que no ha prestado atención.

Eran casi las ocho cuando, tras bañar a Sophie y obligarla a tomar al menos unas cucharadas del guiso que su padre había dejado en una bandeja en el corredor, conseguí que se metiera en la cama y pude retirarme por fin a mi propia

habitación. La primera toma de contacto con mi paciente había sido desalentadora, pese a haber intentado por todos los medios que no lo notara. La niña estaba más enferma de lo que había pensado cuando respondí a la petición que el señor Clairmont había hecho al Hospital Bernardin de Saint-Pierre de Le Havre, solicitando la asistencia de una enfermera especializada en el cuidado de niños moribundos. Le había tomado la temperatura, había controlado sin que ella se diera cuenta su respiración y las perspectivas de que aguantara durante unos meses más empezaban a parecerme muy escasas. Mientras dejaba la maleta a los pies de la cama con bastidor de hierro, más estrecha que la de Sophie pero de aspecto bastante confortable, me pregunté cómo era posible que aquello siguiera desgarrándome un poco el corazón después de llevar más de tres años trabajando en lo mismo. Una enfermera como yo no puede permitirse encariñarse con sus pacientes más de lo necesario. En cierto modo somos como pájaros de mal agüero: solo aparecemos cuando se avecina lo peor y, en cuanto la tormenta ha pasado, nos esfumamos sin que nadie nos eche de menos.

Había un pequeño lavabo en un rincón de la habitación, cerca de la ventana que daba a la parte de los jardines que acababa en el acantilado. Hacía tiempo que el sol se había puesto y la enfermiza luz eléctrica reveló en el espejo un rostro que aparentaba más de los veinte años que acababa de cumplir. Me humedecí las manos y me las pasé por el cuello, levantando el oscuro cabello que caía en ondas sin la menor gracia hasta mis escuchimizadas hombros. Nunca me había gustado mucho la chica que me devolvía la mirada desde el otro lado de los azogues; era demasiado baja, demasiado delgada, demasiado triste. Lo único que parecía prestarme algo de vida eran mis ojos grises, pero al ser tan redondos y estar enmarcados por unas pestañas rizadas como garfios, me hacían parecer un poco desequilibrada, o al menos eso me parecía a mí. No, no era la clase de rostro que alguien quisiera encontrar a su lado cada mañana, lo cual no dejaba de resultar apropiado para una persona que, como yo, no podía permitirse echar raíces en ningún lugar. «Los pájaros de mal agüero nunca dejan de volar», pensé mientras me ponía el uniforme azul claro y el delantal y me cubría la cabeza con la pequeña cofia. «Siempre viajando de un lugar a otro como portadores de malas nuevas, siempre preguntándose a quién tendrán que ver morir a continuación...»

La casa estaba oscura y silenciosa al otro lado de mi puerta, y tuve que avanzar a tientas por el corredor y deslizar la mano durante un rato por la pared para poder dar con un interruptor. La energía eléctrica parecía ser muy débil en

Monjoie, en consonancia con el preocupante estado en que se encontraba la casa. Bajé la escalera principal hasta el vestíbulo en el que me había recibido el señor Clairmont unas horas antes, y estaba preguntándome por dónde se iría a la cocina cuando escuché un «señorita Baudin» a mi derecha. Mi patrón había aparecido en el umbral de una sala con un libro en la mano.

—Estaba esperándola para cenar. Supuse que no bajaría hasta que hubiera acostado a Sophie, pero, siendo solamente dos, me parecía absurdo que lo hiciéramos por separado.

—Se lo agradezco mucho —contesté—. Creo que hoy necesito un poco de compañía.

Clairmont esbozó una sonrisa tan fugaz como un parpadeo antes de señalarme la puerta de la habitación. Al entrar me di cuenta de que había sido un hermoso salón, tan herido por la guerra como el resto de la casa. El hollín que cubría el papel pintado con arabescos delataba que se habían encendido muchos fuegos allí, y no solamente los de la solemne chimenea que ocupaba una de las paredes. Los únicos muebles que no estaban devorados por la carcoma eran la mesa y las butacas que Clairmont había colocado ante la lumbre. Me senté agradecida en el asiento que apartó para mí y observé la cena que debía de haber preparado él mismo: una extraña mezcla de huevos, verduras y panceta.

—Mi madre siempre decía que nunca es demasiado tarde para descubrir nuestros talentos ocultos —intentó disculparse mientras se sentaba frente a mí—, pero, en mi caso, me temo que no poseo el culinario. Espero no acabar pareciéndole el peor de los anfitriones...

—No se preocupe por eso, señor Clairmont. Las cosas han cambiado tanto en los últimos años que ya no resulta extraño ver a un hombre cocinando para los suyos.

—Si ha subido hasta aquí con los Renaud, me imagino que le habrán contado toda clase de historias sobre mi familia política y sobre mí —suspiró—. Estoy acostumbrado a que nuestros problemas económicos se encuentren en boca de todos; nada le gusta más al pueblo que presenciar la caída de los poderosos, y lo sé porque antes estuve al otro lado.

—Me dijeron que estuvo casado con la hija del dueño de Ediciones Archambault, el antiguo propietario de esta casa. ¿Han estado viviendo aquí durante los años de la guerra?

—No, mi esposa, mi suegro y yo nos marchamos a Londres a los pocos meses de que comenzara la ocupación de los nazis. Archambault murió poco

después, en mi opinión de melancolía. Mi esposa Geraldine lo siguió dos años más tarde, en 1943.

—Entonces supongo que Sophie y usted regresaron en cuanto Francia fue liberada. ¿Es el deterioro del edificio lo que hace que nadie del pueblo se atreva a subir hasta aquí?

—Es usted muy perspicaz —me contestó Clairmont con cierta sorpresa—. Digamos que, después de lo ocurrido en Monjoie, no tenemos buena reputación, ni la casa ni nosotros.

No me dio más explicaciones, pero preferí no presionarle. De nuevo me conmovió la tristeza que emanaba de su rostro, que de lo contrario habría sido muy hermoso. El cabello que le caía por detrás de las orejas, desde una frente despejada en la que el dolor había dejado sus primeras cicatrices, era tan oscuro como los ojos que deambulaban sin rumbo por la habitación. Aquel no era el Alain Clairmont del que me habían hablado las pocas compañeras con las que me llevaba bien en el hospital, el autor de novelas góticas de tremendo éxito; era la sombra de un hombre que lo había tenido todo y que en esos momentos no sostenía más que ceniza en las manos. Era como la ruina de un edificio que había sido soberbio y admirado en el pasado pero que ahora se iba hundiendo en la decadencia. Era como la propia Monjoie, condenada a muerte. Como su hija Sophie.

Mi escrutinio debió de ser tan intenso que sus ojos acabaron encontrándose con los míos, y eso le hizo regresar al mundo real. Pinchó un trozo de zanahoria con el tenedor.

—Ha estado mucho tiempo a solas con Sophie. Espero que no se haya portado mal.

—En absoluto. Tenía razón al advertirme que podía ser un poco peculiar, pero al final hemos conseguido entendernos. Es la niña más inteligente que he conocido nunca.

—Sí que lo es. —Clairmont volvió a sonreír con tristeza—. También es orgullosa... y eso la hace parecer retorcida en ocasiones, especialmente en su estado actual. Le gusta asustar a los demás, hablar todo el tiempo de apariciones, asegurar que suceden cosas extrañas a su alrededor que nadie más puede ver. Es como si el miedo de otras personas le hiciera olvidar el suyo... como si, al asustarlas, se olvidara de lo que le está sucediendo.

—Es lo mismo que pensé cuando la conocí. Su comportamiento puede resultar un poco siniestro, pero lo que realmente le pasa es que está aterrorizada.

Me parece que cree que hablando de la muerte será capaz de reunir el valor necesario para enfrentarse a ella.

Esta vez fue él quien se me quedó mirando, tan fijamente que dejé de apartar la panceta a un lado. No habría sido necesario que hablara; supe lo que iba a preguntarme.

—Es... es inevitable, ¿verdad? ¿El médico estaba en lo cierto al decir que la perderé?

—Su enfermedad resulta devastadora en alguien de tan corta edad —respondí con el mayor tacto que pude. De repente se me había quitado el apetito—. Ya le dije antes que he tratado a muchos niños con esta dolencia, señor Clairmont. Si su agonía durara mucho más, Sophie pasaría por unos dolores espantosos. Tiene los pulmones hechos pedazos.

—Entonces supongo que es mejor así —contestó mi patrón, apartando la vista—. Que suceda cuanto antes, quiero decir. Sería egoísta por mi parte tratar de retenerla conmigo.

—Lo siento mucho —añadí en voz más baja—. Ojalá las cosas pudieran ser distintas.

Él se limitó a sacudir la cabeza de manera mecánica. Al cabo de un rato en el que ninguno supo qué más decir, Clairmont echó la butaca hacia atrás para ponerse en pie.

—¿Me disculpará si subo a mi dormitorio en vez de seguir acompañándola? No me encuentro muy bien esta noche, y me temo que seré un comensal bastante deprimente.

—Por favor, no se preocupe por mí. Sé que esta situación siempre resulta muy dura.

—Estaré en el ala este de la casa, al otro lado del distribuidor —siguió diciendo—. Iré a visitar a Sophie a lo largo de la noche, pero si experimenta algún cambio grave, puede llamarme tirando de la antigua campanilla del servicio que hay a la derecha de la cama.

Asentí con la cabeza y Clairmont se dirigió en silencio hacia la puerta. Estaba a punto de marcharse cuando recordé algo que llevaba toda la tarde queriendo preguntarle.

—Señor —dije volviéndome en la butaca, y él se giró para mirarme—. Hay algo que no les conté a mis superiores del hospital. ¿Desde cuándo está la niña en silla de ruedas?

—Desde finales del verano. Hasta entonces solíamos pasear por los jardines

cada mañana, pero se cansaba tanto que me hice con una para que no dejara de tomar el aire.

De nuevo asentí con la cabeza. Clairmont guardó silencio unos segundos, como si esperara que siguiera preguntando, pero como no lo hice se despidió de mí con un conciso «buenas noches, señorita Baudin» y desapareció en las sombras del vestíbulo. Cuando me quedé sola regresé a mi cena con el ceño un poco fruncido. Tal como había imaginado, no podía ser la cara de Sophie la que me pareció ver en una de las ventanas.

Sintiéndome cada vez más cansada, me di prisa en acabar el huevo y las verduras de mi plato para poder regresar a mi habitación, no sin antes recoger las cosas de las que Clairmont parecía haberse olvidado pese a su melancólica cortesía. Estaba volviéndome hacia la puerta llevando en equilibrio los platos, los vasos y los cubiertos cuando me fijé en un retrato colocado sobre el faldón de la chimenea en el que antes no había reparado.

Era un cuadro que representaba, casi a tamaño natural, a una preciosa joven que sonreía por encima de un hombro sobre el que parecía a punto de resbalar el tirante de un vestido de noche. Llevaba el cabello castaño claro peinado en elaboradas ondas al agua que se pegaban a su frente para acabar descendiendo hasta sus hombros. Fue el color de ese pelo lo que me hizo comprender que se trataba de la madre muerta de Sophie, la señora Clairmont. No había nada de su marido en esa niña: las dos se parecían como dos gotas de agua, incluso en la forma acorazonada de una boca que la mujer del retrato se había pintado de un rojo tan oscuro que podría pasar por negro. Tras sostenerle la mirada durante unos segundos, me aparté de la mesa y conseguí apretar con un codo el interruptor del salón, dejando a Geraldine Clairmont en una oscuridad en la que el dolor del hombre que volvería a perderla a través de su hija pesaba como una losa.

Aquel día me sentía tan agotada que me quedé dormida en cuanto mi cabeza tocó la almohada. Durante la noche el tiempo empeoró y al despertarme me encontré con un cielo tan cubierto de nubarrones espesos y amarrotados que casi daba la sensación de que alguien lo hubiera golpeado con saña. Apenas se notaba que estuviera haciéndose de día, y Monjoie continuaba sumida en una quietud en la que cada crujido de los viejos muebles resonaba como si estuvieran afinándose a sí mismos para despertarnos con un concierto.

Para mi sorpresa, cuando fui a ver cómo estaba Sophie la encontré despierta, con la espalda apoyada en el cabecero de la cama y un montón de papeles garabateados a su alrededor. Parecía haberse tomado más en serio de lo que pensaba mi consejo de ponerse a escribir mientras aún estaba en condiciones de hacerlo. Después de darle el desayuno y las medicinas se ofreció a enseñarme la casa, de modo que la senté en la silla de ruedas, la arrojé bien con la manta y cogí del arcón la muñeca de porcelana que me pidió para ponérsela en el regazo. Mientras peinaba su cabello rubio con los dedos, Sophie me fue explicando qué habitaciones había en aquel piso (nuestros dormitorios, el de su padre, el antiguo vestidor y la sala de estar de su madre, la escalera de servicio de la parte de atrás que comunicaba con la cocina), y después me echó los brazos al cuello para que la llevara en volandas por la escalera principal antes de volver a subir para recoger la silla.

Pese a lo nublado que estaba el cielo, el distribuidor del primer piso se encontraba bastante más iluminado que la víspera y eso me permitió reparar en algo que antes había pasado por alto: el último tramo de la escalera había sufrido tantos daños como los que se observaban en la buhardilla. Prácticamente todos los peldaños habían desaparecido y el rellano se abría al vacío como un precipicio, sin más comunicación con la cumbre de la casa que un estrecho camino de menos de medio metro que seguía adherido al muro.

—Papá me dijo que las bombas destrozaron toda esa zona hace años —me explicó la niña cuando le pregunté qué había ocurrido—. Una vez subí a la buhardilla trepando por los peldaños rotos, pero me riñó mucho cuando se enteró y no volví a hacerlo nunca más.

Tras realizar un recorrido similar por la planta baja, en la que lo único que merecía la pena eran la biblioteca y el salón en el que había cenado la noche anterior, abrimos la puerta y salimos a los jardines. Se había levantado un viento que sacudía las ramas de los árboles como la cabellera de una mujer tratando de avanzar contra la corriente. Prestando atención al terreno y escogiendo los escasos lugares en los que la maleza no alcanzaba las proporciones de una selva, conduje la silla hasta un banco situado al final de los jardines.

El Atlántico rugía furioso a nuestros pies, levantando montones de espuma que se pulverizaban contra el acantilado. Hasta entonces no se me había ocurrido preguntarme por qué a esa parte de Francia se la conocía como la Costa de Alabastro, pero el blanco de las rocas sobre las que se había construido Monjoie era tan deslumbrante que habría apostado a que en los días soleados, cuando no

había niebla en el Canal de la Mancha, se podían distinguir desde Dover. El pueblo de Saint-Rémy-sur-Mer me pareció diminuto desde allí arriba, un montón de casitas en miniatura con los mismos tejados de pizarra que Monjoie y un puñado de barcos que se balanceaban en el agua de un gris plomizo.

Me animó comprobar que el aire fresco le sentaba bien a la pequeña. Su respiración era menos entrecortada que la tarde anterior y su rostro había recuperado algo de color.

—Es un lugar extraño, ¿verdad? —comentó cuando me senté en el banco, después de asegurarme de que el freno de la silla estaba echado—. Papá siempre decía que no existe un rincón mejor que este para convertir a la persona más normal del mundo en un poeta.

—Supongo que será verdad, teniendo en cuenta la cantidad de novelas que ha escrito.

—Cuando era muy pequeña mi madre solía traerme en brazos. Se sentaba conmigo a los pies de mi padre mientras él le leía en voz alta lo que acababa de escribir. Decía que a veces se les hacía tan tarde que se ponía el sol y era como si hubiese fuego bajo el agua.

—¿De qué trata exactamente tu libro? —pregunté arreglándole la manta antes de que resbalara por sus piernas—. ¿Se puede hablar de ello o aún está bajo secreto de sumario?

—Es una historia de miedo y de misterio... La protagonista es una niña que acaba de morir y se ha convertido en un fantasma. Al principio no sabe por qué, pero pronto se da cuenta de que uno de los miembros de su familia fue quien acabó con ella. Entonces se dedica a investigar quién ha sido y por qué lo ha hecho, y cuando lo descubre decide acosarle durante el resto de su vida hasta que no le queda más remedio que suicidarse.

—Una trama absolutamente deliciosa —dije, y eso hizo que se le dibujara en la cara una sonrisa de oreja a oreja—. La verdad es que siento curiosidad por saber cómo termina.

—Todavía no lo sé. Supongo que la niña abandona la casa cuando por fin acaba con su asesino, aunque eso no hace que deje de estar condenada a ser siempre un fantasma.

—¿Pero no te parece un tema muy triste para una historia? Creía que las niñas de tu edad se interesaban por cosas mucho más alegres. Cuentos de hadas, romances, no sé...

—¿Por qué se interesaba usted? —quiso saber Sophie—. ¿Fue siempre una

niña feliz?

Aquello me descolocó tanto que no se me ocurrió qué decir. Me limité a observar una de las barcas que abandonaban en ese momento la costa, un diminuto insecto en el tapiz que se extendía bajo nosotras. Sophie continuó mirándome un rato hasta que dijo:

—¿Cree en el más allá, señorita Baudin? ¿En que la muerte no es el fin de todo?

—No lo sé —reconocí sorprendiéndome casi a mí misma—. Hace años tenía las cosas mucho más claras, pero ahora... ya no estoy segura de que realmente exista un más allá.

—¿No se fía de lo que dicen los curas? ¿Que si hemos sido buenos iremos al cielo con los coros de ángeles y si hemos pecado al infierno, donde nos torturarán los demonios?

—¿Cómo puedo saberlo si nadie ha vuelto para contarlo? —Entonces me di cuenta de lo que le estaba diciendo, ¡a una niña a la que apenas le quedaban unas semanas de vida!, de modo que me apresuré a añadir—: Sea como sea, estoy convencida de que no nos espera nada malo. No habrá demonios pinchándonos con tridentes cuando todo se acabe.

Una ráfaga de viento sacudió los arbustos que nos rodeaban, haciendo tremolar la manta de Sophie. Temiendo que pudiera resfriarse, me remetí unos cabellos que se me habían soltado debajo de la cofia y le dije que sería mejor que regresáramos a Monjoie.

Esta vez fuimos rodeando el lado opuesto de la casa, cuyo aspecto resultaba tan desolador como el de las otras fachadas. Parte del entramado de madera que recorría los muros había desaparecido y las malas hierbas campaban a sus anchas sobre los que aún seguían en su lugar. Entre las ventanas del salón y de la biblioteca habían construido un pequeño cobertizo que, según me explicó Sophie, albergaba el generador eléctrico, y muy cerca había una diminuta puerta a ras del suelo que conducía a la carbonera del sótano.

Cuando estábamos a punto de alcanzar la entrada, distinguimos entre la espesura la cabellera negra de mi patrón. Estaba hablando con un hombre que había apoyado una mano sobre su coche rojo, seguramente el mecánico que había subido a echarle un vistazo. Sophie me pidió que la llevara hasta allí, y mientras empujaba la silla por el sendero de gravilla me dijo, como si hubiera estado pensándolo:

—Yo tampoco estoy segura de que exista. El más allá, quiero decir —añadió

cuando la miré extrañada—. Pero daría cualquier cosa a cambio de que existieran los fantasmas.

—Esta conversación empieza a parecerme realmente inquietante —dije deteniéndome en medio del sendero—. No creo que te haga ningún bien siguiendo dando vueltas sin parar a esas ideas tan morbosas, Sophie. Estoy convencida de que tu padre me daría la razón si...

—Él también debe de desear que existan —me cortó—, por los mismos motivos que yo.

—Déjame adivinar cuáles son: ¿así se le ocurrirían muchas más historias de miedo?

Me dirigió una mirada de inconfundible reproche, como si no pudiera creer que fuera capaz de tomarme un tema como ese tan a la ligera. El mecánico acababa de despedirse de Clairmont y se alejaba colina abajo, hacia la verja que rodeaba la propiedad, y Sophie colocó las manos sobre las ruedas de la silla para dirigirse sin mi ayuda hacia su padre.

—Si hubiera un fantasma en Monjoie, sería mi madre. Y si se ha quedado aquí, con nosotros, podría decirme qué nos ocurre después de morir. Estaría mucho más tranquila sabiendo que cuando todo acabe la tendré a mi lado. Así no tendríamos que marcharnos nunca de esta casa; seríamos como dos sombras haciéndose compañía la una a la otra.

Cuando se alejó sobre la chirriante gravilla, sentí una opresión en el pecho que no tenía muy claro a qué se debía. «Voy a tener que hablar con el señor Clairmont de esto», recuerdo que pensé mientras mi patrón se volvía para saludar a la niña. «Hay que acabar con esta monomanía cueste lo que cueste, o de lo contrario no habrá medicina con la que consiga tranquilizarla cuando realmente se avecine el final.» Preocupada, apoyé las manos en mis caderas, preguntándome cuál sería la mejor manera de abordar el tema al quedarme a solas con Clairmont, cuando de repente me percaté de algo que me distrajo.

Al subir la colina con los lecheros la tarde anterior no le había prestado demasiada atención, pero en ese momento comprendí que los rasgos de la escultura que brotaba como una flor de mármol de entre las azaleas eran los de Geraldine Clairmont. Alguien se había divertido ensuciando con pintura roja sus pupilas, sus labios y sus pezones, con lo que su aspecto visto de cerca resultaba grotesco. Supuse que habrían sido los chicos del pueblo aprovechando la ausencia de la familia durante los años de la guerra, pero al rodear la escultura reparé en algo que había en su parte trasera que me hizo detenerme.

Tuve que apartar unas azaleas con dedos temblorosos para asegurarme de que no estaba imaginando cosas. Una esvástica del tamaño de mi puño resaltaba nítidamente sobre el mármol. La pintura había goteado en dos de los brazos como si acabara de ser dibujada apenas un minuto antes. Casi sin darme cuenta, retrocedí con los ojos clavados en aquel símbolo, tan torpemente que tropecé contra uno de los sicómoros. Oía a Sophie y a Clairmont hablando unos metros más allá, pero, antes de que pudieran decirme nada, me di la vuelta para regresar a Monjoie, que parecía conocer mi angustia y se reía de ella.

—Perdone que le moleste, señor Clairmont, pero... querría hacerle unas preguntas.

A media tarde había dejado a Sophie garabateando afanosamente su novela para buscar a mi patrón por toda la casa. Lo encontré en una pequeña habitación en la que no había entrado hasta entonces, situada a la izquierda del vestíbulo, enfrente del salón. Se trataba de un antiguo despacho con las paredes revestidas con paneles de roble, lo que le daba un aire inconfundiblemente masculino. Había un escritorio contra una de las paredes, enterrado bajo unos documentos que Clairmont revolvía con un ceño tan fruncido que no me extrañó que no me prestara atención. Tenía montones de carpetas de cartón, sobres atados con cuerdas y libros de contabilidad a su alrededor, sacados de los casilleros que había sobre la mesa con etiquetas como «Casa», «Terrenos» y «Granjas».

—Señor Clairmont... —repetí al cabo de un rato, dando con los nudillos en la puerta.

—¿Mmmm...? —Cuando levantó distraídamente la cabeza pareció no reconocerme, pero acabó haciéndome un gesto para que entrara—. Discúlpeme, señorita Baudin; estaba en otro mundo. No se hace una idea del caos que la familia de mi esposa me ha dejado.

—Ya veo que se encuentra muy ocupado. No se preocupe; hablaremos más tarde.

—No, por favor, quédese. Me vendrá bien despejarme durante un rato. —Se reclinó en la silla con un resoplido de fastidio, tamborileando con los dedos sobre una carpeta—. Le asombraría saber la cantidad de papeles que genera una propiedad en condiciones en la costa normanda. Los Archambault parecían obsesionados con registrarlos todo, hasta el nombre de cada una de las vacas que tenían en la granja situada entre el pueblo y la casa antes de que los Renaud se la

compraran. —Entonces pareció reparar en lo sombrío de mi expresión, y eso le alarmó de repente—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Le ha pasado algo a Sophie?

—No se preocupe, no ha empeorado. Es solo que me gustaría que me aclarara algo.

Me invitó con un gesto a sentarme en una silla que había al lado del escritorio, a la que empezaba a salirse el relleno. Acepté mientras me esforzaba por ordenar mis ideas.

—Esta mañana, cuando acababa de marcharse el mecánico de Saint-Rémy-sur-Mer, vi algo en los jardines que me pareció inquietante. Me di cuenta de que alguien había ensuciado la escultura de su mujer y al rodearla me encontré con... con una esvástica.

—Ah —dijo Clairmont, y su mano se detuvo cuando estaba a punto de coger otra carpeta del escritorio, al lado de un gran teléfono de color negro—. Supongo que debería habérselo advertido para que no se alarmara. Con lo de Sophie no se me ocurrió que...

—¿Que no me alarmara? —dije cada vez más inquieta—. Señor, ¿ha habido nazis aquí?

La palabra pareció quemarme la lengua. Clairmont se pasó una mano por los ojos con cansancio, y acabó asintiendo mientras me encogía en la silla de manera instintiva.

—Fue hace unos años, durante la ocupación. Monjoie fue una de las propiedades que el ejército alemán requisó para formar parte del Muro Atlántico. Su posición les pareció privilegiada al estar en lo alto del acantilado y dominar toda la Costa de Alabastro, y en 1942 decidieron echarnos para convertir esta casa en un puesto de vigilancia del canal.

—Me imagino que fue entonces cuando se marchó a Londres con su familia política.

—No nos quedó más remedio, siendo tan grave la situación. Una semana después de que recogiéramos nuestras cosas, se había instalado en Monjoie un destacamento de ocho soldados dirigido por un capitán de las SS. Yo nunca pude verles en acción, y me alegro de que fuera así; pero, por lo que me han contado, tenían controlado todo el pueblo mediante blindados ligeros y colaboracionistas, y contaban incluso con un par de motos todoterreno con las que se comunicaban rápidamente con los soldados de Saint-Rémy-sur-Mer cuando había problemas. Porque los hubo, sobre todo después de que las tropas aliadas desembarcaran en Normandía y esta parte del país fuera arrebatada a los alemanes.

—Por eso la fachada principal fue tan destrozada por los obuses —dije en voz baja, y mi patrón volvió a asentir—. ¿Y la buhardilla? ¿Qué le pasó para quedar tan deteriorada?

—Eso no fue cosa de los nazis, sino de los ingleses. Tras el desembarco tomaron la costumbre de atacar a los puestos de vigilancia de la costa con sus aviones, sobre todo cuando estaba atardeciendo y contaban con la ventaja de tener el sol a sus espaldas. Los alemanes lo sabían y solían esconderse en los sótanos, pero en el caso de Monjoie fue atacada a mediodía y las bombas acabaron con los soldados que había en la buhardilla.

—¿Murieron? —Sentí cómo se me revolvía el estómago—. ¿Murieron todos... aquí?

—Todos, sí, aunque no a la vez —contestó él—. El único que sobrevivió al ataque, por estar comprobando el estado del generador eléctrico que habían instalado en el cobertizo del jardín, fue el capitán de las SS que se encontraba al mando. Sin embargo, prefirió seguir a sus subalternos antes que ser capturado. Se colgó de una viga de la buhardilla.

Me tapé la boca con las manos, siendo consciente de que me temblaban y de que Clairmont se estaba dando cuenta. Se inclinó para ponerme una mano en un hombro.

—No quise decirle nada de esto cuando se instaló con nosotros por miedo a que le pareciera demasiado siniestro. A la gente del pueblo le encanta contar historias... y ya le expliqué anoche que desde entonces tenemos mala reputación. Pero no debería dejar que esto le afecte; son cosas que sucedieron hace tiempo, y usted es una mujer muy sensata.

—Hago lo que puedo para serlo —contesté apartando los dedos de mi boca. Sentía sus ojos clavados en los míos—. Perdóneme, por favor; me estoy portando como una estúpida.

—De ningún modo, señorita Baudin. Es comprensible que descubrir esto la haya desasosegado. Aún no ha pasado suficiente tiempo para que sanen las heridas de Francia.

«Ni las nuestras», pensé mientras me ponía en pie. «Algunas no lo harán nunca.»

—¿Quiere que le sirva una copa? —preguntó Clairmont haciendo lo propio—. Se ha puesto pálida como una muerta. ¿Por qué no se queda descansando un rato en su cuarto?

—No... Tengo que volver con Sophie, no puedo dejarla sola tanto tiempo.

Además, creo que me vendrá bien mantener la mente ocupada. —Me re Coloqué la cofia y puse una mano en el marco de la puerta—. Gracias por habérmelo contado. Me alegro de saberlo.

—No hay de qué —dijo Clairmont, dubitativo—. Estaré aquí si necesita cualquier cosa.

Asentí y me dirigí hacia la escalera, sintiendo aún los ojos de mi patrón sobre mí mientras me obligaba a subir al primer piso haciendo caso omiso a las sombras que se adueñaban de la parte superior de la escalera. Por absurdo que fuera, no respiré tranquila hasta encontrarme en el dormitorio donde Sophie seguía escribiendo, y al cerrar la puerta a mis espaldas, di gracias al cielo de que ya no fuera tan fácil subir hasta la buhardilla.

Como si estuviera conectado conmigo, el tiempo se volvió aún más desapacible en los siguientes días. El viento que peinaba los jardines adquirió trazas de huracán y Sophie y yo tuvimos que quedarnos dentro de Monjoie. Sabía que el encierro la hacía estar nerviosa y malhumorada, pero no quería correr el riesgo de que empeorase; llevaba un par de días tosiendo de una manera que no me gustaba nada, por mucho que tratara de disimular ante ella, y su respiración resultaba cada vez más trabajosa. El Veronal que había empezado a darle por las noches para facilitarle el sueño la atontaba tanto que ni siquiera le apetecía continuar con su manuscrito. Al final cogí dos de las muñecas que había sobre el arcón y le propuse jugar a las meriendas para intentar distraerla, pese a que accediera con una sonrisa que me dio a entender que aquello le parecía una cosa de crías.

—¿Tienes frío? —pregunté al escuchar que las cabezas de porcelana repiqueteaban en su regazo. Sophie asintió sin decir nada y me puse en pie para examinar el radiador que había al lado de la cama—. Estos condenados trastos no deben de haber funcionado bien desde que los instalaron. El de mi cuarto se pasa las noches enteras haciendo ruido.

—Papá... —Tuvo que detenerse por un nuevo acceso de tos, y después siguió —: Papá me dijo que el abuelo los compró para contentar a la abuela, pero que no se molestó en ponerlos a punto. Cuando se cuele el viento dentro, es como si alguien estuviera llorando.

—Creo que he visto un calentador eléctrico en alguna de las habitaciones de abajo cuando me enseñaste la casa. No te muevas de aquí; lo traeré para tratar de

encenderlo.

—Si lo hace, nos quedaremos sin luz —dijo la niña—. Una vez lo intentamos y el... —se detuvo de nuevo, tosiendo hasta casi desgañitarse— el generador casi se... se nos estropeó. No pudo con el calentador y con las luces a la vez. Monjoie está tan enferma como yo.

—En ese caso, nos conformaremos con la estufa de aceite de mi cuarto —dije cada vez más empecinada—. Esta casa no va a poder con nosotros, por mucho que lo intente.

Fui a por el aparato y después de trastear con él durante un buen rato conseguí que se encendiera, aunque la temperatura no pareció mejorar demasiado. La pequeña seguía temblando como si el vendaval que hacía que las ramas de los árboles se estrellaran contra los cristales estuviera colándose en la habitación. Me aseguré a conciencia de que la ventana se encontraba cerrada, y hasta puse un saquito de arena alargado delante de la juntura para mantener al viento a raya. Pero, aun así, el frío no hacía más que aumentar y eso me hizo sospechar que, si era cosa de las corrientes, tenían que proceder de otra parte de la casa. Abrí la puerta del dormitorio para asomarme al corredor en penumbra.

—Me parece que tu padre debe de haberse dejado alguna ventana entreabierta. No te preocupes, estaré de vuelta en un minuto. Tápate bien con la manta hasta que regrese.

Sophie asintió sin hacerme mucho caso y salí de la habitación, poniendo otro de esos saquitos delante de la rendija de la puerta. El simple hecho de que estuvieran en el cuarto de la niña me hizo suponer que aquellos problemas eran muy frecuentes en casa de los Clairmont, sobre todo cuando el otoño se acercaba peligrosamente al invierno. Al desembocar en el distribuidor abrí con cautela la primera puerta que vi, pero la ventana de aquel dormitorio (el de mi patrón, supuse al ver una corbata extendida sobre la cama) parecía estar cerrada a cal y canto. Un poco avergonzada por haberme inmiscuido así en sus dominios, cerré la puerta y continué con la siguiente, que ofreció mayor resistencia.

Cuando se abrió, me encontré en una sala de estar que presentaba un aspecto aún más deprimente que el comedor en el que solía almorzar con Clairmont. Probablemente había pertenecido a su esposa, porque los muebles seguían poseyendo una delicada impronta pese a estar arrinconados contra los muros y cubiertos con unas sábanas polvorientas con aspecto de sudarios. La habitación apestaba a humedad y cuando alcé los ojos comprendí por qué: una enorme gotera se extendía por el techo y lagrimeaba sobre una alfombra en la que

parecían haber crecido cien variedades distintas de moho. El agua también había reptado por los muros, dejando al descubierto el yeso reblandecido que había debajo de un delicado papel con flores de cerezo, y anegaba la chimenea en la que se ahogaban algunas hojas secas y plumas. «El bombardeo debió de destrozar el sombrerete», pensé acercándome al pequeño estanque con una mano sobre la nariz, «y ahora el agua cae a su antojo por el tiro. ¿Cómo pueden seguir viviendo los Clairmont en un lugar como este?» Giré sobre mis talones para observar de nuevo la estancia, sacudiendo la cabeza. «¿No se dan cuenta de que están comportándose como un enfermo que se niega a aceptar que tienen que operarle hasta que es demasiado tarde?»

Desde luego, cerrar las puertas de las habitaciones en mal estado para no tener que verlas no era la mejor manera de demostrarle a Monjoie quién mandaba. Un repentino estremecimiento me hizo volverme hacia la pared del fondo, y entonces me di cuenta de que los cristales de una de las ventanas de guillotina se habían resquebrajado y un par de esquirlas yacían sobre la alfombra. «De modo que se trataba de esto», me dije mientras cogía una vieja radio colocada en un aparador para ponerla en la repisa de la ventana, de manera que pudiera tapar el agujero hasta que Clairmont y yo lo arregláramos. «Tal vez esta habitación sea la responsable de las neumonías que ha tenido Sophie hasta ahora.»

La idea no dejaba de resultar inquietante, si realmente era cierto que aquella sala había sido el reino privado de su madre. Un «plic» a mi espalda me hizo darme de nuevo la vuelta, justo para ver cómo una gota se desprendía de las alturas y caía en el centro del charco que había debajo, produciendo unas ondas concéntricas que murieron entre los descoloridos arabescos de la alfombra. Al mirar otra vez el techo, comprendí que lo que estaba haciendo no dejaba de ser otro parche más; si me habían mandado llamar para cuidar de Sophie, no tenía sentido que me limitara a asistir con la misma pasividad que su padre al deterioro de una casa que avanzaba en paralelo al de su salud. No, había que tomar medidas más drásticas; arreglar los cristales cuanto antes, para empezar, pero también combatir el problema de la humedad en aquella sala. De no hacerlo, las demás estancias quizás correrían la misma suerte y mi paciente estaría completamente perdida.

El problema era que lo que tenía que hacer era precisamente lo que menos habría querido hacer... especialmente después de haber escuchado lo que me confesó mi patrón acerca del pasado de Monjoie. Aun así, solo dudé unos

segundos después de cerrar la puerta de la sala y, alzando la barbilla para que no me temblara, me dirigí hacia el tramo de la escalera que ascendía hasta la buhardilla en la que había comenzado la inundación.

Tuve que apretar la espalda contra la pared para subir, peldaño tras peldaño, hasta las tablas que aún se conservaban delante de la puerta. En un momento dado miré hacia abajo y estuve a punto de perder el equilibrio, pero conseguí llegar de una pieza a lo alto de la escalera y, tras respirar hondo para recuperar el aliento, abrí la puerta en silencio.

Si el panorama de la sala era angustioso, aquel resultaba pesadillesco. Mi patrón no había mentido al hablar de los destrozos provocados por el avión de los aliados. De la buhardilla no quedaba más que la mitad del tejado en pendiente y prácticamente dos de los muros habían sido destruidos; el viento soplaba tan furiosamente allí arriba como en los jardines. Di unos cuantos pasos sobre las tablas del suelo, recogíendome la falda del uniforme para que no se me enganchara en las malas hierbas que habían crecido por todas partes. Un par de metros a la derecha, distinguí otro charco parecido al de la sala que se encontraba justamente debajo y me acerqué para ponerme en cuclillas a su lado.

Aquello iba a ser más complicado que arreglar los cristales de la ventana. Hacía tiempo que la madera se había podrido y el agua acumulada después de cada tormenta se filtraba implacablemente al piso de abajo. «Tendremos que desalojar todo esto y poner tablas nuevas, y quizás llamar a un albañil del pueblo para que prepare una lechada de cal. Si no hacemos nada, podrá ocurrir lo mismo con nuestros dormitorios, y entonces...»

Un sonido inesperado detuvo el curso de mis pensamientos. Tardé un momento en reconocerlo, pero pronto me di cuenta de qué lo había producido: era el crujido de una soga retorciéndose poco a poco. Pensando que Clairmont quizás había dejado una cuerda con la que se había entretenido el viento, levanté la cabeza con el aire revolviéndome el pelo... y entonces distinguí algo al otro lado de la buhardilla que me encogió el corazón.

El sol se estaba poniendo a mis espaldas, pero, a pesar de la deslumbrante luz, fui capaz de reconocer todos los detalles. Primero el uniforme negro de las SS, todavía con la banda roja con una esvástica en el brazo izquierdo. Después la gorra con el águila y la calavera brillando bajo el atardecer. Y, por último, el esqueleto que me devolvió la mirada con una sonrisa congelada en sus dientes, una sonrisa que pareció expandirse cuando me puse a chillar. No sé cómo alcancé la puerta ni cómo un momento después estaba al pie de la escalera, como

si hubiese saltado quince metros sobre el tramo destrozado; lo único que recuerdo es que, cuando quise darme cuenta, estaba entre los brazos de Clairmont.

Debía de haber subido a todo correr, alarmado por el alboroto, y ahora me apretaba contra su pecho susurrando mi nombre una y otra vez, aunque yo no podía encontrar mi voz. Temblaba tanto que me agarré a su chaleco como si fuera mi tabla de salvación.

—Señorita Baudin, tranquilícese, por favor... —Me apartó los cabellos que me caían por la frente con suavidad, sin poder disimular su preocupación—. ¿Qué le ha sucedido?

—Arriba... —acerté a balbucear, y alzamos la vista hacia la buhardilla—. Hay... hay...

—¿Ha subido por esos peldaños completamente sola? —exclamó mi patrón—. ¿Cómo se le ha ocurrido hacer algo así? ¡Podría haberse desnucado!

—¡Hay un cadáver ahí arriba! —grité de nuevo, y eso le hizo guardar silencio con los ojos muy abiertos. Me tapé la cara con unas manos que no dejaban de temblar—. Sé que estará pensando que he perdido el juicio... pero lo he visto. Había un... un nazi en la buhardilla, colgando de una soga... Llevaba un uniforme de las SS y estaba... estaba...

—Señorita Baudin... —comenzó a decir Clairmont, y supe enseguida que mis peores temores eran ciertos—. Lo que está diciendo no tiene ni pies ni cabeza. La historia que le conté hace unos días ha debido de desatar su imaginación. Es cierto que un capitán de las SS se suicidó en la buhardilla, pero ¿cómo puede pensar que no retiraríamos su cuerpo?

—No sé lo que sucedió, pero estoy segura de lo que le digo: ¡ese hombre sigue ahí arriba y le he visto como le estoy viendo a usted! ¡Ha estado todo este tiempo en la casa!

Durante los siguientes segundos nos limitamos a mirarnos en silencio, él cada vez más escéptico, yo aún aterrorizada, hasta que se apartó de mi lado sin decir una palabra y comenzó a subir con cuidado los ruinosos peldaños. Di un paso incrédulo hacia él.

—¿Qué... qué está haciendo, señor? ¿No acaba de decir que es demasiado peligroso?

—No pienso quedarme de brazos cruzados mientras algo la aterroriza en mi hogar. Si encuentro a alguien ahí arriba, lo echaré de una patada, tanto si está vivo como si no.

Su convicción no me tranquilizó, pero no me quedó más remedio que esperar al pie de la escalera durante unos minutos que se me hicieron eternos. Finalmente me llegó el ruido de sus pasos saliendo de la buhardilla y sentí cómo el corazón me daba otro vuelco cuando vi lo que traía en las manos: la cabeza putrefacta con la gorra de las SS.

Retrocedí tan precipitadamente que mi espalda chocó contra la pared, pero, antes de que pudiera gritar de nuevo, mi patrón dijo con tristeza, alzando su siniestro trofeo:

—Parece que ninguno de los dos tenía razón. Es cierto que había un esqueleto ahí arriba, pero no era un cadáver real... ni tampoco una aparición. —Le quitó la gorra a la calavera y entonces observé, con la boca entreabierta, que tenía una argolla en la parte superior del cráneo—. Está hecho de plástico, señorita Baudin. Probablemente fuera una de esas reproducciones con las que se enseña anatomía a los niños. Lo realmente extraño es que estuviera colgando de una soga en la buhardilla, aunque me imagino el motivo...

—¿Qué estáis haciendo? —escuchamos de repente, y al darnos la vuelta vimos que Sophie se acercaba hacia nosotros impulsando la silla de ruedas con las manos. La puerta de su dormitorio estaba entornada y el saquito de arena arrinconado contra una pared—. ¡Oh...!

—¿Oh? —repitió su padre, aunque parecía más cansado que enfadado—. ¿No tienes nada que contarnos, ni siquiera después de haber escuchado chillar a la señorita Baudin?

—Me había olvidado de eso —admitió la niña poniéndose muy roja—. Lo colgué poco después de Navidad, cuando encontramos esos viejos uniformes. Le puse uno al esqueleto de la sala de estudios, le até una cuerda a la cabeza y la lancé por encima de una viga para levantarlo. Pensé que sería divertido gastarte una broma si subías a la buhardilla, pero como nunca lo hiciste, se me olvidó que lo había dejado colgado ahí arriba.

Parecía sinceramente avergonzada, lo cual atenuó un poco la rabia que me había empezado a trepar por el pecho. Clairmont debió de percatarse de que seguía temblando, porque dejó la calavera en manos de su hija, susurrando un «ya hablaremos» que la hizo encogerse en la silla, antes de conducirme hasta mi dormitorio. Una vez allí, me ayudó a sentarme en el borde de la chirriante cama y llenó para mí un vaso de agua en el lavabo.

—Tome. —Me lo puso en la mano, aunque no pude beber. Aún tenía el estómago tan revuelto que temía vomitar—. Siento mucho lo que ha ocurrido,

señorita Baudin. Estoy seguro de que Sophie no tenía malas intenciones. Es solamente que ella, en ocasiones...

—No importa —susurré—. No ha sido más que una travesura, señor. La culpa es mía.

Clairmont no contestó a esto. Dejé el vaso en la mesilla sin haberlo probado y, al cabo de unos segundos, mi patrón se agachó delante de la cama para mirarme a los ojos.

—Me da la sensación —siguió diciendo— de que lo que realmente la ha aterrorizado no ha sido creer que estaba delante de un cadáver. El problema es que fuera el de un nazi.

De nuevo guardé silencio, con los ojos clavados en las manos que había empezado a retorcer en mi regazo. Como no parecía dispuesta a decir nada más, mi patrón hizo un movimiento como para ponerse en pie, pero le agarré de la mano antes de que se apartara.

Esta vez fue él quien me miró con extrañeza mientras le decía en un tono casi inaudible:

—Mi apellido nunca ha sido Baudin, sino Bodenheimer. Me llamo Lia Bodenheimer.

—Lia —repitió a media voz. Aquello me hizo sentir un pellizco en las entrañas: casi me había olvidado de cómo sonaba mi propio nombre. Como había imaginado, no tuve que añadir nada más para que Clairmont adivinara el resto de la historia—. Ya entiendo lo que ocurre. Supongo que... —Dudó antes de añadir—: Mataron a toda su familia, ¿verdad?

Por toda respuesta, hundí la cara en las manos y Clairmont, tras dudar un instante, se incorporó para sentarse a mi lado, pasándome un brazo por los hombros. No lo hizo como un hombre que consuela a una mujer, sino más bien como un padre a una hija.

—Bueno —dijo después de que ambos permaneciéramos en silencio un rato—, por lo menos me queda el consuelo de que fueran sus creencias religiosas, y no mi desastrosa manera de cocinar, lo que la hacía dejar intacta la panceta. —Para mi perplejidad, la triste sonrisa que había aparecido en sus labios acabó reflejándose en los míos, y de repente me encontré riéndome entre lágrimas. Clairmont me frotó los hombros antes de señalar la ventana de mi dormitorio—. Fíjese en eso, señorita Baudin. Está empezando a nevar.

Fue aquel detalle sin importancia, el hecho de que siguiera refiriéndose a mí como «señorita Baudin», lo que acabó arrancándome la angustia por completo,

como si fuera una de las malas hierbas que creían en la buhardilla. Esas dos palabras equivalían a un acuerdo tácito entre nosotros, a la promesa de que no habría más preguntas mientras me encontrara en Monjoie. Al otro lado de los cristales, unos diminutos copos revoloteaban como si el cielo, para tratar de consolarme, quisiera espolvorear de azúcar la propiedad.

Nunca me he permitido ser una persona sentimental por una simple cuestión de supervivencia. Sabía que no era un señor Rochester que estuviera esperándome ni yo una Jane Eyre aparecida de la nada con el santo propósito de redimirles a su hija y a él. Y sin embargo, que me hubiera tratado con un respeto que hasta entonces pocas personas me habían manifestado me hizo sentir una curiosidad cada vez mayor por mi patrón. Por las tardes, cuando se sentaba con Sophie para hacerle compañía hasta la hora de la cena, tomé la costumbre de deslizarme en la biblioteca que había en la planta baja, al lado del salón, para echar un vistazo a las novelas que habían hecho que muy pocas personas en Francia no hubieran oído hablar de Alain Clairmont. Ahora que conocía al hombre de carne y hueso, parecía el momento adecuado para hacer lo propio con el de tinta y papel.

La primera sorpresa me la llevé al darme cuenta de que ninguno de esos libros se encontraba a la vista. Siempre me había imaginado a los escritores como egos andantes que no dejan de releer sus propias novelas, asaltando a cualquiera que se les acerca con citas de su propia cosecha. En el caso de mi patrón, sin embargo, casi daba la sensación de que se sentía avergonzado de lo que hacía. Me llevó una hora dar con la media docena de libros que había publicado con Ediciones Archambault, la empresa que había pertenecido a su suegro. Los encontré abandonados en una caja con montones de papeles garabateados y un cenicero de cerámica resquebrajado por la mitad. Mientras la nieve continuaba cayendo al otro lado de los cristales (había cuajado un par de días antes y por entonces el manto blanco que cubría los jardines tenía unos diez centímetros de espesor) solía sentarme en el sofá que había bajo el ventanal para leer a escondidas, hasta que oía sus pasos en la escalera y me apresuraba a regresar para seguir ocupándome de la niña.

Pero había otra cuestión que me llamaba la atención, y era que las novelas de mi patrón hubieran cambiado tanto. Las primeras que publicó estaban plagadas de excesos sentimentales, dramáticos episodios en cementerios y crímenes pasionales; la última que había visto la luz hacía tres años no tenía nada que ver

con eso. Era una historia de corte casi existencialista, de un tono melancólico que me recordó mucho más al Clairmont que yo conocía. En sus primeras obras la tristeza solo había sido maquillaje; la última estaba tan empapada de dolor que una noche estuve a punto de preguntarle, mientras cenábamos casi en silencio después de haber acostado a Sophie, qué le había pasado para cambiar tanto como escritor. Pero el retrato que colgaba del faldón de la chimenea parecía ser la única respuesta: Geraldine Clairmont, siempre tan perfecta, tan adorada... y tan muerta.

Dado que él no me había presionado para que le contara mi historia, no me pareció adecuado someterle a un interrogatorio. Una de las últimas tardes de noviembre, cuando la luz que entraba por el ventanal era tan tenue por culpa de la nieve que apenas podía leer, decidí dejar a un lado *La maldición de los Cavendish* para regresar con mi paciente antes de que Clairmont se marchara. Me extrañó no encontrarle en el dormitorio sino en el distribuidor, colocando tres cubos de hojalata en el suelo con expresión malhumorada.

—Son las dichosas goteras —dijo cuando me detuve a su lado—. Cuando iba a visitar a Sophie me encontré con un charco en medio del suelo. Fíjese que estropicio tenemos...

Un nuevo lamparón había aparecido casi en el centro de la habitación, y otros dos comenzaban a despuntar cerca de los ventanales. El «plic, plic, plic» era más rápido que en la sala de estar de su mujer. Aquel sonido, sin saber por qué, me atacaba los nervios.

—Hace unos días entré en la habitación que está al lado de su dormitorio y encontré una gotera parecida —le dije—. Me imagino que con la nieve se habrá hecho mayor. ¿No tendríamos que hacer subir a alguien de Saint-Rémy-sur-Mer para que se ocupe de eso?

—Dudo que se atrevieran a acercarse, por mucho dinero que les ofreciéramos. No se imagina lo que tuve que pagarle al mecánico para que accediera a arreglarme el coche...

Lo dijo tan resignadamente que le quité de las manos el último cubo para ponerlo junto al corredor que conducía a mi dormitorio y el de Sophie. Tendría que acordarme de no llevármelo por delante cuando me levantara para prepararle el desayuno a la niña.

—Y hablando del coche —siguió Clairmont mientras nos secábamos las manos—, iba a buscarla para decirle que estaré ausente durante toda la tarde. Voy a aprovechar que el viejo trasto funciona de nuevo para acercarme al pueblo

de Hauqueville a por más latas de gasolina. El generador consume mucha más energía ahora que somos tres en la casa.

—¿Hauqueville está muy lejos de aquí? —pregunté con cierta inquietud. Aunque no tenía ningún sentido, me desasosegó pensar que Sophie y yo íbamos a quedarnos solas.

—A menos de una hora en coche, aunque supongo que la nieve hará un poco más difícil la circulación. —Al reparar en mi aprensión, me puso una mano en el hombro—. No se preocupe: todavía quedan un par de latas en el cobertizo del generador, pero estaré de vuelta mucho antes de que se les acaben. De todas formas, si hubiera algún problema...

Se acercó a una cómoda que había entre los ventanales del distribuidor para coger una linterna. Cuando me la alargó, reparé en que se encontraba cubierta de rozaduras.

—Esto estaba en Monjoie cuando acabó la guerra, así que supongo que lo usarían sus anteriores... inquilinos. —Y al ver mi expresión de disgusto, añadió—: A mí tampoco me hace gracia tener que recurrir a sus cosas, pero nos han sacado de más de un apuro.

«No sería necesario si se hubiera preocupado antes por la casa», pensé mientras me guardaba la linterna en el bolsillo del delantal y acompañaba a Clairmont al cuarto de Sophie. Aunque distaba mucho de ser una neumonía, el empeoramiento en su salud la había vuelto más nerviosa e irascible y ya ni siquiera quería salir de la cama. Después de que le tomara de nuevo la temperatura («nada de lo que alarmarse aún», le susurré a su padre), Clairmont se agachó para darle un beso en la frente, con los delgados brazos de la niña alrededor del cuello, y se marchó con un escueto «hasta esta noche». Fui con él hasta la puerta principal y, mientras se montaba en el coche y enfilaba el sendero de gravilla que descendía hasta los barrotes coronados de nieve, me quedé reflexionando con los brazos cruzados sobre la extraña relación que tenían ese padre y esa hija. Estaba segura de que Clairmont haría lo que fuera por Sophie y que no dudaría en cambiarse por ella si con eso pudiera salvarla... pero, por grande que fuera su cariño, no sabía cómo expresarlo o no recordaba cómo lo había hecho antes de que Geraldine los dejara solos.

—Ha leído sus historias, ¿verdad? —preguntó Sophie cuando me reuní con ella en el dormitorio, y al reparar en mi confusión, añadió—: Se nota cuándo alguien lo ha hecho por la manera en que mira a papá. Es como si le creyera capaz de hacer muchas más cosas.

—Estoy segura de que es un gran hombre, en todos los sentidos —le aseguré. Fui a sentarme en una butaca que había arrimado a la cama, en el escaso metro cuadrado que la estufa de aceite conseguía calentar—. ¿Cómo va tu novela? ¿Has avanzado hoy en ella?

—Se me ha ocurrido algo importante sobre la muerte de la niña. Creo que no será un pariente quien la mate, sino toda la familia. —Debí de quedarme tan perpleja al escuchar esto que Sophie esbozó una sonrisa malévola—. ¿Verdad que es un giro inesperado?

—Sí, desde luego... pero también muy cruel. ¿Por qué iban a querer hacerle algo así?

—Eso es lo que tendrá que descubrir. Lo que pasa es que tardará un poco en hacerlo porque la historia comienza cuando acaba de convertirse en un fantasma, y al principio no sabe lo que le ha pasado ni las cosas que es capaz de hacer. — Sophie se subió la manta para taparse más, añadiendo con aire de experta—: En el fondo, morir es como volver a nacer. Tienes que aprender a hacer las mismas cosas que antes, solo que sin un cuerpo...

«No sabes nada», pensé mientras la niña señalaba con la mano una de las muñecas de porcelana y me levantaba para cogerla, poniéndola a su lado en la cama. «La muerte nunca es un comienzo, porque la vida nunca es un cuento de hadas. La muerte no es más que un cañón negro que escupe humo y una lluvia de casquillos de balas sobre el suelo.»

Mientras hablábamos, la noche se había desenvuelto sobre la Costa de Alabastro y la nieve cada vez más densa que rodeaba la casa hacía imposible distinguir la separación entre los jardines, el océano y el cielo. De pie delante de la ventana, me quedé mirando durante un buen rato aquel vacío mientras escuchaba canturrear a Sophie a mis espaldas.

—Me aburro mucho —se quejó al final, haciéndome regresar al mundo real—. ¿Por qué no hacemos algo divertido? ¿Le apetece jugar conmigo a la ouija, señorita Baudin?

—No, me temo que no. No me tranquiliza mucho que esa sea tu idea de diversión.

—Lo que pasa es que es una amargada. Siempre está diciendo «eso no es real», «eso no es posible», «no me lo creo»... ¿Por qué le dan tanto miedo las cosas sobrenaturales?

—No me dan miedo, lo que ocurre es que me parecen una pérdida de tiempo. Tal vez las ouijas surgieron para ser usadas por los espiritistas, pero ahora no son

más que un pasatiempo para chiquillos deseosos de demostrar a sus amigos lo valientes que son.

—¡Yo no tengo que demostrar nada! —protestó Sophie, irguiéndose en la cama. Mi sonrisa le hizo adivinar que aquella era la reacción que esperaba, porque también acabó sonriendo de mala gana—. Vamos, señorita Baudin, no sea mala conmigo... solo un rato...

—Si acepto, ¿me prometes que te portarás bien hasta que haya vuelto tu padre? —La pequeña asintió entusiasmada, y suspiré cogiendo la plancha de madera—. Tú ganas, pero solo durante unos minutos. No voy a dejar que una tontería como esta te ponga nerviosa.

Mi indiferencia no pareció desanimarla, lo que supuse que era buena señal; quizás me había preocupado demasiado por su apatía durante los últimos días. Volví a sentarme en la butaca y Sophie colocó la ouija entre nosotras, sobre la cama. Después me explicó que tenía que apoyar los dedos junto a los suyos, sobre el puntero con forma de corazón.

—Tiene que quedarse quieta para dejar que sean los fantasmas quienes lo muevan...

—Quién me lo iba a decir, toda la vida pensando que eran incorpóreos —contesté con un sarcasmo que Sophie prefirió pasar por alto—. ¿Y ahora qué? ¿Tenemos que esperar?

—Solo será un momento. Normalmente no tardan en empezar a manifestarse. Están tan hartos de no tener con quién charlar que aprovechan cualquier oportunidad para...

Dejé de hablar cuando el puntero tembló debajo de nuestros dedos. No pude evitar resoplar cuando, después de preguntar «¿hay alguien ahí?», Sophie me hizo un gesto apremiante para que siguiera el silencioso movimiento de la pieza hacia la palabra «sí».

—Lo sabía —susurró cada vez más emocionada—. ¿Has venido a decirnos algo? —Esta vez la pieza no se movió, lo que supuse que querría decir que la respuesta era afirmativa.

—No parece ser de muchas palabras, este fantasma. Espero que el de tu novela sí.

—Calle —me interrumpió la niña, impaciente. Había echado hacia atrás las mantas para inclinarse sobre la tabla—. ¿Eres quien creo que eres? —siguió diciendo—. ¿Eres mi...?

Antes de que acabara de hablar, la pieza abandonó el «sí» para comenzar su

paseo por las letras del alfabeto, exactamente igual que la tarde en que llegué a Monjoie. *C-A-R-I-Ñ-O*, fui deletreando poco a poco, y tuve que esforzarme para no alzar una ceja. ¿Otra vez aquella obsesión con Geraldine? ¿Por qué les costaría tanto asumir que se había ido?

—Mamá —dijo Sophie en voz muy baja. Los ojos le brillaban tanto que durante un segundo, uno solamente, me pregunté si no fingiría en realidad...—. Estaba segura de que vendrías a hablarme. Te necesito más que nunca, mamá. Te echo mucho de menos...

Y-Y-O-A-V-O-S-O-T-R-O-S. Lentamente, la pieza regresó al centro de la tabla, aún con nuestros dedos sobre ella, y después seguí leyendo: *P-A-P-A-E-S-T-A-T-R-I-S-T-E*.

—Él también te echa de menos, muchísimo. No ha vuelto a ser el mismo desde que te marchaste. Y ahora tiene miedo de que yo también me vaya, y de que le dejemos solo en Monjoie mientras nosotras nos hacemos compañía la una a la otra. —Sophie exhaló un suspiro—. Ni siquiera creo que quiera quedarse en la casa. Nunca le ha gustado tanto como a nosotras, y dentro de poco, cuando haya muerto, le traerá muy malos recuerdos...

—Ya es suficiente —dije de improviso, y solté el puntero haciendo que Sophie dejara escapar un grito—. Esta broma ya ha durado demasiado. ¿De verdad me crees tan tonta como para aceptar que los espíritus no tienen nada mejor que hacer que jugar con esto?

—¡No es ninguna broma! —se defendió la niña—. ¡Yo no he sido quien lo ha movido!

—Ah, ¿no? ¿Pretendes que me crea que hay una presencia en esta habitación —alcé las manos, agitando los dedos como un fantasma— a la que le parece divertido darnos un poco de conversación? ¿Qué es esto, la continuación del numerito del capitán de las SS?

—Muy bien. —Ella se cruzó de brazos con el ceño fruncido—. Si tanto le cuesta creer en esto, pruebe a preguntar cosas que yo no sepa. Entonces veremos quién dice la verdad.

Por un momento estuve tentada de quitarle la ouija y esconderla en alguna de las habitaciones clausuradas, pero sabía que con aquello solo conseguiría provocarla. Acabé armándome de paciencia y colocando de nuevo los dedos sobre la pieza con un resoplido.

—De acuerdo, terminemos de una vez con esto. No vas a quedarte tranquila hasta que me lleve un buen susto, así que será mejor que te lo ponga fácil. —Y

cerré los ojos con la cabeza alzada hacia el techo—. ¡Oh, espíritus, yo os invoco!
¡Abandonad el plano de lo inmaterial para venir a responder a nuestras
preguntas! ¡Necesitamos de vuestra...!

Antes de que acabara de hablar, la pieza reanudó su camino por la tabla. *R*, leí
de mala gana, y después se desplazó hacia la *A*, y desde allí fue hasta la *T*...
Estaba a punto de preguntarle a Sophie qué tramaba ahora cuando me di cuenta
de qué palabra estaba formándose, y aquello me hizo sentir algo parecido al
vacío que uno experimenta cuando está a punto de apoyar un pie en un escalón
inexistente. *R-A-T-I-T-A*, deletreó la pieza.

—¿«Ratita»? —dijo Sophie, desconcertada—. ¿Por qué mi madre le está
diciendo eso?

No fui capaz de responderle. La sangre parecía haber adquirido la
temperatura de la nieve en mis venas mientras la pieza continuaba con su
recorrido. Era más lento que antes, o al menos esa fue mi impresión. *H-A-S-C-R-
E-C-I-D-O-M-U-C-H-O-R-A-T-I-T-A*.

Instintivamente, estuve a punto de soltarla de nuevo, pero la niña no me lo
permitió.

—¡No puede hacer eso, señorita Baudin! ¡Todo el mundo dice que es muy
peligroso cortar una comunicación con los muertos antes de que ellos hayan
decidido hacerlo! ¡De lo contrario, se quedarán vagando en nuestro plano para
siempre y nunca estarán en paz!

—Yo... —comencé a decir, aunque no era capaz de reaccionar. Seguía con
los ojos clavados en la pieza, que cada vez parecía moverse con una mayor
desenvoltura. Cada uno de los deslizamientos provocaba un chirrido similar al de
una tiza sobre una pizarra.

*D-I-L-E-S-A-L-A-S-D-E-M-A-S-R-A-T-A-S-Q-U-E-A-U-N-S-I-G-O-A-Q-U-I-
Q-U-E-H-E-V-U-E-L-T-O-A-P-O-R-T-I-Q-U-E-T-E-H-E-E-C-H-A-D-O-D-E-M-
E-N-O-S-R-A-T-I-T-A*. Aquello fue demasiado: me aparté tan bruscamente que el
puntero rodó sobre la tabla y cayó a un lado de la cama con un repiqueteo. Miré
furiosa a Sophie.

—Supongo que ahora estarás contenta. Esto te parece realmente divertido,
¿verdad?

—¡Ya le he dicho que no soy yo quien lo está moviendo! —protestó—. ¡No
sé quién está contactando con usted ni a qué viene eso de «ratita», pero yo no
tengo nada que ver!

—¿Insinúas que la pieza se ha movido sin que me diera cuenta de que lo

hacía yo?

—Las dos la estábamos tocando, de modo que seríamos igual de sospechosas —dijo Sophie enfadada—. Yo sé que no he sido yo y usted dice que tampoco ha sido usted, así que la única explicación es que se trate de un fantasma. Uno muy maleducado, además.

—Se acabó. —Cuando me puse en pie y le arrebaté la ouija me di cuenta de que casi me temblaban las manos. Fui a dejarla encima del arcón—. Tenemos que terminar de una vez con esta locura. ¡Te he dicho cientos de veces que los fantasmas no existen, Sophie!

—¿Y no será —replicó la pequeña— que es usted quien necesita creer que no existen?

Me hubiera encantado poder echarme a reír, pero la garganta parecía haberseme secado de repente. Durante un rato permanecimos en silencio, con la nieve revoloteando locamente al otro lado de la ventana, hasta que Sophie se cubrió de nuevo con la manta.

—¿Sabe qué escribió papá una vez en uno de sus libros? Que el problema es que ellos sí creen en nosotros. —Alargó una mano para recuperar la muñeca de porcelana del pelo rubio, rodeándola con ambos brazos mientras me miraba—. No podemos escapar de nuestros fantasmas, señorita Baudin. Nadie conseguirá hacerlo nunca, ni siquiera usted.

Acababa de decirlo cuando las dos lámparas, la que había en la mesilla de noche y el quinqué colocado encima de la cómoda, se apagaron al mismo tiempo. El dormitorio quedó prácticamente a oscuras, iluminado solo por las mortecinas brasas de la chimenea.

—¿Qué ha pasado? —me oí exclamar momentos antes de que las lámparas volvieran a encenderse. Sin embargo, no lo hicieron con la misma potencia que antes: fluctuaban cada pocos segundos como si estuvieran agonizando—. ¿Se nos ha ido la luz de repente?

—Es el generador —explicó Sophie, que, para mi sorpresa, no parecía asustada—. En la última Navidad ocurrió lo mismo, aunque esa vez nos quedamos del todo sin luz. No conseguimos que viniera nadie a echarnos una mano, así que acabamos cenando con un par de velas de esas que tienen brazos retorcidos de metal, como en una novela antigua.

—Tu padre me dijo esta tarde que ahora el generador consume más energía. Lo que me pregunto es si habrá fluctuaciones en toda la casa o solamente es en esta habitación...

Me asomé al corredor y deslicé la mano por la pared hasta dar con el interruptor. Al accionarlo, comprobé que las dos lámparas que colgaban del techo también parpadeaban.

—Parece que afecta a todo Monjoie. —Después de dudar unos segundos, continué en tono más firme—: Creo que iré a echar un vistazo a ese artefacto. Probablemente necesite más gasolina para seguir funcionando, y tu padre dijo que aún había latas en el cobertizo.

—Buena suerte —me dijo Sophie con una sonrisita maligna. Decidida a no darle la satisfacción de verme asustada, me dirigí hacia la escalera y comencé a descender poco a poco. Al pulsar el interruptor del piso de abajo la araña de cristal también cobró vida, a pesar de que esta fuera tan intermitente como en las demás habitaciones. Para colmo, no había chimeneas en esa estancia y cuando los globos amarillentos se apagaban, como si fueran ojos vencidos cada pocos segundos por el sueño, todo se quedaba a oscuras y una parte de mí temía encontrar algo que antes no había estado ahí cuando se encendieran de nuevo. Una sombra en el marco de una puerta, una presencia silenciosa a mis espaldas...

Tuve que sacudir la cabeza, enfadada conmigo misma, para ahuyentar esas ideas. Me peleé con los cerrojos de la puerta principal para apartar una de las hojas y la corriente que se coló en la casa, acompañada por un remolino de nieve, casi hizo que los dientes me castañetearan. No merecía la pena subir a por un abrigo, de modo que coloqué con el pie un taco de madera debajo de la hoja para impedir que se cerrara y me aventuré en los jardines tapizados de blanco, encendiendo la linterna que había guardado en mi delantal.

El haz de luz que se movía delante de mí en amplios barridos hacía que la nieve resultara deslumbrante. Comencé a abrirme camino hacia la parte trasera de los jardines, en la que la maleza crecía aún más salvaje y las raíces de los árboles, sepultadas por la crujiente capa de nieve, parecían empeñadas en hacerme tropezar a cada momento. Unas cuantas asomaban como brazos retorcidos, y cuando la linterna las iluminaba me hacían pensar en una mano abriéndose camino desde las profundidades de la tierra, sin saber si me estaba pidiendo que la ayudara a escapar o si solamente quería arrastrarme con ella...

«Basta. Basta de una vez.» El camino hasta el cobertizo se me hizo eterno, pero por fin me encontré ante una puerta mal encajada que solo conseguí abrir de un empujón. Al entrar me recibió un penetrante aroma a cerrado, y también a una mezcla de óxido y de polvo acumulado durante años. Apunté con la linterna hacia lo alto y torcí el gesto: era evidente que mi patrón había decidido usar

aquel habitáculo como trastero. Había varias palas apoyadas contra la pared, un rastrillo con restos de hojas secas enganchados en las púas, una escalera de mano y unas cuantas tablas detrás de la puerta. También lo que me había traído hasta allí: un generador tan cubierto de telarañas que recordaba al ídolo de un templo envuelto en velos de gasa. Chasqueando la lengua, las aparté con la linterna y me agaché para coger una de las dos latas de gasolina que quedaban en un rincón. Había un embudo pegajoso sobre una de ellas, y me las ingení para dejar la linterna apoyada en uno de los travesaños de la escalera mientras procedía a echar gasolina en el aparato.

Cuando acabé, dejé la lata vacía a los pies del generador, me limpié las manos en el delantal y asomé la cabeza al exterior. Sabía que una de las ventanas del corredor en el que estaban nuestros dormitorios daba sobre el cobertizo, pero el rectángulo luminoso que conseguí distinguir entre la nieve me desalentó: la luz continuaba siendo igual de intermitente. Parecía que el dichoso artefacto había decidido jugarnos una mala pasada.

Casi sin darme cuenta, apoyé la cabeza en el marco de la puerta y cerré los ojos, indiferente a los copos que se me posaban en la cabeza y las pestañas. Por mucho que lo intentara, no conseguía arrancarme aquella idea fija, aquel «ratita» que se había clavado en mi estómago como un puñal. Lo único que tenía sentido es que fuera otra vez una de las bromas de Sophie. Ya había conseguido aterrorizarme con el esqueleto, aunque no supiera, en ninguna de esas ocasiones, hasta qué punto había dado donde más me dolía.

«Yo no estaba moviendo el puntero, de modo que tiene que haber sido cosa suya. A lo mejor me ha oído hablar en sueños cuando me he quedado dormida en la butaca...» No tenía sentido seguir devanándome los sesos, sobre todo a la intemperie. Di un tirón a la puerta del cobertizo para cerrarla y emprendí el camino de regreso a la puerta principal, rogando secretamente que la carretera de Hauqueville no estuviera tan cubierta de nieve como la propiedad de los Clairmont y mi patrón regresara a casa lo más pronto posible.

Pero no lo hizo. Cuando llegó la hora de darle la cena a Sophie me di cuenta de que estaba empezando a ponerse nerviosa, pero como seguíamos enfadadas por el asunto de la ouija, no hablamos demasiado. Le propuse ayudarla a escribir su historia, me dio a entender que lo único que quería era que la dejara en paz y, después de obligarla a tomar el Veronal junto con una pastilla de Luminal,

porque estaba tan agitada que temí que no pudiera pegar ojo, me retiré a mi cuarto para seguir con *La maldición de los Cavendish*.

Me costaba horrores avanzar en la historia, y no solo porque estuviera con el oído atento tratando de percibir el rumor de un coche subiendo por el sendero de gravilla. En las últimas horas las goteras parecían haberse multiplicado por toda la casa, y a eso de la medianoche el «plic, plic, plic» del distribuidor se había convertido en un «plic plic plic plic plic» tan demencial que acabé poniéndome las zapatillas y la bata para ir a vaciar los cubos antes de que rebosaran. Otras dos manchas de humedad habían aparecido cerca de las ventanas, y cuando volví a mi dormitorio observé desalentada que también había una encima del armario de caoba. Tuve que subirme a la cama y poner sobre el mueble el vaso que había en la repisa del lavabo en previsión de que comenzara a caer agua en cualquier momento, pero el daño ya estaba hecho: sabía que acabaría pasando toda la noche en vela pendiente del ruido de las goteras. Aunque seguía sin entender por qué me perturbaba tanto (¿qué había de siniestro en aquel «plic plic plic», en el fondo?), me resigné a acurrucarme con una manta en la butaca del cuarto de Sophie, que había caído rendida por el efecto del Luminal, para poder estar pendiente de paso de su temperatura.

Mi descanso fue tan intermitente como las lámparas que acabé apagando, porque la combinación del ruido de las goteras con la fluctuación de la luz resultaba desquiciante. Cuando fui a ponerle el termómetro por tercera vez, a eso de las seis de la mañana, me llevé un sobresalto: estaba temblando como una hoja y su tos había empeorado. «No puede ser que tenga neumonía otra vez», pensé con una creciente angustia, «¡no ahora, cuando no puedo pedirle ayuda a nadie si se pone realmente mal!» Metí una mano debajo de las sábanas para tocarle los pies: los tenía helados. Fui a por la manta de mi propia cama y se la puse por encima, y por un momento me planteé encender el calentador eléctrico a pesar de que Sophie me hubiera dicho que eso sería demasiado para el generador. Pero lo último que quería en ese momento era que nos quedáramos completamente a oscuras, de modo que me conformé con rellenar la estufa de aceite con una botella de la cocina.

Mi frustración no hizo más que crecer cuando me di cuenta de que era la única que quedaba. ¿En qué demonios estaba pensando mi patrón para no hacer acopio de ninguna clase de combustible, por muy inesperado que estuviera siendo aquel temporal? Aún no había rastro de él, y eso me hizo dirigirme a su despacho y quedarme mirando como una estúpida el teléfono negro que había

sobre el escritorio, como si estuviera retándole a que me trajera un mensaje suyo. «Quizás ha sufrido un percance en la carretera. La nieve puede haberle hecho resbalar, o tal vez el coche no estaba completamente arreglado...»

Me llevé las manos a la cabeza en la habitación en penumbra. Concentración. Lo único que necesitaba era concentración. Olvidar durante unos segundos la fluctuación de la luz, las goteras, el aceite que se consumía en la estufa. Sophie tenía que mantenerse caliente, aquella era mi principal prioridad; y, para eso, necesitaba conseguir más aceite.

—Sophie —le susurré al oído, inclinándome sobre ella—. Tengo que dejarte sola unos minutos. No ha pasado nada, no te preocupes; solo voy a bajar a la granja de los Renaud.

La única respuesta que obtuve fue una especie de quejido. Le acerqué un poco más la estufa, le remetí bien las sábanas y, no sin sentir una punzada de desasosiego, fui a coger mi abrigo y mis guantes antes de dirigirme a la puerta principal.

La tormenta me recibió como una bofetada. El tiempo había empeorado desde mi expedición de la noche anterior, y tuve que avanzar colina abajo doblándome por la cintura para que el viento no me hiciera retroceder. Para cuando abrí con muchos esfuerzos la verja de Monjoie, mi abrigo gris casi parecía blanco por culpa de la nieve y tenía las manos tan congeladas, incluso con guantes, que me crucé de brazos para tratar de calentármelas. La carretera que serpenteaba entre los árboles de los que caían de vez en cuando pesadas cargas de nieve estaba completamente inmaculada; las marcas de las ruedas del coche de Clairmont habían desaparecido, y Saint-Rémy-sur-Mer recordaba a una postal invernal en la lejanía, con sus tejados esmaltados de blanco y las piedras que delimitaban la línea de la costa cubiertas por un barniz parecido al glaseado de una tarta.

Sabía que era imposible alcanzar el pueblo en medio de aquella tormenta, ya que apenas conseguía ver dónde ponía los pies y en un par de ocasiones caí de bruces en la carretera, hundiéndome hasta las caderas y los codos. Por suerte, recordaba en qué curva había que adentrarse en la espesura para encontrar la granja de los Renaud, la que mi patrón me había dicho que había pertenecido antes a su familia política. Para cuando la silueta del edificio empezó a perfilarse entre los copos, me sentía tan aterida que apenas pude responder a la señora Renaud, tan huraña como la tarde en la que nos conocimos, cuando acudió a abrirme la puerta.

—Ah —me saludó—, si es la señorita de Le Havre. ¿Ha venido a darnos ya la noticia?

—¿La noticia? —conseguí articular. La anciana se hizo a un lado de mala gana y me adentré en un recibidor pequeño y oscuro con una única puerta iluminada; seguramente la de la cocina, a juzgar por el olor a café que salió a recibirnos—. ¿De qué está hablando?

—Pues de la niña Clairmont, ¿de qué va a ser? ¿Se ha marchado ya con su madre?

—No —contesté—, pero no le negaré que se está poniendo peor, y eso es lo que me ha traído a su casa. —La señora Renaud enarcó una ceja, y un brillo de enfermizo interés le encendió los ojos pequeños y mezquinos—. Necesito aceite para una estufa, para que la niña se mantenga caliente. El generador no funciona bien, no tenemos casi energía y...

—Energía —resopló la anciana—. Lo realmente raro es que esa casa aún no se la haya chupado toda a usted. Está loca quedándose allí, se lo digo de verdad. Los tres lo están.

—Puede que tenga razón, pero me comprometí a realizar el trabajo para el cual me contrataron y no me iré de Monjoie hasta que Sophie lo haya hecho. Por favor, ¿podría...?

Sacudí la cabeza con desdén, pero me hizo un gesto para que la acompañara. La cocina era una habitación tan destartada como el recibidor, aunque hacía mucho más calor que en Monjoie. La señora Renaud me hizo sentarme en una silla, me sirvió una taza de café y se agachó entre gruñidos para sacar unas botellas de una caja; mientras tanto me dediqué a observar las paredes cubiertas de sartenes y cacerolas desportilladas.

Al volverme hacia la derecha me di cuenta de que había una segunda puerta. Casi toda estaba cubierta por un cristal, y al otro lado del patio azotado por la nieve distinguí algo que me resultó familiar: la entrada a unos establos de los que dos jóvenes de edad parecida a la mía salían en ese momento, cargando con unos cubos rebosantes de leche.

Los recuerdos fueron tan inesperados que me hicieron detenerme, a punto de humedecerme los labios con el café. Mis hermanas correteando entre las vacas, sin hacer ningún caso a mis reprimendas pese a que fuera la mayor. Mi padre sentado delante de un animal, con sus manos grandes pero delicadas, las mismas que antes habían firmado absoluciones y sentencias en Berlín, tirando acompasadamente de las ubres. Mi madre deambulando como un duende del

hogar de uno a otro, siempre con una sonrisa que nos recordaba en silencio que podría haber sido peor, o con un abrazo que también parecía oler a leche...

—El señor Clairmont —me obligué a decir al cabo de unos segundos, para apartar de mí aquellas imágenes— me contó hace unos días que esta granja pertenecía antes a los Archambault, su familia política. —La anciana me miró—. ¿Hace mucho que están aquí?

—Casi diez años. Mi marido decidió comprarla unos meses antes de que empezara la guerra, así que tuvo muchísimo ojo, como puede ver. Nos hartamos de subirles botellas de leche a esos cerdos alemanes cuando aún creían que el pueblo les pertenecía.

—¿De modo que conoció al señor Archambault antes de que abandonara Monjoie?

—Sí, era un tipo bastante agradable, aunque no hablara mucho. Se pasaba el día con la nariz enterrada en sus libros. Siempre que alguien subía con un recado lo encontraba en la biblioteca; supongo que todavía la conservarán, por muchas cosas que hayan tenido que vender para salir adelante. Eso sí, le faltó tiempo para largarse cuando el asunto se empezó a torcer. —La señora Renaud tiró hacia ella de otra de las cajas para sacar unas latas parecidas a las del cobertizo—. Todos hacen lo mismo en cuanto estalla una guerra.

—Si estaban aquí antes de la invasión, me imagino que también la conocería a ella.

—¿A Geraldine? No mucho, pero era imposible no recordarla. Era bien guapa, y lo debía de saber de sobra. Rubia y elegante, de esas que parecen sacadas de una revista. El viejo se pasó la vida entera malcriándola, y Clairmont hizo lo mismo cuando se casaron.

—Tengo entendido que murió hace unos años. Sophie es incapaz de superarlo, pero no ha querido contarme lo que le ocurrió. —Di un sorbo al café con las manos ahuecadas alrededor de la taza, sintiendo por fin cómo empezaban a reaccionar—. ¿Usted sabe algo?

En lugar de contestarme, la señora Renaud se volvió hacia mí con los brazos aún sumergidos en la caja. Lo que ahora había en sus ojos no era interés, sino desconfianza.

—¿Va a decirme que nadie le ha hablado del tema? ¿Ni siquiera su propio patrón?

—No me he atrevido a hacer indagaciones —contesté un poco sorprendida—. Había dado por hecho que... Bueno, la enfermedad de Sophie es genética y, por

lo que oí decir a Clairmont, su esposa la tuvo antes que ella, aunque no fue la causa de su muerte. Me imaginé que eso la debilitaría tanto que cualquier trastorno posterior, por leve que fuera...

—¿Trastornos de salud? —exclamó la señora Renaud, entre el resoplido y la risa—. Sí, claro, podría decirse que Geraldine tuvo una pequeña migraña estando en Londres. Una que hizo que le estallara la cabeza, en sentido literal. La mataron los aviones alemanes en un bombardeo en el cuarenta y tres, muchacha. Cuando dieron con ella, el cráneo se le había abierto como una nuez. Dicen que fue Clairmont quien la encontró después de salir del refugio. La niña estaba con unos amigos, por suerte. La reconoció por las joyas.

Aquello me dejó tan estupefacta que ni siquiera me di cuenta de cómo una gota de café resbalaba por mi barbilla. La anciana se puso trabajosamente en pie mientras decía:

—Por supuesto, tampoco él lo ha superado. Las mujeres del pueblo dicen que es por ser un poeta... pero nada de eso: ese hombre estaba loco por Geraldine desde que la vio.

—Ahora entiendo por qué accedió al deseo de Sophie de volver a Monjoie —dije en voz muy baja—. Porque es lo único que le quedará de su esposa cuando la niña ya no esté.

—Y porque no puede negarle nada. ¿No ha visto que son como dos gotas de agua?

Sin dejarse amilanar por mi confusión y mi pena, la señora Renaud puso encima de la mesa de la cocina dos botellas de aceite. Me apresuré a apurar el café y a rebuscar dentro de mi abrigo, pero sacudió la cabeza para darme a entender que no era necesario.

—Ya nos lo pagará Clairmont cuando le subamos la leche, aunque, como no deje de nevar, no creo que podamos hacerlo hasta la primavera. Y aquí tiene esto también. —Dejó una lata de gasolina junto a las botellas—. Yo de usted procuraría no gastarlas enseguida.

Asentí con la cabeza, agradecida, y lo cogí todo como pude para seguirla hasta la puerta. El único indicio de que el sol había ascendido en el cielo era que el blanco de las nubes resultaba un poco más pálido. Me disponía a despedirme cuando la anciana dijo:

—Muchas lo han intentado en estos años, tanto en Londres como aquí. Pero, si no lo han conseguido, dudo que usted lo haga. —Y cuando la miré extrañada, entre el velo revoloteante de la nieve, añadió—: No intente disimular: sabe de

sobra a qué me refiero.

—Me hago una idea, pero el señor Clairmont no tiene que preocuparse por eso. Ya le he dicho que solo he venido a Monjoie a hacer mi trabajo. No me interesa nada más.

—Por su propio bien, espero que sea verdad. Una batalla contra una muerta es una batalla perdida. —Y tras hacerme un gesto con la barbilla desapareció dentro de la casa, dejándome con la sensación de estar cargando algo más pesado que las botellas y la lata.

Más nieve aún, y más oscuridad. Una oscuridad blanca que hacía que me resultara casi imposible orientarme colina arriba mientras me cambiaba cada pocos segundos las cosas de brazo. La tormenta había empeorado tanto que llegó un momento en el que no estuve segura de hacia dónde estaba caminando, pero, cuando empezaba a angustiarme, la verja de Monjoie apareció ante mí, y eché a correr hacia ella con un suspiro de alivio.

Pero tampoco podía distinguir nada más allá de mi nariz al otro lado. Mis huellas habían quedado tan sepultadas por la nieve como las del coche de Clairmont y la casa ni siquiera era una sombra en las alturas, nada más que una promesa. Di una vuelta sobre mis talones, cada vez más confundida, y al cabo de unos segundos reparé en que había una pendiente a mi izquierda cubierta por una capa de nieve menos espesa. Seguramente el sendero se encontraría debajo, por muy impracticable que estuviera en ese momento.

Resoplando por el esfuerzo, me agaché para dejar el combustible al pie de uno de los sicómoros y comencé a palmotear a mi alrededor, intentando encontrar algo que me confirmara que aquella era la dirección correcta. Finalmente mis dedos se hundieron en la gravilla, tan congelada que casi me estremecí a pesar de los guantes. Y estaba a punto de ponerme en pie, sintiéndome un poco más animada ante la perspectiva de la estufa y de reunirme por fin con Sophie, cuando mis ojos se posaron sobre algo que había unos centímetros más adelante, medio escondido entre los tallos petrificados de unas azaleas.

Al principio no me pareció más que un pedrusco, pero cuando alargué una mano y me lo acerqué a la cara, reparé en que era de un blanco deslumbrante. «Esto no es piedra normal y corriente... es mármol.» Me llevé una mano a la cabeza, luchando contra los cabellos que la nieve no hacía más que revolverme,

y entonces le di la vuelta... y sentí cómo se me cortaba la respiración. Había algo esculpido en la otra cara de la esquirra de mármol, una esfera con un pequeño agujero en el centro. Y en la parte superior, aunque estuviera quebrada, reconocí la diagonal lánguida de un párpado que había visto antes...

Mis dedos temblorosos soltaron la piedra en un acto reflejo. El ojo desapareció en la nieve sin hacer ruido, y durante unos instantes lo único que pude oír fue el acelerado tambor de mi corazón hasta que más allá de las azaleas, casi invisibles en la inmensidad de terciopelo blanco que me rodeaba, reconocí otros dos fragmentos parecidos, y más tarde un tercero. Este llamaba más la atención porque tenía pintura roja: un sucio remedo de carmín sobre unos labios de piedra. Temiendo lo que iba a encontrarme, alcé poco a poco la mirada y, pese a la nieve que aún me cegaba, supe que no me había equivocado.

La escultura de Geraldine estaba ante mí, o al menos lo que quedaba de ella. La cabeza había volado en cien pedazos y la imagen recordaba a la cariátide decapitada de un templo griego. En medio de la quietud que parecía haber congelado el mundo, la voz de la señora Renaud resonó en mi mente como si aún me encontrara en su mugrienta y oscura cocina: «Cuando dieron con ella, el cráneo se le había abierto como una nuez...»

Noté cómo se me revolvía el estómago. Me volví instintivamente para mirar por encima de mi hombro, preguntándome quién podría haber hecho algo semejante, pero no parecía haber nadie en los jardines. ¿Sería capaz una tormenta como aquella de partir de cuajo un bloque de mármol? ¿Habría subido alguien a escondidas para romperlo a martillazos, como habían hecho antes al ensuciar con pintura la estatua? «Si ha sido alguien del pueblo, ha tenido que hacerlo esta noche. Clairmont se habría dado cuenta de lo ocurrido al salir con el coche por la tarde.» Estaba sopesando atolondradamente las posibilidades cuando un pensamiento horrible se abrió camino en mi cabeza, y eso me hizo volverme alarmada hacia donde supuse que estaría Monjoie. «Quizás... quizás ha sido hace unos minutos. ¡Y yo he dejado sola a Sophie!»

Entonces sucedió otra cosa que me hizo preguntarme si realmente todo aquello no sería un sueño siniestro y perturbador. Porque cuando me arremangué el vestido y me dispuse a correr hacia la casa, una silueta oscura que había a un par de metros de mí, y que había tomado por el contorno difuso de un árbol, cobró vida de repente y se alejó en un silencio sepulcral. El movimiento fue tan inesperado que se me escapó un grito, pero no tardé en comprender quién era. ¿Quién más se habría parado tan cerca de la escultura?

—¿Señor Clairmont? —pregunté en voz alta. La silueta no se detuvo, sino que siguió caminando hasta que se confundió con los árboles auténticos. En vez de continuar hacia donde había pensado que estaría la casa, me apresuré a seguirla entre las mustias azaleas que crecían a sus anchas detrás de la Geraldine petrificada—. Señor, ¿es usted...?

Tampoco esta vez obtuve una respuesta. Unos segundos más tarde, no obstante, lo distinguí de nuevo a mi derecha, internándose entre los árboles con una soltura mucho mayor que la mía. «Tiene que tratarse de Clairmont. Solo él conoce tan bien este lugar.»

Le llamé en voz más alta, pero el resultado fue el mismo. Cada pocos segundos su silueta desaparecía, confundándose con la nieve que se agitaba a nuestro alrededor como cortinas zarandeadas por el viento, para reaparecer después un poco más lejos, sin aminorar en ningún momento el paso. Era evidente que tenía prisa por alcanzar la casa; seguramente estaría preocupadísimo por Sophie, tanto que no era capaz de oírme en medio de su carrera. Sin embargo, yo seguía llamándole sin dejar de correr tras él, arrojando cascadas de nieve a ambos lados con cada esfuerzo que hacía por avanzar campo a través. Al final, después de lo que me parecieron horas de absurda persecución, mi patrón se acabó deteniendo a unos metros de mí, una mancha oscura en medio de aquella infinidad sin comienzo ni fin. Suponiendo que estaría en el umbral de Monjoie pese a que con la nieve aún no pudiera distinguir la silueta de la casa, solté un suspiro de alivio y, tirando de mi vestido para liberarlo de unos arbustos, corrí hacia él.

—¡Señor Clairmont, no he dejado de llamarle a gritos! ¡No sabe cómo me alegro de que haya regresado con nosotras! Hemos estado muy preocupadas, no sabíamos si le...

Pero las palabras murieron en mi boca cuando la silueta desapareció. Solo que en esta ocasión no se alejó en medio de la nieve ni se internó en la espesura; simplemente se esfumó delante de mis ojos como si nunca hubiera estado allí. Y antes de que pudiera reaccionar, me di cuenta de que aquello no era Monjoie, de que no estaba delante de la puerta de la casa sino en la parte trasera de los jardines, y de que mi pie derecho había dejado de hundirse en la nieve para quedar suspendido en el aire, al borde del acantilado.

Esta vez grité con todas mis fuerzas, incapaz de apartar la mirada del abismo que se abría ante mí hasta que de improvviso, cuando me encontraba a punto de perder el equilibrio, alguien me agarró de un brazo y me arrastró tan

bruscamente que casi caí de espaldas. Clairmont se encontraba a mi lado, tan pálido que lo único que distinguía de él entre la nieve era el negro de sus cabellos y su ropa.

—¿Qué demonios está haciendo aquí? —le oí gritarme en medio de la tormenta, sin dejar de tirar de mí hasta que me encontré a una distancia razonable del precipicio—. ¿Es que se ha vuelto loca de remate? ¿Qué quería, acabar con todos sus problemas a la vez?

—Yo... —La voz parecía negarse a abandonar mi garganta—. Yo solo estaba... estaba...

Temblaba como un cachorrillo entre sus brazos, y Clairmont me llevó casi en volandas entre los torbellinos de nieve hasta que dejamos atrás el banco de piedra en el que había estado sentada con Sophie. Allí me cogió la cara con las manos, como para asegurarse de que no estaba sonámbula ni había perdido el juicio. Sacudió la cabeza, estupefacto.

—No podía creer lo que estaba viendo. La oí gritar mi nombre varias veces, pero no me di cuenta de dónde estaba hasta que la vi acercarse al acantilado. Eché a correr tras usted lo más rápidamente que pude, pero con esta maldita nieve parecía imposible que...

—¿Eché a correr detrás de mí? —dije después de unos segundos en los que lo único que hicimos fue mirarnos—. No puede ser, señor Clairmont. ¡Yo iba siguiéndole a usted!

Aquello le hizo soltarme poco a poco. Había nieve en sus cejas, en sus pestañas.

—¿Qué está diciendo? ¿Cómo podía seguirme si yo he llegado después que usted?

—Estaba convencida de que se encontraba delante de mí... Hace unos minutos, cuando acababa de entrar en la propiedad, me pareció reconocerle en medio de la nieve, pero no me respondió cuando le llamé... así que le seguí, imaginando que se dirigiría a Monjoie...

Me fui callando poco a poco cuando su confusión acabó respondiendo a todas mis dudas. La persona a la que había seguido, la que me había conducido al acantilado... no podía ser mi patrón. La revelación me encogió aún más el estómago y me hizo volverme para escrutar la mareante extensión de los jardines. Pero, tal como imaginaba, no había ni rastro del intruso; había desaparecido tan repentinamente como se presentó ante mí.

Sin reparar en mi creciente angustia, mi patrón se agachó para recoger un

paquete que debía de haber soltado antes de echar a correr hacia el acantilado; supuse que sería la gasolina que había ido a buscar a Hauqueville. Comenzamos a abrirnos camino como pudimos hacia la casa que, esta vez sí, acabó apareciendo paulatinamente ante nosotros.

—He tenido que dejar aparcado el coche a medio camino entre el pueblo y la granja de los Renaud porque las ruedas se me hundían en la nieve continuamente —me explicó Clairmont mientras rodeábamos el edificio—. ¿Qué estaba haciendo fuera a estas horas?

—No he salido para dar un paseo, si es lo que está pensando. Sophie ha amanecido completamente congelada y temí que, si no conseguía mantenerla caliente...

—¿Qué? —Clairmont se detuvo en seco al escuchar esto—. ¿Ha vuelto a empeorar?

—Esta mañana, cuando me disponía a tomarle la temperatura, me pareció que empezaba a presentar los síntomas de una neumonía. Tuve que darle Luminal para que descansara sin sobresaltos y me imagino que aún le durarán los efectos, de modo que no se extrañe si la encuentra amodorrada...

No me dio tiempo a acabar de explicarme. Clairmont se apartó de mí a todo correr y se precipitó hacia la puerta principal; al seguirle comprobé con un enorme alivio que continuaba como la había dejado. No sé si realmente temía encontrar la casa desvalijada en mi ausencia o lo que me preocupaba tenía un cariz mucho menos terrenal, pero opté por guardarme mis inquietudes para mí misma y subir la escalera detrás de mi patrón.

Corrimos sin decir una palabra hasta el dormitorio de Sophie, cuya puerta había dejado cerrada para que no se escapara el calor, y Clairmont soltó un suspiro cuando la pequeña se rebulló entre las mantas para mirarnos con esfuerzo por encima del hombro.

—¿Papá...? —la oímos balbucear. No parecía darse mucha cuenta de lo que pasaba, pero cuando su padre se sentó a su lado en la cama, y se inclinó para besarla una y otra vez en la frente, esbozó una sonrisa adormilada—. Sabía que volverías. Estaba segura...

—Cariño, estás ardiendo ahora mismo —murmuró Clairmont. Le puso una mano en la frente y después me miró, aunque yo ya me había adelantado cogiendo el termómetro.

—Me temo que la fiebre le ha subido aún más —susurré mientras lo deslizaba en la axila sudorosa de Sophie. Le cogí una muñeca para medirle el

ritmo cardíaco—. Le late el corazón a toda velocidad, aunque el pulso es débil... Esto no puede ser un catarro, señor.

—Cielo santo. Son los mismos síntomas que tuvo en las dos neumonías anteriores...

Se pasó las delgadas manos por el pelo, revolviéndoselo aún más. Cuando volvió a alzar la cabeza, me sorprendió que la desazón hubiera dado paso a la cólera en su mirada.

—¿En qué diablos estaba pensando para dejarla sola en un momento así? ¿Para qué cree que está usted aquí, para dedicarse a decorarnos los jardines con muñecos de nieve?

—¡Ya le he dicho que tuve que apartarme de Sophie por su bien! —estallé sin poder controlarme por más tiempo—. ¡Usted se fue a por gasolina, pero olvidó decirme que casi no quedaba aceite en casa! ¿Cómo pretende que combata un principio de neumonía si ni siquiera puedo mantener caliente a mi paciente? — Señalé el inútil radiador que había en el dormitorio—. Hace siglos que ninguno de esos aparatos funciona, pero nadie ha subido hasta ahora a arreglarlos. Hay calentadores eléctricos en la casa, pero no se pueden usar porque eso sería demasiado para el generador, por supuesto. ¡Hay luz eléctrica en cada habitación pero a este paso no tardaremos en recurrir a las velas para conseguir ver algo!

—¿Qué ha pasado ahora con la luz? —Clairmont parecía estar más superado por la situación a cada instante—. ¿Es que la nieve se ha colado en el cobertizo del generador?

—No tengo la menor idea, pero fíjese en esto. —Tiré de la cadenita de la lámpara que había en la mesilla, que comenzó a parpadear como la noche anterior—. Las fluctuaciones casi me están volviendo loca, señor Clairmont. Por no hablar de esas dichosas goteras...

—¿Qué ocurre con las goteras? ¿Es que han aparecido más desde que me marché?

—Si hubiera prestado más atención, se habría dado cuenta de que ya tenemos cinco cubos en el distribuidor. Ahora incluso hay una en mi dormitorio. — Apoyé una mano en mi frente, sintiéndome cada vez más extenuada—. Esta casa, esta condenada casa... se va a venir abajo en cualquier momento, y si usted no hace nada para impedirlo, los enterrará a los dos con ella. Es como si estuviera aguardando el momento perfecto para hacerlo.

Mientras hablábamos, los ojos de Sophie, relucientes por la fiebre, se deslizaban sin parar de uno a otro. Clairmont no supo qué contestar, de manera

que me puse en pie para dirigirme a la puerta del dormitorio. Empezaba a tener un horrible dolor de cabeza.

—La señora Renaud me dio un par de botellas de aceite, pero tuve que dejarlas en los jardines. Será mejor que vaya a buscarlas para cuando sea necesario rellenar la estufa.

Tampoco me respondió esta vez. Seguía observando el rostro sudoroso de su hija con una expresión abstraída que me hizo comprender que no haría más que malgastar mi aliento quejándome ante él. Estaba tan perdido y tan ciego como yo en los jardines unos minutos antes, incapaz de saber hacia dónde avanzaba, o si lo estaba haciendo siquiera.

Durante las siguientes horas no me aparté de la cama de la enferma mientras mi patrón iba y venía por el corredor como un león enjaulado. Pronto mis peores temores se confirmaron: aquello era una neumonía, probablemente la más grave por la que había pasado Sophie. Aunque la fiebre le bajó a treinta y ocho grados a lo largo de la mañana, cuando empezaba a hacerse de noche su temperatura aumentó de nuevo. La frente le ardía, los ojos le brillaban como ascuas y no dejaba de moverse en la cama, murmurando y tosiendo sin que nada de lo que decíamos pareciera alcanzar sus oídos. Solamente salió de su delirio cuando la incorporé un poco para tratar de darle la tercera medicina del día.

—No la quiero —dijo apartándome la mano—. No pienso tomar medicinas nunca más.

—Vamos, deja de comportarte como una niña pequeña. Ya te he explicado que, si no te bebes esto, te dolerá aún más el pecho. Te lo he dado docenas de veces en estos días...

—No lo volveré a beber. La niña de mi historia... —Rompió a toser de nuevo, y me di cuenta, desalentada, de que cada vez le costaba más dejar de hacerlo—. Su familia... la mató con las medicinas —consiguió articular—. La envenenaron... mientras la cuidaban...

—Cielo santo, creo que es lo más retorcido que me has contado hasta ahora. No sé qué podría impulsar a unos padres a hacer algo así, pero sabes que el tuyo te quiere con locura, Sophie. Ahora, haz esto por él —le acerqué de nuevo el vaso, consiguiendo que diera unos sorbos de mala gana—, vuelve a taparte con las sábanas, y procura descansar.

No protestó cuando le remetí las mantas y me senté a su lado para seguir

estando pendiente de su temperatura, pero me dio la espalda dejando claro que no quería que le dirigiera la palabra. «Debe de estar enfadada por haberla dejado sola esta mañana», me dije con una súbita punzada de culpabilidad, «pero, ¿qué otra cosa podría haber hecho?»

Me sentía tan cansada que temía quedarme dormida en cuanto cerrara los ojos. Al cabo de un rato, cuando empezaba a cabecear, oí algo que me hizo reaccionar: el rumor de unos pasos en el corredor. «Clairmont», pensé enderezándome un poco, pero no entró en la habitación. Para mi sorpresa, pasados unos instantes el «tap, tap, tap» de sus pasos volvió a sonar otra vez, aunque en esta ocasión no en el corredor, sino en mi dormitorio.

Aquello me despabiló como si me hubieran pinchado con una aguja. Durante unos segundos me quedé mirando la pared que mediaba entre nosotros, escuchándole pasear de un lado a otro de la habitación con la misma calma con la que habría deambulado por un museo. «Pero esto no tiene sentido. Ningún patrón entraría con tanta desenvoltura en el cuarto de un empleado.» Un repentino escalofrío me recorrió la espalda, como si una mano invisible hubiera deslizado un cubito de hielo por ella. Si no era Clairmont quien estaba en mi cuarto, cosa poco probable teniendo en cuenta lo educado que solía ser...

—Sophie —dije en voz baja, poniendo una mano en el hombro de la niña. Lo único que obtuve por respuesta fue un «mmmmm» lastimero—. Sophie, ¿estás escuchando eso?

Esta vez ni siquiera me respondió. Poco a poco, me puse en pie y me marché de la habitación sin hacer ruido. La puerta de mi dormitorio estaba entornada y cuando la abrí del todo me dio un vuelco el corazón: no había ni rastro de mi patrón. «Pero lo acabo de escuchar. Sonaba en esta habitación, estoy segura...» Y estaba a punto de mirar bajo la cama, sintiéndome más inquieta a cada momento, cuando lo oí de nuevo: pasos fuera de mi dormitorio, más rápidos y sonoros que antes, apresurándose hacia el distribuidor.

Me precipité hacia la puerta para abrirla de un tirón, pero el corredor se encontraba desierto. Confundida, seguí el eco de los pasos hasta la escalera y hasta me apoyé en la balaustrada para echar un vistazo, con los mismos resultados: no parecía haber nadie cerca de mí. Era imposible que le hubiera dado tiempo a bajar al vestíbulo, de modo que tenía que haber entrado en una de las habitaciones del primer piso. Tras dudar un momento, crucé el distribuidor para averiguar si estaba en el dormitorio de Clairmont, pero se me escapó un grito cuando la puerta se abrió en mis narices. Mi patrón se encontraba ante mí,

con una camisa a medio abrochar que parecía demasiado amplia para su delgado pecho.

—¡Gracias a Dios que se trataba de usted, señor! ¡No sabe el susto que me ha dado!

—¿Susto? —Clairmont frunció el ceño sin perder aquella expresión entre angustiada y perdida que empezaba a ser habitual en él—. ¿No estaba con Sophie en su habitación?

—Sí, pero me pareció oírle dar vueltas por la mía... Debo de haberme confundido; lo que he escuchado no sería más que el ruido de sus pasos dirigiéndose a su dormitorio.

—No sé de qué está hablando, señorita Baudin. No ha podido oírme a mí porque no he salido de este cuarto en la última media hora. Estaba cambiándome de ropa ahora mismo.

—Pero... —Miré por encima de mi hombro y después me volví hacia él, que se había puesto a abrochar los últimos botones de su camisa—. Pero no puede ser... ¡es imposible!

—¿Otra vez un fantasma? ¿El mismo que trató de hacerla caer desde el acantilado?

Debía de estar tan preocupado por Sophie que cualquier otra cosa que le contara le parecería un sinsentido. Aun así, me siguió a regañadientes cuando eché a correr hacia la puerta que había al lado de la suya, la de la sala de estar de su esposa. No importaba que no quisiera creerme; yo sabía lo que había escuchado. Sabía que tenía que estar allí.

Sin embargo, lo que encontré al otro lado fue peor de lo que imaginaba. La estancia me había parecido desangelada cuando entré por primera vez, pero en los últimos días la nieve la había hecho suya a conciencia. Ya no había una única gotera humedeciendo la alfombra; todo el techo parecía licuarse ante nuestros ojos, con estalactitas de agua y yeso coagulado resbalando desde las molduras. «Santo Dios», oí susurrar a Clairmont mientras se acercaba, como había hecho yo la vez anterior, a la chimenea inundada. La nieve se había colado a sus anchas por el tiro destrozado y cubría toda aquella parte de la habitación, en la que las tablas del suelo desprendían un nauseabundo olor a podrido.

—Esto es un auténtico desastre —siguió diciendo mi patrón. Rozó con los dedos el papel pintado, cuyas flores de cerezo apenas se distinguían; parecía estar deshaciéndose a la misma velocidad que el techo—. Sabía que esta estancia estaba en mal estado, pero no pensaba que tanto. Me temo que no habrá reforma

que pueda arreglar este desaguisado...

—La humedad es el menor de nuestros problemas ahora mismo. Alguien ha entrado en esta habitación, señor, y no me refiero a esta tarde. Esos muebles no estaban así antes.

Señalé las siluetas cubiertas con sábanas que había al otro lado de la estancia. Los adornos polvorientos que asomaban bajo la tela recordaban a los miembros de un cadáver preparado para la disección. Aunque no recordaba cuál había sido exactamente su posición, estaba segura de que no era la misma. Ahora Clairmont sí parecía intranquilo.

—¿A qué se refiere? ¿Sophie le enseñó esta habitación cuando se instaló en la casa?

—No, entré la tarde en la que subí a la buhardilla. Me pareció que hacía demasiado frío en su dormitorio y quería asegurarme de que todas las ventanas estuviesen cerradas.

La idea de que mientras estaba en la granja de los Renaud un desconocido hubiera entrado en Monjoie y revuelto aquella habitación casi me congelaba la sangre. No pude evitar preguntarme si sería el mismo que había hecho añicos la cabeza de piedra de la Geraldine de los jardines... el mismo que después me había guiado hasta el precipicio...

Mi patrón se había quedado mirando los muebles como tratando de encajar lo que acababa de decir. Pero cuando me giré hacia él distinguí algo, entre los chorros de agua blanquecina que se derramaban desde el techo, que consiguió conmocionarme aún más.

—¿Señorita Baudin? —dijo Clairmont con extrañeza, aunque entendió lo que ocurría en cuanto siguió la dirección de mi mirada—. Oh, por el amor de Dios. Esto es demasiado.

A la derecha de la puerta, la humedad había estropeado tanto el papel pintado que caía en jirones hasta rozar casi la alfombra. El yeso resultaba perfectamente visible bajo las flores descoloridas, y también las dos líneas sanguinolentas que asomaban por debajo.

No fui capaz de acercarme; tuvo que ser Clairmont quien lo hiciera. Agarró una de las tiras pegajosas de papel y tiró con fuerza, dejando al descubierto el enorme símbolo que yo había intuido más que visto. Una esvástica pintada con grandes trazos de color rojo.

Di instintivamente un paso atrás, como una persona a la que un perro ha mordido que de repente se encuentra delante de otro de la misma raza. Mi patrón

respiró hondo.

—Bueno —dijo pasados unos segundos—, al menos sabemos que no ha podido ser un fantasma quien ha hecho esto. No he oído hablar de ninguno capaz de coger una brocha.

—Tape eso —contesté en voz baja, en un tono que le hizo mirarme de nuevo con una mezcla de preocupación y piedad—. ¿No se da cuenta de... de que no tiene ningún sentido?

—¿Cómo que no lo tiene? Monjoie fue tomada al comienzo de la ocupación por un destacamento nazi, ya se lo expliqué hace unos días. Es perfectamente posible que uno de los soldados cogiera un bote de pintura roja para hacer marcas como estas por la casa.

—¿Debajo de un papel pintado que debe de tener más de cien años? ¿Un papel que solo ahora, por culpa de la humedad, se ha estropeado tanto que deja a la vista la pared?

La voz me temblaba tanto que casi no conseguía encadenar las palabras. Si lo que estaba con nosotros en Monjoie no era de carne y hueso, si realmente era una presencia de las que tanto le gustaba hablar a Sophie... «Nazis no, por favor», supliqué en silencio mientras Clairmont se acercaba poco a poco a mí, tratando de limpiarse las manchas de yeso de los dedos. «¿Cuántos murieron en la casa durante el bombardeo? ¿Ocho, además del capitán que se colgó de una viga?» Me alejé de mi patrón cuando me rozó una mano.

—No me toque, por favor. No se preocupe por mí, estaré bien enseguida. Necesito estar sola un momento, pero le prometo que... que volveré con Sophie en cuanto pueda.

Me marché sin darle la opción de hacerme más preguntas y, sintiendo cómo una vaga náusea comenzaba a trepar por mi garganta, me apoyé de nuevo en la balaustrada de la escalera con los ojos cerrados. Sin saber muy bien por qué, regresaron de repente a mi memoria las imágenes más espeluznantes a las que había tenido que hacer frente en los años que había pasado en el Hospital Bernardin de Saint-Pierre. Miembros cortados para prevenir la gangrena, soldados con restos de metralla incrustados en la carne, bebés prematuros que recordaban a amasijos de carne sanguinolenta. Y sin embargo, ninguna de esas escenas me había hecho parpadear; yo había sido capaz de cortar, coser y enjuagar sin que me temblara el pulso, sencillamente porque las heridas más atroces eran las más humanas. Pero lo que había en Monjoie con nosotros (quizás a mi lado en ese momento, quizás inclinado sobre mí mientras cabeceaba

en la butaca del dormitorio de Sophie) podría haber dejado de serlo años antes. Si estaba en lo cierto, no había nada que yo pudiera hacer para plantarle cara; mi determinación se deshacía como el papel de la sala de estar de Geraldine. Y estaba tratando de mantener la calma, esforzándome por respirar poco a poco, cuando volví a abrir los ojos y noté cómo la náusea se hacía mayor.

Otras tres esvásticas habían aparecido ante mí, burlándose de mi creciente horror desde los paneles que ocupaban la mitad inferior de las paredes del distribuidor. Grité tan débilmente que ni siquiera Clairmont me oyó, retrocediendo de nuevo hasta que mi espalda chocó contra la pared opuesta. Aun en medio de mi espanto, conseguí mirar a mi alrededor y comprobé que tampoco había nadie por allí. «Esto no podía estar aquí hace un momento, cuando me asomé a la escalera. Me habría fijado en ello.» ¿Significaba eso que la persona, o la presencia, que estaba haciendo aquellas marcas se dedicaba a jugar al escondite conmigo? ¿Salía de una habitación para esconderse en otra sin que la viera?

«Pero es completamente ridículo. Nadie se comportaría de ese modo, ni un vivo ni un muerto. Es tan infantil, tan...» Acababa de pensarlo cuando reparé en un detalle que antes, en la otra habitación, había pasado por alto. «Tan infantil.» Di un par de pasos en dirección a las esvásticas, con los ojos abiertos de par en par. Si las hubiera pintado una persona de mi edad, habrían estado más o menos a la altura de mi cabeza; seguramente un poco más arriba, dado que yo no era alta. Pero esas marcas quedaban por debajo de mi pecho, y también la de la sala de estar. La revelación me hizo quedarme completamente quieta hasta que volví la cabeza hacia el corredor que conducía al dormitorio de Sophie.

No, no era posible. No podía creerlo, no quería hacerlo. La niña estaba tan enferma que casi deliraba; si hubiera salido de la cama, aun arrastrándose por el suelo sin la silla de ruedas, no habría conseguido avanzar ni un metro. Pero la sospecha se había clavado en mi cerebro como un alfiler, y aunque deseaba con todas mis fuerzas que solo fueran imaginaciones mías, no pude resistir el impulso de apresurarme hacia su cuarto. Estaba preguntándome cómo abordar la cuestión si es que la encontraba despierta, o si me daba cuenta de que estaba fingiendo sus delirios hasta el momento en que la dejábamos sola, cuando pasé por delante de la puerta de mi dormitorio, y me detuve una vez más en seco.

Aunque los trazos eran semejantes, esta vez no se trataba de una esvástica, sino de una enorme estrella de David que cruzaba la plancha de madera, de nuevo a la altura de mi cintura. Levanté una mano insegura para rozarla; la

pintura aún estaba fresca. «*Jüdin*», volvió a sonar en mi cabeza como si aún estuviera en Berlín. «*Jüdin. Jüdin. Jüdin.*» El rojo de la pintura en mis dedos me recordó a la sangre y, antes de que me diera cuenta de lo que hacía, me había puesto a restregar la estrella con las manos, ensuciando y golpeando la puerta como si fuera la auténtica culpable de que casi estuviera sollozando.

«Has ido demasiado lejos.» Un reguero de gotas rojas serpenteaba por el corredor hasta detenerse ante el dormitorio de Sophie, la siguiente puerta después de la mía. «No podré perdonarte nunca por esto. Nunca, ni siquiera cuando hayas muerto.» Corrí hacia la habitación con los puños apretados y abrí de un empujón la puerta. Sophie no se giró hacia mí cuando me detuve junto a la cama; seguía tal como la había dejado, acurrucada de espaldas a la puerta con los rizos sudorosos cubriéndole la cara. Le dije en un susurro:

—No te molestes en engañarme. Has demostrado ser una estupenda actriz, pero este juego ha acabado, Sophie. Ya no voy a dejar que sigas haciéndome daño con tus trucos.

Tampoco esta vez se molestó en contestarme. Su indiferencia me enfureció tanto que apoyé las manos en la cama, sin importarme que las sábanas se mancharan de rojo.

—Ahora entiendo qué has estado haciendo desde que llegué a Monjoie. Has tratado de aterrorizarme para que me marchara, para que te dejara sola con tu padre y tu adorada casa. El esqueleto de la buhardilla te dio la pista y el resto fue rodado, ¿verdad? —Y como seguía ignorándome, la agarré por un hombro para sacudirla—. ¡Estoy hablándote, Sophie!

Me quedé callada poco a poco cuando comprendí que no estaba oyendo nada de lo que le decía. Al volverla hacia mí me di cuenta de que tenía los ojos abiertos, pero ya no brillaban con aquel resplandor febril. El fuelle de sus pequeños pulmones agotados se había detenido. La solté como si mis dedos hubieran dejado de pertenecerme. «Señor Clairmont», creo que dije con un hilo de voz, y después repetí más fuertemente: «¡Señor Clairmont, por favor, dese prisa!»

Pero nunca había sido menos necesario que su padre se diera prisa, y él lo supo tan bien como yo cuando se precipitó en el dormitorio y se quedó mirando el rostro pálido que descansaba sobre las almohadas, demasiado blanco para haber sido hasta unos minutos antes el de una niña de verdad. Sophie, en su cama y su camisón, también parecía estar hecha de nieve; lo único de color que había en ella era la mancha de pintura roja que observé en su índice cuando

Clairmont la cogió en brazos para estrecharla contra sí, estallando en sollozos sobre sus rizos.

Aunque supiéramos desde el principio cómo iba a acabar todo, aquel final nos dejó tan destrozados que tardamos unas horas en poder reaccionar. Mi patrón estaba más allá del dolor; tuve que insistir lo más suavemente que pude para que me dejara encargarme de la niña cuando se hizo de noche, y mientras la cambiaba de ropa, le limpiaba la cara y le peinaba el pelo, no consiguió apartar los ojos de ella. En su cerebro parecía haberse instalado un mecanismo con el que me encontraba muy familiarizada, una especie de cuenta atrás que se pone en marcha cuando una persona acaba de perder a un ser querido y que le hace contemplar con pavor el paso del tiempo, porque cada movimiento de los segundos le acerca sin poderlo remediar al momento de la despedida definitiva. Solo abrió la boca para darme a media voz las gracias y, ante mi sorpresa, para sugerirme que me fuera a la cama mientras él pasaba con Sophie la última noche que les quedaba juntos.

Hasta que me lo dijo no me había permitido pensar en lo cansada que estaba, pero en los últimos días apenas había podido dormir un par de horas y, mientras avanzaba por el corredor hacia mi dormitorio, me daba la sensación de que el suelo ondeaba debajo de mis pies. La estrella de David emborronada era una maraña de trazos rojos en la puerta que empujé con esfuerzo, accionando el interruptor y caminando como una autómatas hasta el lavabo para enjabonarme las manos. El latido eléctrico de la bombilla hacía que mi rostro pareciera casi tan lívido como el de la pequeña, con los ojos más redondos y espantados que nunca. Era extraño verme de repente sin el delantal y la cofia que había dejado en una silla a los pies de la cama, como si la persona que me devolvía la mirada no tuviera nada que ver con la que había pasado aquellos días tan oscuros y extraños en Monjoie. «Pero la historia ha vuelto a acabar, y el pájaro de mal agüero tiene que alzar el vuelo una vez más. Mañana, si la nieve me lo permite, estaré de regreso en Le Havre.»

Curiosamente, aquella idea no me hizo sentir tan aliviada como cabría esperar en una situación así. Apagué la luz fluctuante antes de que pudiera marearme y me tumbé en la cama sin quitarme nada más que los zapatos, frotando un pie contra el otro hasta que cayeron sobre la alfombra. Aunque estaba completamente agotada, mi mente seguía dando vueltas a lo que había ocurrido

aquella tarde. Había sido un alivio descubrir que la mano que había pintado aquellos odiosos símbolos era de carne y hueso, no la de un espectro con uniforme de la Wehrmacht en el que ahora me sentía avergonzada de haber creído aunque solo fuera durante unos minutos. Sin embargo, que alguien a quien había estado cuidado noche y día me devolviera mis atenciones de esa manera me encogía el corazón. Era increíble que aún siguiera encontrando el mismo desprecio en una chiquilla de apenas diez años con la que me había creído capaz de encariñarme. Me encogí en la cama y me esforcé por apartar esos pensamientos antes de que me hicieran sentir peor. El siguiente día sería muy duro y más me valía estar descansada, porque seguramente mi patrón continuaría estando tan destrozado que acabaría siendo yo quien se ocupara de los desagradables trámites con el párroco y la funeraria, como solía suceder en el hospital.

Por desgracia, el descanso parecía estarme vedado en Monjoie. La gotera que había encima de mi armario había crecido en las últimas horas, tan paciente y maloliente como un hongo, y el ruido del agua amenazaba con taladrarme el cerebro. El «plic plic plic plic plic» de la víspera había pasado a ser un «plicplicplicplicplicplicplicplicplic» tan enloquecedor que al cabo de unas horas estaba cubriéndome la cabeza con la almohada, después de haberme levantado cuatro veces para vaciar el vaso rebosante en el lavabo.

Casi me eché a llorar de rabia cuando un segundo «plicplicplicplic» se sumó a eso de las siete de la mañana al primero, empezando a empapar la parte de la alfombra más cercana al inservible radiador. Cuando comencé a aporrear la almohada me vino una idea a la cabeza, y me detuve poco a poco al comprender cuál era la auténtica razón de que aquel sonido me sacara de quicio. No tenía nada que ver con el agua sino con un recuerdo que Monjoie parecía empeñada en desenterrar para mí desde que puse un pie en el umbral. El «plicplicplicplic» se parecía demasiado al «ratatatatatata» que aún me hacía despertarme empapada en sudor, como si volviera a tener una ametralladora MP40 al otro lado de la puerta pulverizando todo lo que había formado parte de mi vida.

Durante un rato permanecí completamente quieta, hasta que solté la almohada y me senté con esfuerzo en el borde de la cama para buscar mis zapatos a tientas. Después de haber visitado la buhardilla, no me costó imaginar lo que estaba ocurriendo: la parte que quedaba a la intemperie por haberse destrozado la mitad del tejado era la situada al este de la casa, exactamente sobre la sala de estar de Geraldine. Por eso aquella zona era la más afectada por la humedad, pero en el

resto del tejado también debían de faltar varias tejas y la montaña de nieve que casi había sepultado a la casa habría empezado a colarse por las rendijas. Maldiciendo entre dientes, me arrastré hasta la puerta del dormitorio y la abrí en el mayor silencio, confiando en no atraer la atención de Clairmont, y al ver que del cuarto de Sophie seguía saliendo una luz intermitente, me dirigí a la puerta principal.

Cuando tiré de una de las hojas, un repentino alud se precipitó sobre mí haciéndome retroceder de un salto. Fuera, el invierno amenazaba con ganar su asedio a Monjoie; la penumbra grisácea que precedía al amanecer revelaba un paisaje tan sepultado por la nieve que casi resultaba irreconocible. Las azaleas y los rosales no eran más que suaves ondulaciones en el mar de espuma cristalizada que nos rodeaba, y hasta los árboles más altos parecían pequeños como bonsáis al haber desaparecido completamente sus raíces.

Poco a poco, conseguí rodear la casa hasta alcanzar el cobertizo. Empujé la puerta con el hombro para que se abriera y agarré la escalera de mano que había visto un par de días antes, arrastrándola con unos dedos tan ateridos que apenas me obedecían hasta una parte del muro que me pareció suficientemente protegida de la tormenta. Allí la hundí casi medio metro en la nieve, tranquilizándome al comprobar que no corría peligro de moverse por mucho que soplara el viento, y empecé a subir con cuidado hasta el tejado.

Al conseguir ponerme de rodillas en lo alto, temblaba sin parar por culpa del viento, que arrastraba los copos de nieve desde el Atlántico. Avancé hasta la parte de la pendiente que me pareció que se encontraría sobre mi dormitorio y al alcanzarla me di cuenta de que estaba en lo cierto: la tempestad había desplazado algunas de las tejas que el bombardeo aliado había hecho saltar por los aires. Había un par de agujeros del tamaño de mi cabeza a través de los cuales se distinguían los travesaños del armazón que sostenía la techumbre. Poco a poco, fui apartando la nieve que cubría las tejas sueltas y las volví a colocar encima de los huecos para que la nieve no siguiera colándose por ellos.

Mientras tanto, los copos continuaban danzando a mi alrededor, haciendo carreras hacia la parte más alejada de los jardines. Lo único que se adivinaba entre la nieve eran las cumbres pintadas de blanco de los sicómoros que crecían cerca de la entrada y la imprecisa silueta de la escultura de Geraldine, o al menos lo que quedaba de ella. Gateé con cuidado para agarrar la última teja y solo cuando la coloqué en su sitio me permití respirar hondo, observando la pendiente a la que hasta entonces había dado la espalda...

Fue en ese momento cuando comprendí que algo no iba bien. Porque al cabo de unos segundos me di cuenta de que las líneas verticales que aparecían y desaparecían entre la nieve eran los barrotes de la verja situada al final del camino de gravilla. Allí era donde tenía que estar la escultura... no en la parte que había estado mirando hacía unos segundos. Cuando la localicé, me pareció que la temperatura de mi sangre descendía diez grados de repente. Al haberse hundido el pedestal en la nieve, parecía alguien que simplemente se hubiera detenido mientras paseaba por los jardines... alguien sin cabeza.

Durante unos instantes no pude mover ni un músculo, hasta que me obligué a darme la vuelta esforzándome por mantener la calma. La otra silueta continuaba estando en el mismo sitio, o puede que unos metros más cerca de la parte trasera de Monjoie. El temporal la convertía en poco más que una mancha gris, pero aun así me di cuenta de que me estaba mirando tan fijamente como yo la estaba mirando a ella. Sin saber muy bien cómo, sin poder apartar los ojos de aquella forma difusa, conseguí retroceder hasta la parte del tejado en la que había apoyado la escalera para bajarme cuanto antes de allí.

Pero cuando alcancé la cornisa comprobé que no podía hacerlo. La escalera estaba al pie de la casa, desmayada sobre los arbustos nevados. «No, no puede ser. No ha sido el viento, es imposible.» Me tapé la boca con las manos, cada vez más aterrorizada. «Me aseguré de que estaba bien clavada en la nieve. ¡Otra vez está tratando de eliminarme!»

Curiosamente, fue aquel convencimiento el que me dio las fuerzas necesarias para ponerme de una vez en movimiento. No iba a darle a aquella persona, o a aquel ser, la satisfacción de verme morir congelada en el tejado. Me apoyé en los codos para reptar por el otro lado de la pendiente hacia el hueco abierto sobre la parte de la buhardilla en la que había encontrado al esqueleto ahorcado. Me llevé casi diez minutos agarrarme a una de las vigas putrefactas, pero cuando lo hice me dejé caer con cuidado al interior de la buhardilla, colocando torpemente los pies sobre los ladrillos medio destrozados hasta que por fin conseguí apoyarme en el suelo. Solo entonces me percaté de que temblaba de los pies a la cabeza, aunque hacía tiempo que no era a causa del frío. El esqueleto se encontraba cerca de la puerta, donde Clairmont lo había abandonado después de haberlo bajado de la viga, y lo aparté de una patada al echar a correr hacia la escalera derruida.

Volví a bajar los cinco tramos que conducían al vestíbulo y salí por segunda vez a los jardines como una exhalación. Corrí hundiéndome en la nieve hacia la

parte en la que había visto al intruso, aunque no me sorprendió que no hubiera ni rastro de él; lo más probable era que no volviera a aparecer hasta que se le presentara otra oportunidad de acabar conmigo. Casi sin darme cuenta me dejé caer de rodillas, tan agotada que por un momento todo lo demás, hasta la posibilidad de que mis días concluyeran en Monjoie como los de Sophie, dejó de encogerme el corazón. Hay un límite en cuanto a la tensión que una persona puede sentir en situaciones como la que estaba atravesando, pero algo me decía que la gota que colmaría aquel vaso, la más atroz de todas, aún no había caído.

Fui a la cocina y me puse a preparar café, más por mantenerme ocupada que por apetecerme realmente una taza. Cuando me la estaba bebiendo sentada a la mesa, cuya superficie había sido tan restregada que la madera empezaba a despellejarse, escuché el eco de unos pasos arrastrándose por el vestíbulo y, al cabo de unos segundos, Clairmont apareció en el umbral. Me asusté al verle la cara; parecían haberle absorbido la sangre.

—Señor —le saludé en voz baja, poniéndome en pie—. ¿Ha conseguido dormir algo?

Hizo un gesto vago con la cabeza. Tenía una mancha de pintura en una mejilla que me hizo adivinar que se había tumbado en la cama al lado de Sophie, sobre las sábanas en las que había dejado las huellas de mis dedos. Le rodeé los hombros con un brazo y le hice sentarse a mi lado, y mientras bebía poco a poco el café que le serví, me pregunté de repente qué sería de mi patrón a partir de entonces. «Nunca le ha gustado esta casa», había dicho Sophie mientras simulaba estar comunicándose con su madre, «y dentro de poco, cuando haya muerto, le traerá muy malos recuerdos.» Parecía aún más delgado en mangas de camisa, una sombría parodia de un poeta romántico aquejado de tuberculosis.

—Sé que estos momentos son muy duros —seguí diciendo, cruzando las manos sobre la mesa—, pero quiero que sepa que puede contar conmigo para lo que sea, señor. No me importa encargarme de las gestiones del funeral, aunque no forme parte de mi trabajo.

—No se preocupe —susurró Clairmont sin mirarme—. Necesitaré tener algo con lo que mantenerme ocupado en las próximas horas. De lo contrario, acabaré perdiendo el juicio.

La nieve se había acumulado tanto en las esquinas de la ventana que solo quedaba un pequeño círculo despejado en el centro de los cristales. En aquella

penumbra enfermiza parecíamos dos fantasmas sentados en la misma habitación sin reparar el uno en el otro.

—He estado hace un momento en el despacho tratando de contactar con los Dupont, los dueños de la funeraria del pueblo —siguió diciendo al cabo—. Pero me parece que la tormenta también ha afectado a la línea; no he sido capaz de establecer la comunicación.

—¿Qué significa eso? —dije un poco alarmada—. ¿Nos hemos quedado sin teléfono?

—Lo raro es que haya seguido funcionando durante tanto tiempo. Dado que no hay otra forma de avisarles, tendré que dejarla sola durante un par de horas mientras bajo a Saint-Rémy-sur-Mer para explicarles lo que ha pasado. Mi coche sigue aparcado al pie de la colina, de modo que me temo que me espera una larga caminata en medio de la nieve.

—¡Pero si no podrá dar ni un paso ahí fuera! He salido hace un rato a los jardines y estaban totalmente impracticables. Creí que si los de la funeraria subían con su coche...

—¿Y qué más opciones nos quedan, señorita Baudin, teniendo a mi hija ahí arriba?

—Tal vez... tal vez la tormenta amaine en las próximas horas y el teléfono vuelva a funcionar. No puede seguir nevando durante muchos días más, pero si fuera así... —Me quedé callada unos segundos, odiándome por lo que estaba a punto de decirle pese a que mi parte más racional corroborara que era lo más coherente—. He oído que muchos de los soldados que cayeron en el Frente Oriental se conservaron durante meses entre la nieve...

Aquello hizo que me mirara por fin a la cara, con una expresión que hizo que me callara en el acto. Poco a poco, sin embargo, su ira fue sustituida de nuevo por el dolor.

—Sé que está resentida con Sophie por lo que le hizo, y no podría recriminárselo por mucho que lo deseara. Supongo que en el fondo... subestimé su humor negro, si es que se puede llamar así a su manera de divertirse. No espero que pueda perdonarla, señorita Baudin, pero sí que la respete ahora que todo ha acabado para ella. —Apuró la taza, que temblaba un poco en su mano—. Confío en que por fin se hayan resuelto las dudas que la martirizaban y haya podido reunirse ya con su madre. Creo que era su mayor deseo.

—Hace dos días, cuando se marchó a Hauqueville —seguí diciendo sin entender por qué había bajado el tono de repente—, Sophie se empeñó en que

jugáramos con esa tabla de ouija que tenía en su cuarto. Se lo pasó en grande haciéndome creer que ella... bueno...

—¿Geraldine? —Clairmont volvió a mirarme—. ¿Fingió recibir algún mensaje suyo?

Asentí con la cabeza, recorriendo con un dedo una de las hendiduras de la madera.

—Estaba segura de que su esposa se encuentra aquí, en Monjoie. Que ha estado con ustedes todo el tiempo, desde lo que le pasó... el bombardeo de Londres en el que murió.

La quietud que siguió a esto se prolongó durante tanto tiempo que me pregunté si mi patrón me habría escuchado. El ruido de las goteras parecía ensordecedor de repente.

—La visita a la granja de los Renaud debió de resultarle entretenida —dijo por fin.

—Lo siento mucho —le aseguré, sintiendo cómo se me incendiaban las mejillas—. No pretendía hacer indagaciones sobre su familia, señor. Es solamente que Sophie... era un desafío constante, una prueba de fuego para mi capacidad de raciocinio. No he conocido nunca a una persona más convencida de que lo que estaba diciendo era totalmente cierto.

—Yo tampoco, y en eso volvía a ser el vivo retrato de su madre. —Clairmont apoyó una mano en la mesa para ponerse en pie. Sus movimientos eran tan trabajosos como los de un anciano—. Pero puede estar tranquila: si realmente mi esposa estuviera aquí, usted no tendría nada que temer de ella. Sé perfectamente qué podría haberla hecho quedarse.

Subió a su dormitorio para coger un abrigo y cuando se reunió de nuevo conmigo lo acompañé a la puerta. «Cielo santo», le oí susurrar ante el panorama de deslumbrante blancura que se extendía más allá del umbral, parpadeando como un hombre que sale al aire libre después de haber pasado años en la oscuridad. Sin decir nada más, comenzó a abrirse camino con gran esfuerzo hacia la verja, y lo único que pude hacer fue observar cómo su silueta se empequeñecía cada vez más hasta que los copos la ocultaron de mi vista. Solo entonces fui capaz de ponerme en movimiento para regresar al interior de Monjoie.

El eco de la puerta al cerrarse resonó de manera atronadora. La sensación de estar acompañada era tan angustiada que me obligué a seguir buscándome ocupaciones hasta que Clairmont regresara con los de la funeraria. Los cubos

colocados en el distribuidor no tardarían en rebosar, así que los vacié desde uno de los ventanales y los volví a poner en su sitio, comenzando de nuevo aquel odioso «plicplicplicplicplic», y después hice lo mismo con los vasos de mi cuarto. Encontré una botella de aguarrás en uno de los aparadores de la cocina y, armada con ella y un trapo, me dediqué a frotar los paneles del distribuidor hasta que las esvásticas desaparecieron y la madera quedó tan reluciente como si acabaran de barnizarla. Hice lo mismo con la estrella de mi puerta, y mientras tanto mis ojos no dejaban de desviarse hacia la que había un poco más allá, que Clairmont había dejado entornada. Desde donde me encontraba podía distinguir parte de las cortinas azul pálido que rodeaban la cama, pero no a Sophie. Imaginarla sola entre las almohadas, a apenas unos metros de mí, me hizo tragar saliva y continuar frotando la puerta con un furor renovado. Era absurdo que tener tan cerca a un cadáver me causara tal desasosiego, después de haber velado docenas de veces a pacientes del hospital hasta que sus familias se reunían con ellos. Aun así, me di prisa en acabar mi tarea y regresé rápidamente a la planta baja, dispuesta a matar el rato con cualquier cosa que pudiera mantenerme alejada de aquel cuarto que me atraía y repelía como un imán enloquecido.

Mi aprensión no tardó en convertirse en ansiedad cuando las horas fueron pasando y Clairmont seguía sin regresar. Era la misma situación que dos días antes, aunque en esta ocasión no tenía a Sophie conmigo... o sí, pero no de la manera en que me habría gustado tenerla. Esforzándome más de lo que me habría creído capaz por mantener la calma, me instalé en el sofá de la biblioteca cuando la luz comenzó a declinar, a eso de las seis de la tarde, y me dispuse a seguir leyendo *La maldición de los Cavendish* con todas las luces encendidas, pero no tardé en arrojar la toalla. Y estaba a punto de ir a la cocina para servirme otra taza de café, pese a saber que eso solo serviría para ponerme aún más nerviosa, cuando sucedió algo que hizo que se me desbocara el corazón: todas las luces de la casa comenzaron a parpadear con violencia momentos antes de apagarse.

El sobresalto me hizo despejarme de inmediato. Dejé a un lado la novela con un repentino vacío en el estómago, recorriendo con los ojos la sombría habitación. «¿Qué ha pasado ahora? ¿El generador se ha estropeado del todo?» La nieve era tan blanca que la parte de la biblioteca en la que se encontraba el sofá parecía nadar en una penumbra plateada, pero más allá de ese oasis se extendía la oscuridad más absoluta. Alargué una mano para tirar de la cadenita de la lámpara más cercana, pero no sirvió de nada. «Esto no puede estar

sucediendo», recuerdo que pensé. «¡Las cosas no pueden empeorar más!»

No sé de dónde saqué la presencia de ánimo necesaria para avanzar a tientas hacia la puerta de la habitación. Fui deslizándome las manos por los muebles que me salían al paso hasta que pude agarrarme a la hoja de la puerta, que había dejado entornada media hora antes. También el vestíbulo estaba a oscuras, aunque por los ventanales que había a la izquierda, a ambos lados de la puerta principal, se derramaba la misma luz imprecisa, cayendo en diagonales sobre el enlosado. Respiré hondo, tratando de analizar la situación de la manera más objetiva. Dado que las lámparas eran inservibles, necesitaba algo con lo que pudiera alumbrarme hasta que volviera mi patrón. Me había prestado una linterna dos días antes, pero cuando regresó de Hauqueville se la devolví. «Probablemente la ha guardado en su despacho, en uno de los cajones del escritorio.» Un poco más tranquila, di un paso hacia el extremo opuesto del vestíbulo cuando de repente, sin hacer el menor ruido, sentí cómo alguien me rozaba la manga derecha y, al volverme hacia la escalera, me pareció observar cómo una silueta se alejaba hacia la parte más oscura de la estancia.

Probablemente habría gritado de no haberme quedado atenazada por el horror. La sombra desapareció en un parpadeo, como lo había hecho la que me condujo días antes al acantilado, como la que había reconocido desde el tejado aquella mañana. Trastabillé hasta chocar con la puerta, sin apartar los ojos de la oscuridad que se había apoderado de la escalera. Cualquier pensamiento relacionado con las almas en pena de los soldados nazis desapareció como por ensalmo al comprender que aquella persona era de carne y hueso como yo. Había sentido su roce, casi había podido captar su aliento. Había estado a mi lado y aún seguía cerca de mí, aunque no había luces que pudiera encender para verla.

Tropezando casi con mis propios pies, corrí lo más rápidamente que pude al salón de la planta baja. Había visto velas en los aparadores, y también los candelabros de los que me había hablado Sophie. Las manos me temblaban al recorrer los muebles tratando de dar con ellos. Finalmente rocé con los dedos uno de los brazos de plata del que sabía que estaba sobre la repisa de la chimenea, y poco después localicé también a tientas una pequeña caja de fósforos. Estaba tan ansiosa que no conseguí encender las velas hasta la tercera cerilla, y cuando al fin lo logré, me di la vuelta con el candelabro en la mano. Me latía tan salvajemente el corazón que estaba segura de que podrían oírlo desde el pueblo.

En aquella claridad anaranjada, todos los muebles parecían tener una vida propia y sus sombras bailaban sobre las paredes mientras me acercaba, tratando de mantener mi miedo bajo control, a la puerta de la estancia. Cuando me asomé al vestíbulo me encontré con mi reflejo en uno de los espejos, y por un momento me pareció estar mirando a uno de los personajes de Clairmont, candelabro victoriano incluido. Después alcé la mano y el resplandor de las velas reveló el perfil de la escalera, en la que no parecía haber nadie.

—¿Quién está ahí? —pregunté aun así, con una voz tan temblorosa que casi me sentí avergonzada de mi propia debilidad—. Sé que te has escondido en alguna parte. Sal si no quieres que... —Pero me quedé callada al comprender lo ridículo que sonaba aquello. ¿A quién iba a contarle que había un intruso, a la policía? ¿A través del teléfono inservible?

Sin dejar de mirar por encima del hombro, regresé a la biblioteca para echarle un vistazo y después hice lo mismo con el despacho de Clairmont y las habitaciones de la zona de servicio. No encontré nada raro, nadie me salió al encuentro. Todo parecía estar como lo había dejado. Pero el intruso seguía estando ahí, quizás desde la última vez que dejé la puerta de la casa abierta, cuando subí horas antes al tejado... o quizás, y eso me hizo detenerme, desde el bombardeo del avión aliado. ¿Cuántas habitaciones había en Monjoie, entre las que se seguían usando y las que habían sido clausuradas por estar en malas condiciones? ¿No podría haberse escondido alguno de los soldados nazis en ellas?

La idea de que hubiera un alemán con nosotros y que solo saliera de noche, para coger comida de la cocina o asomarse a los jardines a estirar las piernas, hizo que se me pusiera la piel de gallina. Tragué saliva y me obligué a seguir con mi inspección, pese a que las sombras danzaban aún más debido al temblor de mi mano. Miré debajo de las mesas, abrí los aparadores, entré en todos los trasteros. Sacudí las cortinas, levantando nubes de polvo que me hicieron toser. Revisé incluso la pequeña carbonera que había en el sótano, una habitación a la que se accedía por una empinada escalera al pie de la cual había una silla desvencijada. Lo único que encontré en ella fueron sacos de carbón medio vacíos y un frío que parecía capaz de helar el alma. Más tarde subí la escalera principal, rezando para que el crujido de las tablas del suelo no delatara mi presencia, y continué abriendo y cerrando puertas hasta que no me quedó más remedio que enfrentarme a lo que había estado temiendo silenciosamente desde que se fue la luz. Ya solo me quedaba una habitación por inspeccionar, pero

habría dado años de vida por no tener que hacerlo.

El corredor del ala oeste me pareció interminable a la luz de las velas. También las lámparas se habían apagado allí arriba, y no había ninguna rendija luminosa en la puerta del dormitorio de Sophie. Para cuando estuve en el umbral, con una mano apoyada en el picaporte, los latidos de mi corazón parecían haberse instalado en mis sienes. «No seas estúpida», me recriminé a mí misma, abriendo la puerta. «Solo es un cuerpo. Solo es...»

Pero mi escasa convicción me abandonó cuando volví a tenerla ante mí. Parecía una princesa medieval en su catafalco, rodeada por aquellas cortinas que por un segundo estuve tentada de correr. «Respétela», me había pedido Clairmont, y eso me hizo soltar la tela. «Respétela ahora que todo ha acabado para ella.» Tuve que reunir toda mi fuerza de voluntad para apartar los ojos de su rostro, que en las últimas veinticuatro horas había adquirido un tono amarillento semejante al de la cera, y comprobar como había hecho en las demás habitaciones que no había nadie allí. Llegué al punto de agacharme para mirar debajo de la cama, y cuando me di cuenta de que no quedaba nada más por hacer apoyé la espalda contra el paisaje campestre de la pared, sentada en el suelo. No entendía nada; no hacía más que perseguir sombras, fantasmas que ni siquiera parecían estar dispuestos a atormentarme. Porque a menos que el intruso se hubiera escondido en la buhardilla, lo que no era probable dado que lo habría escuchado trepar por lo que aún se conservaba de los peldaños, lo único que parecía tener sentido era que no se tratara de un ser humano...

Y estaba intentando procesar aquella posibilidad cuando mis ojos, al vagabundear agotados por la habitación, se posaron sobre una plancha de madera que asomaba por el borde del arcón. Me estiré para cogerla sin levantarme del suelo. No me acordaba de que yo misma la había dejado allí un par de días antes. El sol y la luna parecían burlarse de mí con sus sonrisas, y el «sí» y el «no» parpadeaban bajo el resplandor del candelabro que había colocado a mi lado. Antes de que pudiera darme cuenta de lo que hacía, volví a estirar la mano para coger la pieza en forma de corazón que también estaba sobre el arcón.

«Esto es completamente absurdo», pensé mientras la posaba en el centro exacto de la tabla, pero ¿qué más podía hacer? ¿No había descartado ya todas las demás hipótesis?

—¿Hay alguien ahí? —me oí decir en un tono de voz que no parecía el mío. Tal como me había imaginado, no sucedió nada; aquello no era más que una chiquillada—. ¿Hay...?

Las palabras me abandonaron cuando el puntero, que apenas estaba rozando con las puntas de los dedos, comenzó a vibrar suavemente sobre la ouija y después se deslizó con esfuerzo por la plancha de madera. El aliento escapó de mi boca como un gemido, y en un acto reflejo levanté la cabeza para mirar a Sophie. Lo único que podía distinguir de ella estando sentada en el suelo era el contorno de su frente y su nariz. Me acordé de repente del calor de su mano al lado de la mía y de cómo había estado segura de que había sido ella quien había movido la pieza. «Sophie... ¿me habré equivocado contigo?»

Cuando el puntero se detuvo sobre el «sí», me quedé completamente quieta. A pesar de que Monjoie estuviera helada, pude sentir cómo una gota de sudor caía por mi frente.

—¿Eres...? —empecé a decir de nuevo, esta vez más débilmente—. ¿Eres Sophie? —Al cabo de unos instantes la pieza se puso de nuevo en movimiento, esta vez desplazándose hacia el «no»—. ¿Eres otra persona, entonces? ¿Has contactado conmigo para decirme algo?

De nuevo mis dedos fueron arrastrados hacia el «sí». Por un momento me pregunté a cuál de las dos preguntas habían respondido, pero no me dio tiempo a decir nada más.

El puntero comenzó a escribir un mensaje de un lado a otro de la plancha. *H-O-L-A-D-E-N-U-E-V-O-R-A-T-I-T-A*. No necesité nada más para saber que Sophie no estaba teniendo nada que ver. Sentí cómo me ponía roja a pesar de mi espanto. «No me llames así», estuve a punto de gritar, pero, antes de que pudiera reaccionar, aquella mano invisible continuó deletreando: *N-O-H-A-S-V-U-E-L-T-O-A-N-O-Y-E-R-S-S-U-R-S-E-R-E-I-N*.

—No... no puede ser —susurré con dificultad. Se me había secado la boca—. No es posible que hayas conseguido... después de lo que pasó, de lo que hice contigo...

Y-O-T-A-M-P-O-C-O, siguió escribiendo el puntero, impasible ante mi angustia. *Y-A-N-O-P-U-E-D-O-V-O-L-V-E-R-A-N-I-N-G-U-N-S-I-T-I-O-S-O-L-O-V-O-L-V-E-R-J-U-N-T-O-A-T-I*. Y a continuación, más despacio: *M-I-L-I-A-BO-D-E-N-H-E-I-M-E-R*.

El sarcasmo que había detrás de aquellas palabras, aunque no sonara más que en mi cabeza, casi me hizo montar en cólera. ¿Cómo se atrevía a hablarme de esa manera?

—¿Qué estás tramando ahora? —pregunté en voz más alta. Las velas se agitaban con mi respiración, haciendo que la sombra de la cabeza de Sophie

aumentara y disminuyera en la pared opuesta de la habitación—. Sé que has acudido a mí por algo. ¿Qué quieres?

L-O-Q-U-E-Q-U-I-E-R-E-N-T-O-D-O-S-L-O-S-F-A-N-T-A-S-M-A-S-A-T-E-R-R-O-R-I-Z-A-R-O-S-H-A-S-T-A-M-A-T-A-R-O-S-D-E-M-I-E-D-O-L-A-E-N-V-I-D-I-A-E-S-M-U-Y-M-A-L-A-R-A-T-I-T-A-L-A-E-N-V-I-D-I-A-N-O-M-U-E-R-E.
Mi incredulidad y mi rabia alcanzaron cotas tan altas que solté el puntero, arrodillándome en el suelo.

—¡No tienes derecho, ningún derecho, a sentir envidia de mí! ¡Te ganaste a pulso lo que te pasó y ya no habrá nadie que pueda cambiarlo! ¡Volvería a hacerlo mil veces si...!

No pude terminar la frase. El viento, que hasta entonces había seguido rugiendo al otro lado de los cristales, golpeó con tanta fuerza la ventana que esta se abrió de par en par. Se me escapó un alarido cuando una ráfaga de nieve invadió el cuarto, revolviendo furiosamente las cortinas de la cama y los rizos de Sophie. Las muñecas de porcelana que había sobre el arcón cayeron al suelo, y escuché el crujido de algunas de las cabezas de porcelana cuando las pisé en mi precipitación por cerrar la ventana. Estaba empujando los batientes con todas mis fuerzas, sintiendo cada uno de los copos como agujas en mi piel, cuando escuché algo sobre el bramido de la tormenta que me hizo quedarme quieta.

—No podemos escapar de nuestros fantasmas, señorita Baudin. —Era Sophie, en su tono agotado pero desafiante de siempre—. Nadie conseguirá hacerlo nunca, ni siquiera usted.

Lo primero que me pasó por la cabeza fue que estaba perdiendo el juicio. Me di la vuelta para observar con ojos desenchajados la cabeza apoyada en las almohadas, con los labios tan cerrados como antes pese a que acabara de oír su voz... pero no me dio tiempo a reaccionar, porque el viento me zarandeó de nuevo apagando las velas del candelabro.

Grité por segunda vez. Grité con todas mis fuerzas, como si fuera la única manera de asegurarme de que seguía estando con vida, y sin pararme a pensar en lo que hacía, eché a correr a ciegas hacia la puerta. Choqué con la cama de Sophie, salté casi sobre el colchón, atravesé el corredor apretando las manos contra las paredes y estaba a punto de rodar escaleras abajo cuando sucedió algo que apagó mi voz. La extraña fosforescencia de la nieve que se colaba por los ventanales no era lo único que iluminaba la estancia: un rectángulo grisáceo se recortaba sobre el enlosado con la silueta de un hombre en medio.

Por suerte para mi cordura, o para lo que aún quedaba de ella, me habló antes

de que mi histeria pudiera alcanzar cotas más altas. Era mi patrón, perplejo pero extenuado.

—¿Señorita Baudin? ¿Es usted? —Y cuando me arrojé en sus brazos, como lo había hecho al bajar de la buhardilla, se quedó tan estupefacto que tardó un rato en atreverse a tocarme—. Por el amor de Dios, ¿qué ha ocurrido ahora? ¿Por qué estaba chillando así?

—Arriba... el dormitorio de Sophie... Oh, cielos, la he oído, le juro que la he oído...

Rompí a sollozar contra su pecho, sintiendo en mi mejilla la nieve que le cubría. Él me hizo retroceder para cerrar la puerta y después miró a su alrededor sin entender nada.

—¿Pero qué estaba haciendo a oscuras? ¿No irá a decirme que el generador se ha...?

—Dejó de funcionar hace un rato... y entonces me encontré con alguien aquí, en esta misma habitación... —Apreté los párpados, con la cara hundida en su chaleco—. Pensé que sería alguien que se había colado en la casa, y la revisé de arriba a abajo... pero cuando estaba en el cuarto de su hija, la ventana se abrió con el viento y... y entonces escuché...

Para mi sorpresa, Clairmont no me hizo preguntas. Se dirigió a tientas al despacho de la planta baja, conmigo agarrada a su brazo como una niña aterrorizada, y rebuscó en el escritorio hasta dar con la linterna. Subimos entonces la escalera, siguiendo el haz de luz con el que peinaba el suelo, y nos detuvimos en la puerta del cuarto de Sophie, en el que la nieve parecía decidida a construir su propio imperio. Mientras aguardaba en un rincón sin dejar de mirar a la niña, Clairmont se dirigió a la ventana y se apoyó contra los batientes hasta que consiguió echar el cerrojo. El silencio que siguió a esto fue tan profundo que casi me pareció escuchar cómo el pulso aleteaba sin control en mis venas.

Él nos miró a las dos, alternativamente, hasta que se acercó a la cama. El colchón se había desplazado unos centímetros cuando me choqué contra él, y la cabeza de Sophie había quedado un poco ladeada, con los rizos cubriéndole el ojo derecho. Entonces dijo:

—Me temo que ha estado sometida a demasiada presión. Tendría que haberla hecho bajar conmigo al pueblo, aunque el resultado de la expedición siguiera siendo el mismo...

—La he oído —repetí enconadamente sin poder dejar de mirarla—. Era su voz... era la misma con la que solía hablarme, y hasta lo que me dijo me

resultaba familiar, como si...

—¿Qué le dijo? —preguntó él cada vez más agotado. Me pasé una mano por los ojos.

—Que nadie puede escapar de sus fantasmas... ni siquiera yo... —Y al darme cuenta de que el desconcierto había sido sustituido en su semblante por algo parecido a la pena, dije en voz más alta—: Me da igual que no me crea: yo sé lo que ha sucedido. Sophie me ha hablado, señor, aunque no pueda entender cómo lo ha hecho. No me he dormido en la habitación ni he imaginado cosas. Estaba aterrorizada, pero tan despejada como ahora...

Me quedé callada cuando mi patrón se inclinó para coger algo del suelo. A sus pies yacían las muñecas que habían estado sentadas en el arcón, y pude oír el tintineo de la porcelana antes de que levantara una que no me costó reconocer: era la del pelo rubio, la que Sophie solía coger en brazos. Clairmont apretó con el pulgar el cuerpo de trapo y el corazón se me subió a la garganta al escuchar otra vez su voz: «No podemos escapar de nuestros fantasmas, señorita Baudin. Nadie conseguirá hacerlo nunca, ni siquiera usted.»

—Debí imaginármelo —dijo mi patrón, y devolvió la muñeca al arcón—. Este era uno de los juguetes preferidos de Sophie, precisamente porque había sido antes de su madre. Tiene dentro una caja de resonancia con un sistema de grabación basado en discos sonoros.

Me tapé la boca con una mano. La muñeca de Geraldine sonreía en la enfermiza claridad de la linterna, con la mitad de la cara hundida como la cáscara rota de un huevo; debía de ser una de las que había pisado. «El cráneo se le había abierto como una nuez...»

Si Clairmont reparó en la ouija que había dejado caer junto a las muñecas, prefirió no hacer ningún comentario. Se sentó muy despacio al otro lado de la cama de Sophie.

—¿Y los de la funeraria? —quise saber pasado un rato—. ¿No han subido con usted?

—No he conseguido llegar al pueblo —susurró—. Tenía razón al decir que el exterior está impracticable. He pasado horas tratando de avanzar entre la nieve, pero para cuando estaba a punto de alcanzar la granja de los Renaud, me llegaba casi por la cintura. —Esta vez fue él quien se frotó la cara, como si no pudiera tenerse en pie—. Ni siquiera sé cómo he conseguido encontrar el camino de vuelta. Con esta maldita tormenta no se ve nada.

—Estamos atrapados, entonces —conseguí articular. Las piernas me

temblaban tanto que tuve que dejarme caer en la butaca en la que había estado cuidando de Sophie—. Pero tiene que haber algo que podamos hacer... aunque no tengamos luz, ni teléfono, ni coche...

—Lo hay, desde luego. —Clairmont me miró con tristeza—. Esperar. Esperar a que la nieve nos dé una tregua, o a que se salga con la suya y nos empuje a los tres al océano de una condenada vez. —Y alargó un brazo para apartarle a Sophie el cabello de la cara con una ternura que me dio escalofríos—. Confío en que no tarde demasiado en hacerlo.

A partir de ese momento, el tiempo pareció ser lo único que seguía estando vivo en Monjoie. Las horas pasaban mientras nosotros, encerrados en la casa como peces bajo la superficie congelada de un estanque, no podíamos hacer más que aguardar. Siempre había oído comparar el transcurso del tiempo con un collar, con cada día enlazándose a los anteriores como una sarta de perlas. Fue entonces cuando entendí que en realidad no es más que una cadena cuyos eslabones pueden estrangularte cuando menos te lo esperas.

En las habitaciones desoladas y agonizantes, el techo continuaba llorando. La nieve se revolvía sin cesar a nuestro alrededor como en una bola de cristal. Las velas cada vez escaseaban más, y pronto no nos quedaría madera con la que mantener encendidas las chimeneas; tendríamos que empezar a usar los pocos muebles que seguían secos. Y en medio de aquella locura, Clairmont continuaba sentado en la cama de Sophie, con las manos atenazadas en el regazo y los ojos clavados en el rostro macilento de la pequeña.

Durante los siguientes días no hubo más ruidos ni apariciones, ni nos atrevimos a hablar del tema; pero yo seguía estando convencida de que no nos encontrábamos solos en Monjoie. La experiencia con la ouija me había hecho comprender que la presencia que merodeaba por la casa no pertenecía a nuestro mundo. De hecho, creía conocer su nombre y su apellido, y también la razón por la que me había seguido hasta allí. Porque había sido yo quien la había atraído a la Costa de Alabastro, sin darme cuenta de lo que trataba de hacer conmigo ni de lo injusta que estaba siendo todo el tiempo con Sophie.

La noche en que el generador dejó de funcionar, aproveché un momento en que mi patrón cabeceó para coger de la mesilla el manuscrito que había pertenecido a su hija. Me lo llevé a mi cuarto y me senté a hojearlo, abrumada por la culpabilidad y, cuando me di cuenta de lo mucho que la protagonista se

parecía a Sophie, también por la congoja.

Todos estaban a mi alrededor, mirándome sin decir nada, y supe que solo estaban esperando a que sucediera. Querían ver cómo las medicinas acababan conmigo porque desde que nací no había dejado de darles problemas, porque nunca me quisieron entre ellos. Sus caras angustiadas fueron lo último que pude ver antes de que se apagaran mis ojos, pero ellos nunca supieron que, aunque me los cerraran y me cubrieran después con la sábana, seguía estando en la habitación al lado de mi propio cadáver, y me daba cuenta de cómo sus expresiones preocupadas daban paso al alivio al haberme perdido de vista por fin.

La letra se iba volviendo más ilegible a cada página, y la narración concluía con aquella frase como si la neumonía que había acabado con Sophie le hubiera arrancado el lapicero de los dedos. No quería pensar que aquello fuera cierto, que la pobre niña nos hubiera creído capaces de hacerle algo así... que hubiera muerto convencida de que su padre, el mismo que seguía pasando día y noche a su lado, velándola como la esfinge de basalto de un faraón, solo hubiera estado esperando a que dejara de suponer un engorro...

—Sé que esto resulta terrible para usted, señor... pero tiene que tomar una decisión.

Mi presencia era más invisible para él que los fantasmas de la casa. No contestaba a nada de lo que le dijera, no me miraba siquiera. Había viajado muy lejos de mi alcance.

—Señor —repetí una noche, acercándome poco a poco a la cama—. Comprendo cómo se siente, pero ya han pasado tres días desde que ocurrió. No podemos continuar así.

Él separó los labios, pero siguió sin hablar. Tuve que taparme la nariz sin que se diera cuenta al detenerme a su lado. Parecía que Sophie, como el tiempo, tampoco se había quedado congelada: la piel de la cara se le había pegado a los huesos, las cuencas de los ojos se habían vuelto más profundas y el olor que desprendía le habría revuelto el estómago a cualquiera que no fuera una enfermera acostumbrada a espectáculos así, o un padre empeñado en no afrontar la realidad. Apoyé una mano en el hombro de mi patrón.

—Ya es suficiente, señor. No pienso quedarme de brazos cruzados dejando que se ponga en peligro por estar todo el tiempo con un cadáver putrefacto. ¡Si no la sacamos de Monjoie hoy mismo, nos encontrarán muertos a los dos por culpa de una infección!

—¿Qué propone, que agarremos unas palas y la enterremos en el jardín? — La voz de Clairmont era tan débil que tuve que inclinarme para oírle—. ¿A los

pies de la escultura de su madre, tal vez? Eso sería conmovedor, desde luego... a Sophie le habría encantado...

—Aunque lográramos abrirnos camino ahí fuera, la tierra está demasiado congelada para cavar en ella, y no he olvidado que se negó a que la dejáramos en la nieve. Me temo que no podremos tener ningún gesto romántico con su hija. Lo único que le pido es que me permita sacarla de aquí, señor Clairmont; se trata de una cuestión de supervivencia.

Aquello le hizo mirarme con desconcierto, como si la palabra «supervivencia» ya no significara nada para él. Me agaché junto a la cama para poner una mano sobre las de mi patrón. Eran tan delgadas que los tendones se le marcaban como si fuesen de hierro.

—Me da lo mismo que me odie por lo que voy a hacer —le susurré—. No pude salvar a Sophie cuando más me necesitaba, pero no estoy dispuesta a perderle también a usted.

El camino hasta la carbonera era una procesión de luces. Había recopilado todos los cabos de velas que nos quedaban y los había colocado en los peldaños antes de subir de nuevo al dormitorio en el que me esperaba Clairmont. Cuando regresé, su expresión no había cambiado; el horror provocado por lo que le había propuesto, el horror de lo que quería obligarle a hacerle a su hija, lo había dejado mudo, pero quizás fuera mejor así.

No dijo nada cuando puse en la cama, a los pies de Sophie, las muñecas que había vuelto a colocar sobre el arcón, una a una. También encontré algunos juguetes dentro, un oso de peluche apolillado y una marioneta de Pinocho a la que hacía tiempo que se le habían roto las cuerdas. Juguetes moribundos para una niña moribunda.

A una señal mía, la otra marioneta, la que había sido su padre, cogió a Sophie por los pies mientras yo hacía lo propio por los brazos y me ayudó a dejarla dentro del arcón. Por un momento temí que no pudiéramos cerrarlo; el *rigor mortis* se había apoderado tanto de ella que su espalda había adquirido la curvatura causada por el colchón, pero finalmente conseguí bajar del todo la tapa. Fue entonces cuando me di cuenta por primera vez de lo que estaba haciendo, y pese a estar segura de que era lo más razonable, al menos hasta que dejara de nevar, no pude evitar sentir una punzada en el corazón. «¿Cómo puedes haber acabado así, Sophie? ¿Cómo va a perdonar el fantasma de tu

novela a su familia?»

Sin decir una palabra ni mirarnos a los ojos, levantamos el arcón entre los dos y nos dirigimos hacia la escalera de servicio. Fuimos bajando muy despacio de peldaño en peldaño, de vela encendida en vela encendida, y Monjoie crujía más que nunca a cada paso que dábamos, como si también quisiera despedirse de la pequeña. El frío era atroz en la carbonera, y cuando dejamos el arcón en uno de los rincones, resoplando por el esfuerzo, nuestro aliento parecía el de un dragón. Solamente entonces me atreví a mirar a Clairmont, pero antes de que se me ocurriera qué decirle se dio la vuelta y, en lugar de regresar por la escalera de servicio, abrió bruscamente la otra puerta de la carbonera, la que daba al exterior, y se arrojó hacia los jardines dejando entrar un remolino de nieve.

—Señor Clairmont —le llamé aun sabiendo que no serviría de nada. Con el corazón aún más encogido, cerré la puerta por la que habíamos entrado, apagué de un soplo la vela que había dejado en la habitación, junto a unos sacos vacíos de carbón, y salí tras él a la silenciosa tormenta. Tuve que agachar la cabeza para que la nieve no se me metiera en los ojos, siguiendo las erráticas huellas de mi patrón—. ¡Señor Clairmont, por favor...!

Lo encontré un par de minutos más tarde. Se había detenido a medio camino entre el cobertizo y la puerta principal, con la cara enterrada entre las manos y los hombros temblando por el llanto que no era capaz de contener. No reaccionó cuando le toqué en la espalda con suavidad, ni siquiera cuando lo rodeé por detrás con los brazos. En aquel momento parecíamos dos estatuas tan destrozadas y mudas como la de Geraldine. «Lo siento», susurré contra su chaleco empapado, cerrando los ojos. «Lo siento muchísimo.»

Como si fuera un niño sonámbulo, conseguí hacerle regresar a Monjoie y lo llevé de la mano al salón. Allí nos sentamos en la alfombra, ante la chimenea encendida, y le quité sin decir nada el chaleco y la camisa. Él me miraba como hipnotizado, entre los mechones de pelo negro que se le pegaban a la frente. Parecía estar esperando algo, a lo mejor una voz amiga que le asegurara que solo era una pesadilla, que cuando volviera a abrir los ojos Sophie seguiría estando allí, con nosotros. Quise levantarme para coger la manta que había en uno de los sofás, pero me detuvo poniéndome una mano en el brazo.

—Lia —me susurró. Era la segunda vez que me llamaba por mi nombre. ¿Cuántos años habían pasado desde que alguien lo había hecho?—. Lia, mi hija... mi hija ha...

—Lo sé —contesté en el mismo tono, y después de eso no supe qué más

decir. Sin dejar de mirarme, Clairmont me alargó los brazos y cuando quise darme cuenta estaba entre ellos, con una mejilla apoyada en su hombro tembloroso. No había nada romántico en ese contacto, ni siquiera erótico; no era más que el roce de dos cuerpos desesperados que, en medio de la muerte y la oscuridad, se encuentran y se reconocen y quizás se atreven a pensar que podrán recuperar de nuevo la vida que les pertenecía. Que si logran mantener entre los dos su calor, las sombras no conseguirán vencerles también a ellos.

Pero las de Monjoie habían ganado la partida hacía tiempo, y Clairmont y yo lo sabíamos mucho antes de que nuestras bocas se unieran en un silencio compartido y sus manos empezaran a deslizarse por mi espalda como las de un ciego. Fue desabrochando la hilera de botones sin dejar de besarme, primero con un dolor que sabía a bilis y más tarde, cuando la temperatura de nuestros cuerpos abrazados aumentó, con una rabia que le hizo tirar de repente de mi vestido para arrancármelo. Cuando hizo lo mismo con el sujetador y me atrajo hacia sí, desesperado por sentir el contacto de mi pecho contra el suyo, dejamos de razonar permitiendo que la piel tomara las riendas de la situación. Sin decir nada, me eché sobre la alfombra ofreciéndole mi cuerpo húmedo por el agua que seguía resbalando de mi pelo, y Clairmont se inclinó sobre él recorriéndolo con ambas manos como si quisiera asegurarse de que al menos yo era real, de que aún seguía viva.

No era nada más para él aquella noche, y no había promesas ni juramentos que intercambiar. Cuando por fin lo tuve dentro de mí y comenzamos a movernos con una urgencia que no nacía más que de la desesperación, me sorprendí deseando que aquello durara para siempre. Que no dejara de sentir nunca su calor mezclado con el mío, que no tuviera que volver a abrir los ojos al mundo real. Clairmont había hundido la cara en mi hombro y mis dedos recorrían su espalda, pero cuando empezaba a sentir que el placer era realmente placer, que no suponía solo la ausencia de dolor, él se detuvo poco a poco.

Extrañada, me quedé mirándole con la respiración alterada hasta que, antes de que pudiera preguntarle qué ocurría, me volvió tan bruscamente que se me escapó un grito y me tendió de bruces sobre la alfombra para seguir tomándome. Y fue en ese momento cuando todo cambió, porque sin que él se diera cuenta, demasiado perdido en su furia, dejé de estar en Monjoie para abrir los ojos en una pequeña habitación en la que el rojo que había debajo de mi cara no era una alfombra, sino un charco de sangre.

—Espero que a nuestros amigos alemanes no les parezca mal que haya

realizado este trabajito por mi cuenta —escuché decir de nuevo al hombre que me poseía, mucho más joven que mi patrón—. A fin de cuentas, ningún nazi querría ensuciarse contigo...

Había apoyado las manos en mi espalda para inmovilizarme y lo único que podía hacer era mirar aterrorizada los muebles caídos, las paredes acribilladas por las MP40 con las que los soldados habían irrumpido en medio de la cena y los cuerpos inmóviles de mis padres y mis hermanas. Mi madre estaba tan cerca que casi podía tocarla y el brillo trémulo de sus ojos me hizo comprender que estaba viéndonos, que ni siquiera había tenido la suerte de morir antes de que, sabiendo lo que iba a encontrarme, saliera del armario en el que me había escondido mientras aquel joven me esperaba sentado en la única silla que quedaba en pie. Pero, poco a poco, ese brillo se acabó apagando y me quedé a solas con él hasta que, cuando por fin se sintió satisfecho, me dejó caer al suelo.

Completamente paralizada por el espanto, no conseguí reaccionar cuando apoyó en mi frente el cañón de una Luger que le colgaba del cinturón, seguramente uno de los regalos que les habían hecho los nazis a su padre y a él después de habernos delatado.

—No —acabó diciendo, y se guardó la pistola con una sonrisa que, desde entonces, no había dejado de aparecer cada noche en mis sueños—. Es mejor que quede al menos una ratita con vida. Así podrá avisar a las otras ratas de lo que les espera también a ellas.

Nunca supe en qué momento comencé a sollozar, porque lo siguiente de lo que me acuerdo es de Clairmont tumbado a mi lado, meciéndome en sus brazos como si de nuevo tuviera trece años. «Lia, perdóname», me susurraba sin parar, acariciándome la frente, la cara empapada y los brazos con los que me había envuelto a mí misma. Y lo único que pude hacer fue encogerme aún más, rompiéndome por dentro al comprender que Monjoie podía herirnos con muchas más armas de las que habíamos imaginado.

La consecuencia de *aquello* (creo que los dos nos sentíamos tan avergonzados que ni siquiera nos atrevíamos a llamarlo por su nombre) fue que mi patrón, preocupado por lo que me había ocurrido, consiguió dejar a un lado su propia angustia durante el resto de la noche. No quise confesarle lo que me había hecho recordar, ni él me presionó para que se lo contara; nos limitamos a seguir tumbados delante de la chimenea, envueltos en un abrazo silencioso y después,

cuando comenzamos a temblar de nuevo, en la manta con la que Clairmont nos cubrió a los dos. Era noche cerrada cuando por fin me quedé dormida, después de sentir durante casi una hora su rítmica respiración en la nuca. No obstante, no pude descansar demasiado: cuando apenas llevaba unos minutos con los ojos cerrados, o al menos eso me pareció a mí, me despertó de repente un extraño eco.

Tardé un momento en recordar dónde estaba. Clairmont seguía durmiendo con un brazo alrededor de mi cintura y no se despertó cuando me senté poco a poco, mirando a mi alrededor con aprensión. La chimenea se había convertido en un pequeño montón de brasas que apenas iluminaba la parte de la alfombra en la que nos encontrábamos. Me estaba preguntando si lo que había oído no serían simplemente más goteras cuando el sonido se repitió, erizándome la piel como si me hubieran dado una descarga eléctrica.

Lo había oído docenas de veces desde que me instalé en Monjoie. Era un chirrido muy suave, tanto que apenas se podía percibir cuando se deslizaba sobre las alfombras. La diferencia era que no esperaba volver a oírlo nunca más, no desde que Sophie había...

Otra vez aquel sonido, esta vez mucho más cerca. Me volví hacia la puerta de la habitación: lo que lo estaba produciendo se encontraba al otro lado. «No puede ser», me obligué a pensar, apartando poco a poco el brazo de mi patrón. «Sophie está muerta. Han pasado cuatro días desde que se marchó. Acabamos de dejarla abajo, en la carbonera.»

Pero ese último pensamiento solo sirvió para hacerme temblar aún más. Ponerme en pie me supuso un esfuerzo atroz, aunque me las ingenié para hacerlo y, al no ver a mi alrededor nada con lo que pudiera envolverme, me acerqué desnuda a la puerta. Sentía latir la sangre en mis sienes mientras aguardaba con los ojos clavados en la madera y el oído atento a cada uno de los crujidos de Monjoie, hasta que... ahí estaba de nuevo. Al otro lado de la puerta, tan cerca que podría tocar a lo que lo producía de no ser por ella.

Me obligué a tragar saliva antes de apoyar la mano en el picaporte. Lo hice girar muy despacio, apartando la hoja de madera en silencio, pero cuando me di cuenta de que no me había equivocado, estuve a punto de gemir. El vestíbulo se encontraba desierto y casi no se distinguía nada a dos metros de distancia, pero el débil resplandor que entraba por el ventanal más cercano arrancaba reflejos a la silla de ruedas detenida delante del salón.

Di un paso atrás, tambaleándome. Las ruedas parecían haber dejado de girar

unos segundos antes. Por supuesto, no había nadie sentado en ella; en la casa solo estábamos nosotros dos. «Pero no la habíamos puesto en este lugar. Yo misma la bajé la noche en que Sophie murió y la dejé arrinconada al otro lado... delante de la ventana que da a...»

Entonces miré por encima de la silla y sentí un pequeño vuelco en el corazón. La tormenta debía de haber abierto la ventana que había en la pared de enfrente en algún momento de la noche y los batientes se mecían delante de la mancha amarotada que era el cielo, atravesado por unos copos tan densos que hacían pensar en una bandada de aves enfurecidas. Toda esa parte del vestíbulo estaba cubierta de nieve, y la corriente había empujado poco a poco a la silla de ruedas hasta nuestra puerta. Tenía que haber sido eso.

Sin embargo, no pude dejar de temblar ni siquiera después de haber cerrado la ventana, cuyos seguros habían sido hechos trizas por los embates de la tormenta. La nieve estallaba en diminutos cristales bajo mis pies descalzos mientras desandaba mis pasos para detenerme en el centro del vestíbulo. «Porque si no ha sido el viento...», me dije, y enseguida me vino a la mente un pensamiento anterior: «Sophie está en la carbonera.»

¿Qué fue lo que me hizo dirigirme, todavía desnuda y despeinada, a la cocina para asomarme a la escalera de servicio? Casi todas las velas se habían consumido y había pequeñas lagunas de cera sobre los peldaños. Sin embargo, aún quedaban un par de cabos a punto de apagarse, y en aquella penumbra anaranjada fui descendiendo hasta detenerme delante de la puerta de la habitación subterránea. «Sophie, sé que estás ahí.»

¿Realmente lo sabía? ¿Estaba convencida de que todo había acabado, de que no volveríamos a recibir ningún mensaje suyo? Apoyé una mano temblorosa en la puerta y recordé el desolado aspecto que presentaba la carbonera hacía unas horas. Allí estaba el arcón de los juguetes, con nuestra muñeca dentro. Esa que debía de seguir pensando que habíamos dejado de quererla, que la habíamos tirado porque estaba rota y estropeada...

Un nuevo ruido me desbocó el corazón, aunque no tardé en comprender qué lo había producido: los batientes de la ventana rota habían vuelto a abrirse. Más asustada a cada momento, agarré la silla que había a los pies de la escalera para atrancar con ella la puerta de la carbonera y solo cuando me aseguré de que nadie podría salir, a menos que tuviera el don de atravesar las paredes, regresé junto a lo único vivo que quedaba en la casa.

El olor del café recién hecho me despertó poco antes de que amaneciera. Clairmont se había levantado sin que me diera cuenta y había regresado con una taza humeante que me puso en la mano. Después se acuclilló delante del sofá en el que me había sentado a desayunar, tras haberme arrebujado de mala manera en la manta que habíamos compartido.

—He conseguido asegurar los batientes como he podido, pero si vuelve a haber una tormenta como la de ayer, no creo que sea suficiente —me dijo en voz baja—. Puede que sea mejor buscar un martillo y clavos, aunque eso signifique encerrarnos aún más aquí.

—Dudo que la situación pueda ir a peor. Hace tiempo que estamos en una tumba.

Me costaba sostenerle la mirada sin sonrojarme, y él debió de darse cuenta porque, tras dudar unos segundos, alargó una mano para estrechar la que tenía sobre mi regazo.

—No sé cómo convencerte de que me perdones —me susurró—. Anoche me comporté como un animal contigo. No entiendo qué pudo pasarme para ser tan brusco...

—Olvídelo. —Negué con la cabeza, aunque la angustia todavía parecía atenazarme el estómago—. Lo único que conseguiremos recordándolo es estropear aún más la situación.

—¿Fue uno de los soldados que mataron a tu familia? ¿Ocurrió esa misma noche?

Aquello me hizo detenerme cuando estaba a punto de dar el primer sorbo al café.

—Sí... pero no lo hizo un nazi. —Y al ver que me miraba extrañado, me sentí en la obligación de aclarar—: Fue un colaboracionista francés, el hijo de uno de los hombres más ricos de Noyers-sur-Serein, el pueblo de la Lorena en el que vivía con mi familia.

—Ahora comprendo por qué te horrorizaste tanto. Si hubiera sabido lo que aquello te haría recordar, Lia...

—No fue solo por lo que él me hizo. Eso habría sido capaz de superarlo, pero lo que les sucedió a mis padres, apenas un minuto antes... —Me detuve, frotándome los ojos con las manos—. No quiero hablar de eso, señor, no quiero pensar siquiera en ello. Ha pasado demasiado tiempo.

—Sabes perfectamente que conmigo no necesitas disimular como con los demás. No eres la única que ha dedicado su vida a tratar de superar un

acontecimiento traumático.

Lo dijo con tanta resignación que, cuando comprendí a qué se refería, me ruboricé.

—Claro que lo sé... pero me da la sensación de que, cuanto más hable de ese tema, más lo resucito en mi memoria. Me imagino que es lo mismo que le pasará a usted con la muerte de su esposa. —Como Clairmont no respondió, añadí en voz más queda—: La señora Renaud me contó que se enamoró de Geraldine nada más verla. Perderla debió de ser...

—La señora Renaud no sabe nada —me interrumpió mi patrón—. No había un hombre menos enamorado que yo cuando me casé con mi mujer. Esa es la raíz de mis problemas.

Decir que aquello no me dejó perpleja sería faltar a la verdad. Me quedé mirando cómo Clairmont se ponía en pie, tan dificultosamente como si llevara meses sin dormir.

—Creí que habrías atado cabos por ti misma después de encontrar mis novelas en la biblioteca. Pero me extrañaba que no me preguntaras por qué todas estaban escondidas, casi como si me avergonzara de haberlas escrito. Lo cierto es que las odio tanto como me odio a mí mismo. De no haber sido por esas historias, Geraldine seguiría estando viva.

—Señor, no comprendo nada de lo que está diciendo —murmuré. Clairmont suspiró.

—La primera noche que cenamos juntos mencionaste que mi suegro, Archambault, era editor. Realmente debería haberte aclarado que se convirtió en mi suegro porque era editor. Yo era muy joven por entonces y muy ambicioso, y la combinación de esas dos cosas resulta peligrosa cuando se tiene la cabeza tan hueca como la tenía yo. Cuando me di cuenta de que su hija se había enamorado de mí, pensé que nunca se me presentaría una oportunidad mejor para que mis novelas, que hasta entonces habían sido rechazadas por todas las editoriales a las que las había enviado, fueran publicadas por fin. No, no estaba enamorado de Geraldine cuando nos casamos, ni durante los años que pasamos juntos en esta casa y, cuando comenzó la guerra, también en Inglaterra. No supe serle fiel, Lia.

—La engañó con otras mujeres. —No era una pregunta—. Pero la señora Renaud me aseguró que casi se volvió loco de dolor al perderla, que desde entonces no ha querido saber nada de ninguna otra... ¿Cómo pudo ingeniárselas para engañar a todo el mundo?

—Supongo que era mejor actor que escritor. La propia Geraldine me lo dijo

cuando lo descubrió: «Todo ha sido una mentira, la mejor obra de ficción que has creado nunca.»

—¿Lo descubrió? —Aquello me turbó aún más—. ¿Murió sabiendo que no la quería?

—Murió el mismo día en que se enteró. Una tarde de 1943, cuando creía que estaba de compras con sus amigas, llegó a casa antes de tiempo y me encontró en nuestra cama con otra mujer. —Clairmont tragó saliva, con la cara agarrotada por la angustia—. Traté de hablar con ella, pero no quiso escucharme... estaba fuera de sí, estaba destrozada. Salió corriendo a la calle y, aunque me di prisa en vestirme, no pude encontrarla. Media hora más tarde comenzó uno de los bombardeos, tan frecuentes que casi habíamos dejado de asustarnos cuando los aviones alemanes nos sobrevolaban. En el fondo, me alegré de que uno tuviera lugar justo entonces, porque daba por hecho que encontraría a Geraldine en el refugio cercano a nuestra casa. De ese modo, podríamos hablar con calma por fin...

—Pero nunca lo hicieron —concluí por él cuando su voz se apagó—. Porque al salir del refugio se encontró con su cadáver en la calle, pulverizado por una de las bombas.

Si en algún momento sentí indignación por lo que mi patrón me estaba contando, se esfumó en cuanto me miró a los ojos. Puede que su vida hubiera sido una mentira, pero aquel sentimiento de culpa era real; probablemente, lo más real que había sentido nunca.

—Todavía me acuerdo de esa imagen cada vez que cierro los ojos, por mucho que haya luchado en los últimos años por arrancármela. Pero lo peor de todo es que, pese a que pueda parecer absurdo... cuando perdí a Geraldine me di cuenta de hasta qué punto la echaba de menos. Fue su muerte lo que me hizo enamorarme de ella, porque algunas cosas no demuestran su importancia hasta que desaparecen dejando un vacío atroz. La señora Renaud tenía razón en algo: ella siempre seguirá siendo la única para mí, aunque no lo fuera al comienzo. Supongo que es el castigo que me merezco por haber sido un...

De repente la voz pareció abandonarle y, aunque al principio pensé que se debía a la congoja, no tardé en comprender lo que estaba pasando. Mi patrón se había quedado mirando algo que había sobre mi cabeza, algo que me hizo soltar un alarido al volverme.

Las primeras luces de la mañana habían comenzado a deslizarse por las paredes y habían alcanzado el faldón de la chimenea, pero Geraldine ya no podía

devolvernos la mirada desde su retrato. Alguien había clavado el extremo punzante de un martillo en el lienzo y lo había deslizado casi hasta la mitad, desfigurando completamente su rostro y dejándolo reducido a media docena de jirones que resbalaban hasta el marco inferior.

—No —murmuré. Choqué contra Clairmont al retroceder, pero él no se movió: aún seguía estando paralizado por el horror—. No es posible. ¡Tendríamos que haberlo oído...!

Una náusea trepó por mi garganta al recorrer la habitación con los ojos. No había nada raro a nuestro alrededor, nada que delatara la presencia de una tercera persona, ni viva ni muerta. El martillo todavía continuaba incrustado en la tela, y cuando al cabo de unos segundos me atreví a acercarme, reconocí unas muescas familiares en el mango.

—Esa herramienta... la he visto antes, señor. —Alargué la mano, pero no fui capaz de tocarla—. Estaba dentro de una caja metálica que había en el cobertizo. Me fijé en ella cuando entré para echar más gasolina en el generador. Han tenido que cogerla de allí.

—¿Cómo es posible que no nos hayamos dado cuenta de nada? —susurró él—. Deben de haber bajado del piso de arriba y pasado a nuestro lado mientras estábamos dormidos...

—Puede que el autor de esto no se encontrara con nosotros en los últimos días. La ventana que se abrió a medianoche... —Me giré hacia la puerta. Desde allí se distinguía el extremo más alejado del vestíbulo y los tablones que Clairmont había clavado sobre los batientes—. Me imaginé que sería cosa de la tormenta, pero quizás la persona que ha destrozado el retrato rompió los seguros para entrar mientras dormíamos. Es posible que se escondiera en el cobertizo, de ahí que cogiese un martillo antes de venir a la casa...

Antes de que acabara de hablar, Clairmont echó a correr hacia el vestíbulo y abrió de un tirón una de las hojas de la puerta principal, con la habitual avalancha de nieve.

—¿Qué va a hacer? —exclamé mientras le seguía, tratando de ceñirme más la manta.

—Buscarle. Buscarle para acabar con él con mis propias manos. ¡No pienso dejar ni un palmo de la propiedad sin registrar hasta que descubra dónde se esconde ese canalla!

Estaba tan furioso que ni siquiera reparó en que seguía en mangas de camisa. Me dirigí de nuevo al salón y agarré el chaleco que le había quitado la noche

anterior para dárselo. Mientras se lo abrochaba, con las manos temblándole de ira, le dije en voz baja:

—No estoy segura de que haya salido a los jardines, pero si lo ha hecho no tendrá ninguna escapatoria. La nieve no le permitirá descender la colina. —«En el supuesto de que sea una persona de carne y hueso», estuve tentada de añadir, pero no lo hice—. Tal vez siga habiendo huellas que delaten dónde estuvo escondiéndose hasta esta noche...

—Si es así, acabaré dando con él —me replicó Clairmont—. Estoy seguro de que se ha vuelto a ocultar en su madriguera, ese asqueroso animal al que pienso despellejar. Tú quédate aquí dentro hasta que lo encuentre; ya te has expuesto demasiado por mi culpa.

Aunque no lo dijo, no me costó adivinar hasta qué punto sentía remordimientos por no haberme hecho caso cuando le hablé del intruso. Me quedé en el umbral mirando cómo se alejaba y después regresé al salón para ponerme precipitadamente la ropa. No estaba tan convencida como él de que hubiera abandonado el edificio, pero quizás habría más posibilidades de encontrarlo si rastreábamos al mismo tiempo el exterior y el interior.

Sin embargo, mi registro de Monjoie resultó tan poco fructífero como el que llevé a cabo la noche en que se apagó el generador. Tampoco esta vez encontré a nadie en las habitaciones del servicio, ni en el despacho de Clairmont, ni en la biblioteca; lo mismo sucedió con el dormitorio de mi patrón y la sala de estar de Geraldine, cuyo mal olor se había acentuado tanto en los últimos días por culpa de las crecientes goteras que me tuve que tapar la nariz para inspeccionarla. Y estaba empezando a sospechar que Clairmont tenía razón y nadie se había aventurado escaleras arriba cuando, al empujar la puerta de mi cuarto, me encontré ante un espectáculo tan aterrador que ni siquiera me salió la voz.

Las paredes parecían estar sangrando por los cientos de estrellas de David pintadas por todas partes. Cada centímetro cuadrado había sido cubierto con aquellas marcas, algunas tan grandes como mi cabeza, otras tan diminutas como una uña; mientras que, en el techo, una enorme esvástica se reía de mi espanto con los brazos extendidos, como si fueran las aspas de un siniestro ventilador. De las puntas de las estrellas aún resbalaban lágrimas rojas, y aquello me hizo desmoronarme poco a poco en el suelo al comprender que no debían de haber pasado más que unos minutos desde que las pintaron. *Jüdin*, volvió a sonar en mi cabeza como la vez anterior. *Jüdin. Jüdin. Jüdin*. Casi sin darme cuenta, me abracé a mis rodillas y me quedé mirando con ojos desorbitados la selva roja que

me rodeaba, tan rencorosa y despiadada como en mis recuerdos de la infancia. *Jüdische Schweine*. La pintura me manchó el uniforme como lo había hecho la sangre de mi familia, cuando me encontraron merodeando como una sonámbula cerca de Noyers-sur-Serein y me ingresaron en un hospital. *Jüdin. Gottesmörder. Jüdin*. Meciéndome adelante y atrás, me cubrí la cabeza con los brazos como si de ese modo pudiera hacer retroceder a las pesadillas que acababan de materializarse en torno a mí. *Jüdin. Jüdin. Jüdin. Jüdin...*

No sé cuánto tiempo pasó hasta que, casi cegada por el llanto, me atreví a abrir de nuevo los ojos, pero cuando lo hice mis lágrimas se congelaron. El suelo también estaba manchado de pintura, no solo en los rodapiés; un reguero de gotas rojas, tan tenue que al entrar en la habitación no había podido reparar en él, serpenteaba hacia la puerta y después se desviaba hacia la derecha. Logré ponerme poco a poco en pie, sin dejar de aferrarme a la pared, y avancé haciendo un esfuerzo atroz detrás de aquel hilo de Ariadna sanguinolento que me condujo hasta el distribuidor. Una vez allí, me di cuenta de que las manchas empezaban a escasear, pero aun así acerté a distinguir un par de gotas en los primeros peldaños de la escalera y unas cuantas más en el centro del vestíbulo, como diminutas amapolas que estuvieran brotando del mármol. Y al acercarme a la puerta me percaté de que Clairmont tenía razón: el intruso no se había quedado en la casa. También había pintura fuera, en el sendero que conseguí despejar días antes en torno a Monjoie.

Las huellas de mi patrón avanzaban en la misma dirección, pero había un punto en el que se desviaban hacia el cobertizo, como si no hubiera reparado en las manchas. La nieve comenzaba a teñirse de rosa en torno a ellas, aunque cada vez parecía haber menos; sin embargo, me las ingení para seguir aquel rastro con una mano en la pared hasta doblar la esquina de la casa. Entonces me detuve en seco al darme cuenta de que aquella locura, por imposible que me pareciera unos minutos antes, aún podía empeorar.

El resplandor rosado del amanecer empezaba a trepar por los muros de Monjoie y hacía que la puerta abierta resultara tan amenazante como la boca de un monstruo. Era la que había cerrado a mis espaldas cuando salí a buscar a Clairmont la noche anterior, aunque no había usado la llave; la puerta de la carbonera en la que seguía estando Sophie.

Sentí que el vello se me erizaba tanto que casi me dolía la piel. «Es Clairmont», me esforcé por tranquilizarme, «tiene que serlo. Ha entrado en la carbonera para asegurarse de que no hay nadie escondido en ella.» Pero mis

temblores habían aumentado aún más, y cada paso que tuve que dar en dirección a la puerta me supuso una tortura. Al fin dije:

—¿Señor Clairmont? —Pero nadie me respondió, salvo el eco de mi propia voz resonando dentro de la pequeña habitación. Las escaleras se hundían en la oscuridad y lo único que el alba acertaba a iluminar era uno de los montones de sacos y la esquina de algo que tardé un momento en reconocer: el arcón de Sophie—. Señor, si está usted ahí...

Seguí sin obtener respuesta. Cerré los ojos unos segundos y, cuando comprendí que no tenía sentido quedarme hablando sola como una estúpida, me obligué a apoyar un pie en el primer peldaño. Mis pasos arrancaron nuevos ecos a la oscuridad mientras descendía mirando en todas las direcciones, aunque no parecía haber nadie más que yo.

Al igual que me había sucedido cuando seguía en su cama, mis ojos no dejaban de desviarse hacia el lugar en el que descansaba Sophie. El arcón continuaba tal y como lo habíamos dejado, o al menos la parte de él que conseguía distinguir; desde luego, no se veían manchas rojas sobre la madera. Un poco más tranquila, me disponía a darme la vuelta para inspeccionar los demás rincones cuando un estruendo casi me hizo gritar. La puerta acababa de cerrarse a mis espaldas sumiendo la habitación en una oscuridad total.

Regresé precipitadamente sobre mis pasos, tropezándome casi con la escalera. «Ha sido el viento», pensé mientras recorría frenéticamente la puerta con las manos, «tiene que haberlo sido porque nadie me ha seguido hasta aquí.» Sin embargo, cuando encontré por fin el picaporte y quise accionarlo descubrí que no había manera de hacerlo. «No, no puede estar pasando. Una tormenta podría cerrar una puerta, ¡pero no echar un candado!»

La histeria crecía más en mi interior con cada golpe que asestaba a la madera, sin más luz a mi alrededor que la que entraba por la delgada rendija de la puerta. Grité con todas mis fuerzas llamando a mi patrón, pero nadie acudió en mi auxilio. «¡Ábrete!», le chillé a la puerta, «¡ábrete de una maldita vez o te echaré abajo!» Por supuesto, no habría podido hacerlo por mucho que lo intentara, ni tampoco salir por la segunda puerta de la carbonera, la que comunicaba con la escalera de servicio de Monjoie: yo misma la había atrancado con una silla horas antes. Y estaba de nuevo al borde del llanto cuando escuché algo que me hizo detenerme, girándome poco a poco pese a que no consiguiera ver nada.

Aunque débil, aquel sonido me atenazó el estómago. Era un golpeteo mucho más suave que el que estaba asestando a la puerta, como el de un niño que tratara

de escapar de algún lugar... el eco de un pequeño puño contra una superficie de madera. Después me llegó el tenue chirrido de unas bisagras, y habría jurado que también el susurro de un camisón rozando unas piernas que se estiraban poco a poco en la oscuridad. Pero nunca pude saber si lo estaba imaginando o no, porque mi espanto había crecido tanto que mi cuerpo dejó de obedecerme; lo último que recuerdo es el impacto de mi cabeza contra el suelo mientras lo que quiera que hubiese conmigo en la carbonera se me aproximaba.

De nuevo el regusto del café demasiado cargado en la boca, compitiendo con las arcadas que acompañaron a mi despertar. Cuando entreabrí los ojos me di cuenta de que me encontraba en una cama, y por un momento sentí pánico al pensar que podría estar rodeada otra vez por aquellas estrellas sanguinolentas, pero aquel no era mi dormitorio. Conseguí levantar un poco la cabeza, reprimiendo un gemido de dolor, y comprendí que estaba en el de mi patrón. Clairmont se hallaba a mi lado con una mano sobre mi frente.

—Por fin —le oí decir desde lo que parecía una dimensión muy lejana—. Empezaba a temer que hubiera algo roto aquí dentro, pero parece ser más dura de lo que imaginaba.

—¿Qué ha pasado? —pregunté con voz pastosa—. ¿Cómo... cómo ha dado conmigo?

—Me fijé en tus huellas cuando estaba a punto de entrar en casa después de haber inspeccionado los jardines. Las seguí hasta la carbonera y te encontré dentro con un bulto considerable en la frente. Me imagino que te caerías desde lo alto de las escaleras.

Me llevé los dedos a la cabeza. Efectivamente, un chichón comenzaba a despuntar sobre mi ojo izquierdo, aunque había cosas en ese momento que me preocupaban más.

—¿Cómo consiguió entrar en la carbonera, señor? ¿Tuvo que echar abajo la puerta?

—¿Por qué debería haberlo hecho? —Clairmont pareció desconcertado—. Estaba completamente abierta, supongo que porque tú la habías dejado así... ¿Qué tratabas de hacer, descubrir si el intruso se había escondido en esa habitación cuando se hizo de día?

—Pero... ¡pero eso no es posible! ¡La puerta estaba abierta cuando yo me acerqué a la carbonera, pero se cerró antes de que pudiera salir! ¡Alguien había

echado el candado!

—No, Lia, eso no es verdad. No había ningún candado. Estaba abierta de par en par.

Al escuchar esto las náuseas regresaron a mi boca, y tuve que alargar la mano para que Clairmont me diera un vaso de agua que había dejado en la mesilla, al lado del café con el que había intentado despertarme. Mis dedos se agitaban tanto que casi la derramé.

—Cuando entró... —conseguí decir pasado casi un minuto—. ¿Había alguien conmigo?

—Nadie. Revisé todos los rincones a conciencia, pero la única persona que estaba ahí abajo eras tú. —Dudó un momento antes de añadir en voz más baja—: Y Sophie, claro.

El dolor encendió tanto sus ojos cuando pronunció su nombre que no me atreví a contarle lo que había ocurrido en la carbonera. Ya ni siquiera estaba segura de si había sido real o un producto de mis delirios. «Pero los ruidos dentro del arcón, las bisagras...»

—Supongo —siguió diciendo Clairmont, haciéndome alzar la vista— que los destrozos de tu dormitorio también habrán sido obra del miserable que entró en casa esta noche.

—No estoy segura —musité—. No lo estoy de nada ahora mismo, señor. Si me hubiera hecho esa pregunta hace unas semanas, le habría dicho que era imposible que un alma en pena pudiera ser tan destructiva, pero después de lo que ha ocurrido... —Me incorporé un poco más y me rodeé las rodillas con los brazos—. Hay algo que no le contado sobre mí.

—No tienes que hacerlo si eso te hace sentir incómoda —me advirtió Clairmont—. El hecho de que te confesara lo de Geraldine no te obliga a hacer lo mismo con tu pasado.

—Pero siento que tengo que hacerlo. Lo que ha sucedido en su casa, en el fondo, ha sido culpa mía. Porque he sido yo quien ha atraído a una de las presencias que tenemos a nuestro alrededor ahora mismo. Estoy segura de que hay más —añadí cuando mi patrón frunció un poco el ceño—, y de que una de ellas es su hija, y quizás su esposa también está con nosotros. Pero la peor de todas es la que me ha seguido desde Le Havre hasta aquí...

—Me imagino que te refieres al hombre que te violó cuando eras una niña. ¿No me dijiste que sucedió en Noyers-sur-Serein? ¿Qué relación tenía ese canalla con Le Havre?

No contesté inmediatamente. Me había quedado mirando el cielo que se aclaraba por momentos tras los cristales, sorprendida al darme cuenta de que había dejado de nevar.

—Su familia... tenía una de las granjas más prósperas de la zona, pero cuando mis padres se instalaron en el pueblo y construyeron la suya, comenzaron a vernos como una amenaza. Creo que nunca se creyeron que éramos una familia de granjeros alemanes con ascendencia francesa que habían decidido probar suerte en la Lorena; algo les hacía sospechar que habíamos huido de Berlín cuando las cosas empezaron a ponerse feas para nosotros. Puede que incluso se enteraran de que mi padre había sido un juez muy respetado antes de que los nazis le obligaran a ponerse la insignia amarilla, y de que no nos apellidábamos realmente Baudin, sino Bodenheimer. El hecho es que antes de que pudiéramos escapar de nuevo, al poco de que Pétain rindiera Francia a los nazis, ellos...

—Encontraron la estratagema perfecta para acabar con la competencia — adivinó mi patrón sin dejar de mirarme—. Se pasaron al bando de los colaboracionistas, si es que no lo eran desde el principio, y os delataron en cuanto las SS pusieron un pie en el pueblo.

—Mis padres y mis hermanas fueron asesinados mientras cenábamos, y yo conseguí salvarme por hacer caso a mi madre y esconderme en un armario en cuanto escuchamos acercarse a los soldados. Pero el hijo del granjero se había quedado esperándome porque sabía que había una tercera hija en la familia. Cuando por fin salí... —Tragué saliva y me rodeé más con los brazos, preguntándome cómo había conseguido guardármelo para mí durante tantos años—. No voy a darle detalles sobre lo que pasó porque es algo tan viejo como el mundo. Me dejó con vida para que sirviera de advertencia a los demás judíos de la Lorena con los que me encontrara, y acabé ingresada en un hospital hasta que me recuperé lo bastante para hacer todo lo que estaba en mi mano contra los alemanes. No podía agarrar un fusil y marcharme al frente como los hombres, pero podía convertirme en enfermera para impedir que nos arrebataran más vidas. Y durante unos años casi creí que acabaría olvidándolo, que lograría tener una segunda vida en el Hospital Bernardin de Saint-Pierre... pero, hace un par de años, me encontré una vez más con ese malnacido.

» Casi me dio un vuelco el corazón cuando nos reunieron a todas las enfermeras para dar la bienvenida al nuevo director del centro. Lo reconocí en cuanto salió del coche, a pesar de que su sonrisa fuera muy distinta de la que recordaba; parecía la de un hombre que lo ha conseguido todo en la vida.

Cuando me estrechó la mano, me pareció imposible que no reparara en mi sudor o que no me reconociera, pero no lo hizo... Quizás he cambiado mucho desde aquella noche en la granja. Pero cuando golpeas a un animal hasta hacerle sangrar, no importa cuántos años acaben pasando; él no se habrá olvidado de ti y puedes dar por hecho que, en cuanto se le presente la oportunidad, irá a morderte.

» Y la mía se presentó apenas unos días más tarde, sin haberlo planeado siquiera. Era noche cerrada y no podía pegar ojo, debatiéndome entre el horror, el dolor y la rabia que aquella situación me estaba haciendo experimentar. Salí a que me diera un poco el aire y, al rodear el hospital por la parte trasera, me di cuenta de que él estaba allí... Se había detenido junto a la fosa que habían cavado hacía poco para enterrar a las víctimas de un pequeño brote de fiebre amarilla que tenía preocupados a los vecinos de Le Havre. Había encendido un cigarrillo y lo fumaba pensativamente, observando la tierra removida que se extendía a sus pies. No gritó cuando le golpeé la cabeza con todas mis fuerzas con una pala que alguien había olvidado junto a la fosa. Cayó de bruces en ella, con el cigarrillo aún en la boca, y cuando recuperó la consciencia era demasiado tarde; estaba condenado a hacerles compañía a los apestados. Todavía lo recuerdo como si lo estuviera viendo: sus manos cobrando vida de repente, tratando de agarrarme del vestido mientras yo dejaba caer otra paletada de tierra sobre el agujero, y después otra más, hasta que desapareció...

Al revivir aquel momento me acordé de cómo me habían angustiado las raíces de los árboles de Monjoie cuando me aventuré por primera vez de noche en los jardines. Asomaban entre la nieve como los dedos del hombre, crispados y extendidos hacia mí incluso cuando la tierra comenzaba a inundarle los pulmones. Se me habían humedecido los ojos sin que me diera cuenta, y Clairmont me alargó su pañuelo en completo silencio.

—Supongo que, si no estuviésemos incomunicados, llamaría ahora mismo a la policía para denunciarme por lo que le he contado —dije cuando me hube tranquilizado un poco.

—Me parece que ya has sufrido bastante con una delación, y en cualquier caso, yo no soy quién para escandalizarme —contestó en voz baja. Esto me sorprendió tanto que dejé de secarme los ojos—. De hecho creo que, si estuviera en tu situación, habría dado lo que fuera por poder reunir el valor necesario para hacer lo que hiciste. Siempre supe que en ti hay más de lo que dejas adivinar, que te ocurrió algo que te hace viajar de un lado a otro todo el tiempo. Quieres

alejarte de ese hospital, pero no deja de ser lo más parecido a un hogar que has tenido desde que los alemanes te arrebataron el tuyo. Ser enfermera de moribundos parecía la solución perfecta, siempre viajando de un lado a otro...

—Como un pájaro de mal agüero —murmuré—. Pero incluso ellos tienen un nido. Para mí, el mío ha quedado contaminado para siempre por culpa de ese hombre. Cada vez que regreso a mi dormitorio me duermo pensando que sigue estando allí, que su espíritu no descansará hasta cobrarse su venganza. Y ahora se encuentra en Monjoie, con nosotros...

—Hay algo que no entiendo: ¿por qué dijiste antes que crees que en la casa hay más presencias aparte de él? Mencionaste a Sophie y a Geraldine... ¿piensas que siguen aquí?

—No estoy segura de cuál es la razón, pero cada vez que ocurre algo relacionado con ellas, me pregunto si no serán las auténticas responsables. La silla de ruedas que se movió esta noche, el retrato destrozado de su esposa... He llegado a pensar incluso que las esvásticas y las estrellas de David podrían ser cosa de los nazis que murieron en la buhardilla hace años, si es que no las ha pintado mi viejo conocido para aterrorizarme...

—Quizás no estés muy desencaminada —comentó Clairmont. Deslizó un dedo por la manga de mi uniforme, embadurnada de pintura roja—. Quizás sean ellos, sí... o nosotros.

—¿Nosotros? —pregunté desconcertada—. ¿Cómo podemos haber hecho esas cosas?

—Si te paras a pensarlo, esas presencias están relacionadas con acontecimientos de los que ambos nos sentimos culpables. Puede que sea esa culpabilidad la que ha creado a una Geraldine fantasmal o a un colaboracionista que se ha manifestado a través de una ouija. Sí, sé lo que has estado haciendo con ella —añadió al reparar en mi sorpresa—. Tal vez somos nosotros los que creamos a nuestros fantasmas, Lia. Son nuestra peor parte y por eso no podemos escapar de ellos... porque no podemos escapar de nosotros mismos.

El silencio que siguió a esto fue tan profundo que, cuando el teléfono de la planta baja comenzó a sonar, me sobresalté tanto que casi se me salió el corazón por la boca.

—¿Qué está sucediendo ahora? —quise saber—. ¿Es otra mala pasada de Monjoie?

—Esta vez no —contestó Clairmont mientras se ponía en pie—. Me di cuenta hace un par de horas, después de dejarte descansando aquí, de que la línea

telefónica había vuelto a funcionar. Conseguí contactar con los de la funeraria y me prometieron que subirían en cuanto la nieve se hubiera derretido lo suficiente. —Antes de marcharse, añadió con una mano en el marco de la puerta —: Si son ellos, les pediré que hablen con el propietario de la posada de Saint-Rémy-sur-Mer para que te prepare una habitación. Después, cuando Sophie por fin esté con su madre en el cementerio, te acompañaré de vuelta a Le Havre.

Seguía tan sorprendida que lo único que pude hacer fue asentir con la cabeza antes de que se marchara. Cuando me dejó sola, me tendí poco a poco en la cama, mirando las goteras que comenzaban a extenderse también por aquel techo. Aunque la posibilidad de alejarme de una vez por todas de aquel endiablado lugar casi me hacía sollozar de alivio, no pude evitar sentir una punzada de amargura al comprender que nuestros caminos se separarían para siempre en unas horas. «¿Qué esperabas, un romance apasionado o una declaración a la luz de la luna?», me eché en cara a mí misma, observando el cielo cada vez más despejado. «Que os hayáis confesado las cosas atroces que habéis hecho no os convierte en cómplices de por vida. Lo que os unió fue la soledad y el miedo, lo sabes tan bien como él. Ambos estáis demasiado rotos para poder reconstruir el uno al otro.»

Como un disco colocado en un gramófono, lo último que me dijo la señora Renaud volvió a sonar en mi cabeza: «Una batalla contra una muerta es una batalla perdida.» Me daba la sensación de que había pasado un siglo desde aquella mañana en su granja en la que me encontré con la escultura de Geraldine hecha pedazos al volver a Monjoie. «El cráneo se le había abierto como una nuez.» Era curioso que al retrato del salón le hubiera pasado lo mismo; también él había perdido la cabeza. Estaba a punto de deslizarme hacia el borde de la cama para ponerme en pie cuando una idea imprecisa irrumpió en mi mente, una de esas revelaciones que en un instante parecen dar un vuelco a tu mundo...

«El cráneo se le había abierto como una nuez.» De nuevo la voz de la anciana, tan clara como si siguiera a mi lado. «Clairmont la reconoció por las joyas.» Aquel momento debió de ser uno de los más espantosos por los que había pasado mi patrón junto con la muerte de Sophie. Pero cada uno de los bombardeos de Londres había dejado cientos de víctimas en las calles de la capital, y la identificación mediante pulseras y anillos podría no ser tan fiable como él creía. Sobre todo si una mujer quería castigar a su esposo tras haber descubierto que la había estado engañando desde el momento en que se casaron.

Mis manos se aferraron al cabecero de la cama, repentinamente agarrotadas.

No, eso no tenía ningún sentido... no habiendo una niña pequeña en medio... Pero cuanto más lo pensaba, más convencida estaba de que aquella era la única explicación a lo que nos ocurría. Alguien me había estado esperando cuando subí de la granja para hacerme caer por el acantilado, alguien que conocía la propiedad como si hubiera sido suya. Alguien se había colado en la casa cuando dejé la puerta abierta para subir a arreglar el tejado y había estado escondiéndose en las habitaciones. Alguien había comenzado a atacarme en el momento en que comprendió lo que podría ocurrir entre nosotros... aunque a quien realmente quería destrozar era a Clairmont, incluso después de haber perdido a su hija...

—No —dije en un susurro. El suelo parecía de hielo cuando puse los pies en él, y las manos seguían temblándome tanto que me agarré a un poste de la cama—. No puede ser.

Pero sí podía ser. Por supuesto que podía ser. Cuando salí al distribuidor me quedé mirando espantada a mi alrededor, preguntándome dónde estaría ella en ese momento, si no lo estaba imaginando todo, y qué más podría hacer para castigarle, para castigarnos a los dos. Si había escuchado que pronto nos marcharíamos, no disponía de mucho tiempo.

—¡Señor Clairmont! —me puse a gritar. Bajé a todo correr la escalera, desesperada por alcanzar su despacho antes de que ella pudiera hacerlo—. ¡Señor Clairmont, es Ge...!

Me detuve en el umbral. Mi patrón debía de haberse marchado segundos antes, ya que el auricular del teléfono que había en su escritorio se balanceaba sobre el suelo como si acabara de soltarlo. Lo agarré instintivamente para colocarlo en su sitio y entonces me fijé, cada vez más preocupada, en que su silla había rodado sobre la alfombra. ¿Qué le había pasado a Clairmont en el breve lapso de tiempo que habíamos estado separados?

¿Le habrían dicho los de la funeraria algo que le había inquietado tanto como para marcharse a toda velocidad, o la llamada habría sido de alguna otra persona? Abandoné poco a poco el despacho, sin saber qué hacer ni a dónde ir, y de repente me di cuenta de algo que antes había pasado extrañamente por alto: la puerta principal estaba abierta.

Cuando salí de la casa me pareció de nuevo que me quedaría ciega, no por la nieve sino por la hiriente claridad del cielo que comenzaba a iluminarse. Me tapé los ojos con una mano y me puse a seguir las huellas que, para mi alivio, no pertenecían más que a una persona. No tardé en distinguir a Clairmont a lo lejos, aguardando de pie en la parte del acantilado sobre la que estaba ascendiendo el

sol. Su silueta era una mancha negra contra aquel telón incandescente que apenas podía mirar sin deslumbrarme. Cuando le llamé por su nombre se dio la vuelta, aunque al principio no pude observar su expresión.

—Señor Clairmont... —conseguí decir entre jadeos, acercándome más a él—. No sabía dónde se había metido, pero creo que por fin he descubierto... lo que está sucediendo...

Para mi desconcierto, cuando apenas nos separaban un par de metros el sol dejó de enmarcar su silueta y conseguí mirarle a la cara, y entonces reparé en que lo que había en ella no era extrañeza ni preocupación, sino horror. Un horror absoluto y abrumador.

—¿Señor? ¿Qué le ocurre? —Alargué una mano para agarrar la suya, pero él sacudió la cabeza dando un paso atrás. Nunca nadie me había mirado de un modo tan aterrador.

—¿Por qué? —preguntó en voz baja—. ¿Por qué tenías que venir precisamente aquí?

Sus palabras me dejaron tan paralizada que no comprendí lo que estaba a punto de suceder hasta que fue demasiado tarde. Clairmont había dado otro paso atrás y su pie se había quedado a escasos centímetros del abismo, como lo había estado el mío días antes.

—Señor... —acerté a decir. Pero el siguiente paso le hizo perder pie, y aunque traté de tenderle los brazos, no me dio tiempo a agarrarle. Las últimas rocas se hicieron añicos acompañándole en su caída y lo único que pude hacer fue quedarme mirando, de bruces sobre la nieve, cómo se precipitaban a un océano que abría sus fauces para devorarlos.

A día de hoy sigo sin saber cuánto tiempo pasé en el acantilado. Ni siquiera estoy segura de cómo acabé de nuevo en Le Havre, ingresada en el mismo hospital en el que había trabajado de enfermera. Me han dicho que los dueños de la funeraria, extrañados al no saber nada más de Clairmont, subieron cuando la nieve comenzó a derretirse y me encontraron tumbada en los jardines con los ojos clavados en el cielo. La verdad es que aún no me siento con fuerzas para llevarle la contraria a nadie, por lo que no he tratado de hacerles entender que eso es imposible, que yo no tengo recuerdos de todos esos días a la intemperie. Es como si mi vida anterior hubiera acabado en el momento en que salí de Monjoie y la que tengo ahora mismo, confinada entre cuatro paredes con una

única ventana que me permite distinguir el Atlántico a lo lejos, fuera totalmente distinta y en ella mi cuerpo le perteneciera a alguien que no tiene nada que ver con Lia Bodenheimer.

Sin embargo, aunque nadie esté dispuesto a creerme y los médicos se conformen con sacudir la cabeza después de hablar conmigo, sigo recordando todo lo que sucedió en aquel lugar como si hubiese sido ayer. Por eso he querido ponerlo por escrito, por eso y porque tengo miedo de dudar de mí misma si acabo prestando atención a los susurros que se oyen de vez en cuando al otro lado de mi puerta. Las enfermeras se comportan de un modo mucho menos eficiente que antes, y hay días en los que no dejan de hablar de mí diciendo cosas tan increíbles que tengo que esforzarme para no golpear la puerta con los puños. Cosas como que nunca fui una de ellas, que el motivo de que pasara todos esos años en el hospital es el desequilibrio mental que me acompaña desde que mi familia fue asesinada por los nazis y lo que me hizo aquel colaboracionista. Que lo confundí con el nuevo director de la institución, un padre de familia perfectamente normal que tuvo la mala fortuna de parecerse demasiado a mi torturador y al que encontraron enterrado en la fosa común del hospital unos días después de que me escapara, tras robar un uniforme con una carta en el bolsillo en la que un tal Alain Clairmont solicitaba una enfermera para ocuparse de su hija agonizante. Dicen incluso que Sophie no se murió por una neumonía sino por las medicinas que le estuve dando sin tener la menor idea de lo que hacía. Una enfermera cuyo nombre no conozco, a la que he oído decir que si hubiera justicia en Francia me guillotinarían en vez de tenerme interna el resto de mi vida, llegó a susurrarle a una compañera que fui yo quien empujó a Clairmont, después de que recibiera una llamada de la policía advirtiéndole de lo que había estado haciendo.

Me temo que a estas alturas no hay nada más que pueda hacer, porque tratar de plantar cara a los rumores es como enfrentarse a una hidra a la que le crecen dos cabezas cada vez que se le corta una. Mis días y mis noches se han enredado, las horas se me escapan como arena entre los dedos y ahora sé que, por mucho que me desgañite desde mi prisión o muchas páginas que escriba acerca de lo ocurrido en Monjoie, no habrá al otro lado del canal nadie que lo dé por cierto. Nunca más volveré a pisar aquella casa y debería bastarme con esa certeza; pero aún hay noches en las que la recorro en sueños como si siguiera estando allí, y aunque abro las puertas de par en par y vuelvo a mirar en todas las habitaciones, no consigo encontrar pruebas que demuestren que Geraldine no se marchó

jamás, que fue ella quien inventó toda esta locura para alejarme de su hogar.

Edición en formato digital: 2018

© Victoria Álvarez Rodríguez, 2018
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2018
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
alianzaeditorial@anaya.es

ISBN ebook: 978-84-9181-232-6

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

www.alianzaeditorial.es